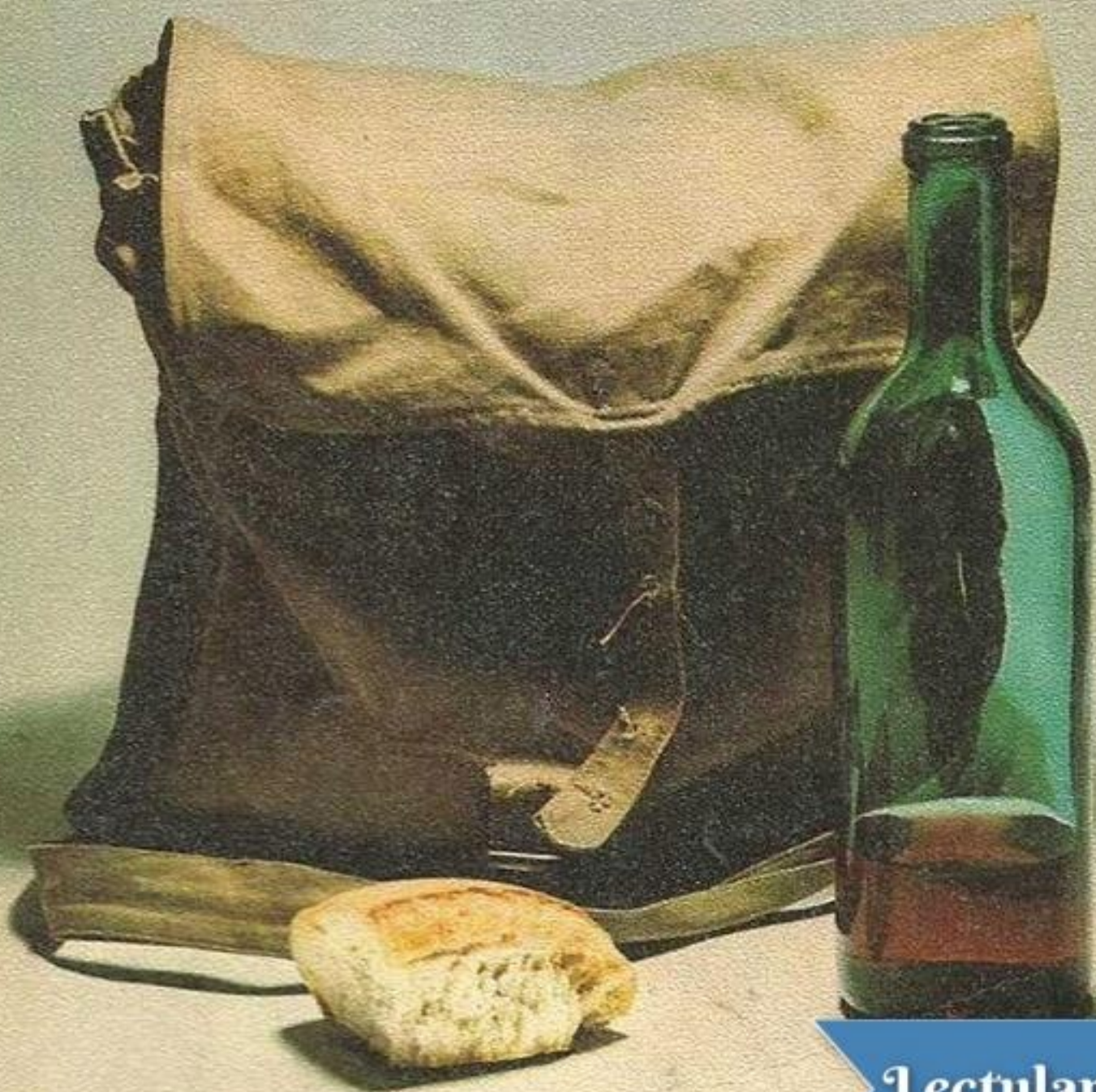


Camilo José Cela

NUEVAS ANDANZAS Y DESVENTURAS DE LAZARILLO DE TORMES



Lectulandia

Cela considera el Lazarillo un libro crítico, un libro que señala una época de crisis. Y lo es, en efecto. Pero de esa crisis no salió depauperado, sino robustecido. El Lazarillo es una obra maestra que hoy tiene ya una larga historia de ediciones. No es un ensayo de novela picaresca actual. La palabra ensayo no responde a su condición ni a sus méritos. Es, simplemente, una novela picaresca que no deshonra ni quiebra la rama de la que ha nacido. Sin duda, una de las novelas más curiosas de su autor, Camilo José Cela, que se convertiría en uno de los literatos en lengua castellana más conocidos del mundo tras recibir el prestigioso Premio Nobel de Literatura.

Lectulandia

Camilo José Cela

**Nuevas andanzas y desventuras de
Larazillo de Tormes**

ePub r1.0

Titivillus 10.08.17

Título original: *Nuevas andanzas y desventuras de Larazillo de Tormes*

Camilo José Cela, 1944

Diseño de cubierta: Eduardo Vicente

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Federico Muelas

PRÓLOGO

CUANDO empecé a gustar el sobresalto de la lectura del *Pascual Duarte* (Cela ha contado cómo fui uno de los primeros lectores del libro) pensé, ante los primeros párrafos, en la posibilidad de una novela picaresca de nuestros días. Todos sabemos hacia dónde derivaron los acaecimientos de la vida de aquel hombre, que vino a acabar ajusticiado, final ignoto en la novela picaresca, y cómo el carácter de la novela por otros derroteros arribó a bien distinto puerto, frustrándose lo apacible y placentero que prometía el desenfado de aquellos párrafos.

Después, y tras *Pabellón de reposo*, plugo al autor escribir su novela picaresca, pero de frente y sin disimulo, declarando su intención en el nombre del protagonista, y aún más paladinamente, pues Lázaro puede haber y de seguro los hay no tocados de picardía, en el título alusivo del libro: *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*. Y su nuevo Lázaro, nacido en Ledesma junto al Tormes, aunque aguas arriba de Tejares, patria del primitivo, nos narra sus andanzas en el servicio de nuevos amos siempre terminadas en desgracia, y el novelista divide los compartimientos de las aventuras en «tratados», como hiciera el incógnito autor de la otra novela, y aun procura recortar y patentizar la acción con técnica pareja, y narrar paladinamente, lo que logra con felicidad completa.

Todavía había de procurar una fidelidad mayor al primitivo modelo, y así el relato tiene forma autobiográfica, pues como se prometía Ginés de Pasamonte, este nuevo Lazarillo ha de escribir sus hechos con sus propios pulgares, y la estructura de la novela es, como todas las picarescas, sencilla y plana. Quiero insistir sobre esta condición de los relatos picarescos. En ellos aparecen los sucesos podríamos decir que linealmente, patentizados en su directo discurrir, sin que cabos sueltos, así dejados maliciosamente por el novelista, vengan a involucrar la acción con imprevistas «prótasis, epítasis, catástasis, catástrofes, peripecias y anagnórisis», como quería y explicaba el don Hermógenes moratiniano.

La novela no picaresca, como el teatro, usan de estas malicias para sorprender al lector y cautivar su interés. En la picaresca parece fiarse todo a la eficacia de los casos sencillamente expuestos, de manera ordinal, como en friso en que quedarán grabadas las escenas limpiamente y para siempre, sin posibilidad de que los sucesos de una vengan a interferirse en las siguientes.

Así está concebido y escrito este Lazarillo, pero antes de perseverar en su consideración he de interrumpirla para hacer una poco profunda calicata que nos permita asomarnos a lo que es, o a mí me parece que es, el fondo propiamente picaresco de estas novelas, y sus cualidades y carácter.

No es dudoso que las novelas picarescas tienen todas un común denominador tan claro y notorio que hace pecar al género de monótono. Este fondo común, que es precisamente el carácter picaresco, no es fácil de definir. Al dibujarle o intentar dibujarle, rasgos importantes se evaden de su contorno, e inevitablemente se adentran

en él otros concomitantes que no son esenciales. La acción picaresca tiene siempre por protagonista seres procedentes de las más bajas escalas sociales, y los más, nacidos fuera de toda legalidad, viven su infancia entre infamias, inmoralidades y malos ejemplos. Una necesidad ineludible en el hombre, la de comer, y una tendencia inseparable de nuestra naturaleza, la de holgar, han de ser motores del futuro destino de estos sujetos. Los medios de que se han de valer para conjugar tal necesidad con tal tendencia, abiertamente contradictorias dentro de nuestras instituciones y de nuestra moral, han de ser arbitrarios, improvisados y casi siempre delincuentes. El ingenio hambriento ha de ponerse a prueba para buscar expedientes resolutorios de la paladina contradicción, y estos expedientes que nunca han de tocar en criminales, han de constituir la acción de estas novelas.

Como ha notado sagazmente Amado Alonso, el medio y los sucesos están vistos a través del pícaro, de sus ojos y de su sensibilidad, y dicho se está que la visión ha de ser parcial y untada del color de su propia mugre. Por eso, cuando Mateo Alemán califica la vida de su Guzmán de Alfarache, «atalaya de la vida humana», puede asentirse a que nos da una visión de los sentimientos, de la condición y de los ardidés de la sociedad de su tiempo, y aún (puede consentírsele la pretensión) de la Humanidad en abstracto; pero esta visión está falseada por el enfoque y por la situación baja del vigía, y por ello la novela tiene poco de atalaya, y la visión es rastrera y más propia de muladar que de almenar.

Esta visión deformada del mundo es el punto de tangencia de la novela picaresca con lo que el arte literario se llama realismo, y claro es que si la visión concedemos que es, como sin duda es, deformada, se pasa de realista, aunque por el lado contrario del idealismo entendido a lo vulgar y corriente. El ambiente picaresco, como deformación de la realidad, es tan convencional como el de la novela pastoril o la morisca de que gustaba aquella sociedad que celebraba las travesuras de Lázaro o las sentencias de Guzmán. Puestos los autores en la pendiente de la idealización de esta vida o del elogio de los móviles que la impulsan llegan a paradójicos desvaríos, como este de Juan de Luna en su continuación del primitivo *Lazarillo de Tormes*: «Si he de decir lo que siento —hace razonar al pícaro— la vida picaresca es vida, que las demás no merecen este nombre. Si los ricos la gustasen, dejarían por ella sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaron lo que poseían. Digo por alcanzarla porque la vida filósofa y picaral es una. Sólo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseían por su amor, y los pícaros sin dejar nada la hallan. Aquéllos despreciaban sus haciendas para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes; éstos para correr la rienda suelta por el campo de sus apetitos. Ellos las echaban en la mar, y éstos en sus estómagos; los unos las menospreciaban como cosas caducas y percederas; los otros no las estiman por traer consigo cuidados y trabajos, cosas que desdican de su profesión. De manera que la vida picaresca es más descansada que la de los Reyes, Emperadores y Papas. Por ella quise caminar como por camino más libre, menos

peligroso y nada triste». El paralelo es desatentado, pero él nos lleva a la consideración de una calidad bien española que adscribe el género con fuerte amor a nuestro carácter: la sobriedad española, que a lo filosófico y falto de rigor llamamos estoicismo. El propio Luna ha de calificar a Lázaro de «espejo y dechado de la sobriedad española».

Henos con esto en el centro del tema esencial de la picaresca, que no es otro que el tema del hambre. La pobreza ha creado nuestra sobriedad: no es ésta, virtud que nos haya hecho conllevar alegremente la necesidad. Por el hambre, por ganar el sustento perpetran sus fechorías los pícaros. Éstos sirven las más de las veces por la pitanza, sin procurar otros emolumentos. Claro es que el hábito de holganza impediría aspiraciones más subidas, pues como había de decir uno de ellos, «siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando». Es la necesidad la que lanza al pícaro desde sus primeros años al camino de la picardía. Pero lo curioso del caso es que siendo el pícaro el protagonista de todos los desafueros, y a veces también su víctima, sus maestros no pertenecen al género picaral, y son por desdicha hartos más repulsivos que el propio pícaro. Porque todas estas novelas son en realidad pedagógicas: una pedagogía orientada hacia el mal, es decir, una pedagogía al revés. La necesidad creada por la holganza da el impulso a estas vidas, pero los procedimientos, las maneras, son obra de la enseñanza de los sucesos o de los que en ellos intervienen. De lo que, descargando responsabilidades propias y ajenas, solemos llamar, «la vida». Y acaso por esto decimos así tan sólo, si no más expresivamente, y no sin alusión a la materia que ahora traigo entre manos, «la pícara vida».

Como he indicado, las acciones las comienza el pícaro en su primera edad, pero las escribe en sus últimos años, generalmente desengañados. Por ello el cinismo con que todos suelen comenzar narrando sus orígenes y las costumbres abominables de sus progenitores, no es imputable a los años pícaros, sino al escepticismo, experiencia y total desprecio de toda noción moral de los años maduros. No debe olvidarse esta circunstancia cuando quiera aquilatarse el valor psicológico de estas novelas. Aun a través de relatos hechos con tan maliciada experiencia, suele descubrirse en las primeras aventuras de los pícaros un fondo ingenuo y primordialmente sano. La experiencia desdichada de los hombres y las dificultades que han de sortear entre ellos ahogan tales impulsos hasta llegar al canalla que ha de escribir su autobiografía.

Creídas éstas literalmente, es justa la acusación de inmorales que Gregorio Marañón lanza tan severamente sobre estas novelas en el espléndido prólogo que escribió para el *Lazarillo de Tormes*. Pero de tal cargo las salva precisamente su falta de verdad, su evidente antirealismo. A él aludí hace poco y es preciso insistir sobre ello. Al menos avisado han de presentársele como inverosímiles las aventuras que en estos libros se narran. En la sociedad más primariamente organizada, el pícaro no podría dar materia con sus acciones a más de un «tratado» de su vida sin la intervención rigurosa y suspensiva de ellas de la justicia. El ambiente convencional

está creado a medida de las futuras trazas y aventuras del pícaro, como los prados amenos, los bosques sombríos y los arroyos rumorosos para la distracción platónica de amores imaginados por pastores poetas y zagalas cortesananas. A este idealismo o sobrerrealismo de la novela pastoril corresponde exactamente el infrarrealismo de la novela picaresca. Tan sólo el primitivo Lázaro de Tormes se salva de esta aseveración, si bien ha de tenerse en cuenta que es libro singular y único, y que antecede en sesenta años a la primera novela —el *Guzmán de Alfarache*— en que el protagonista es llamado por primera vez *pícaro*. Lázaro fue un precursor de hartas mayores virtudes humanas y literarias que los Mesías que anunciara, o acaso más bien un Mesías sin precursor, con seguidores que a veces le imitan y muchas más le niegan. Considerada esta falta de realidad del medio y de las aventuras de los pícaros, queda tan sólo una caricatura de cierto ambiente y de ciertos tipos sociales, caricatura ciertamente del más alto y grave sentido en ocasiones, pero que para que llegue a representación veraz hay que podar sin compasión de rasgos y colores que son precisamente los que la convierten en picaral. Así quedaría el no mal ejemplo de los pícaros que rara vez alcanzan la fortuna, antes bien acaban en galeras o en forzados sin remos, y en el mejor de los casos en arrepentidos como Alonso, el charlatán donado, o en irónica, e indigna, prosperidad y fortuna como el propio Lazarillo. El que la juventud aventurera y arriesgada tenga una aureola de simpatía aun siendo delincuente, es caso tan conocido y cotidiano que no creo pueda hacer mella ni incitar a imitación dolosa. Cuanto más que la mayor parte de las aventuras que se narran en estos libros son tan sólo eso: cosas de muchachos, con el coeficiente negativo de la patente imposibilidad del suceso.

Estas cualidades que he querido subrayar en la novela picaresca alcanzan al relato de Cela, pero ni a éste ni a los que pudieron servirle de incitación o de ejemplo les desposeen de su alto valor artístico. Y en este nuevo Lazarillo el mérito es más subido. Desde que se escriben los últimos relatos picarescos han transcurrido tantos años que pueden contarse por siglos. La sensibilidad ha cambiado radicalmente y el tema capital de la picaresca, el hambre, que antes podía tratarse jovialmente y ser objeto de risa y algazara en una sociedad férreamente asentada sobre jerarquías de riqueza y poder incommovibles, hoy es no menos que el tema central de la preocupación política. Una novela picaresca de hoy al modo de las viejas tendría por tema nada menos que la cuestión social. Esto hace que tengan sabor tan ácido novelas como las de Baroja del ciclo *La lucha por la vida*. Sin proponérselo el novelista, al centrarlas en el tema que en el siglo xvii se habría tratado a lo picaresco, adquieren gravedad y porte de novelas sociales. La necesidad y la pobreza no pueden ser hoy tema de regocijo literario sino de preocupación política. Sólo puede soslayarse este obstáculo como lo procura Cela. Al tratar de poner en pie a un pícaro de nuestros días le pone en contacto con gentes singulares, algunas, como el penitente Felipe, de gran tradición en los santeros y ermitaños de nuestras novelas picarescas. Me viene a la memoria otro penitente, el señor Vicente, de *El Peregrino entretenido*, de Ciro Bayo,

escritor que sin llegar a escribir una novela picaresca, ni intentarlo, supo crear en sus libros de viajes por España un medio picaresco y que es uno de los contados eslabones que unen esta novela con sus predecesores de nuestro siglo de oro. Estos personajes de Cela no representan, como podían representar los puestos en pie por los viejos novelistas picarescos, clases sociales, estratos definidos y operantes de la vida española. Son casos y no tipos. Son caracteres singulares, más próximos en algunos casos a la realidad que sus antepasados, pero por excepcionales más aptos para la complacencia literaria que para la lección moral, o inmoral, aplicable e inmediata.

Mas, pese a ello, esta novela tiene toda la dureza de aristas de las más hirientes, toda la cargazón sombría de color de las más embadurnadas y negras. Como en la fuente del verso sombrío de Lucrecio, siempre en los libros de Cela surge «algo amargo», *amari aliquid*. Por el humor desgarrado y torvo acaso fuera Mateo Alemán el novelista picaresco a quien mejor pudiera aproximarse la producción novelesca de Cela. Pero en ésta faltan los sermones morales dilatados y macizos, aunque no la reflexión breve y muchas veces libre y desvergonzada. Pero es que, además, el tono actual de la novela se ha provisto de un ingrediente apenas conocido de los antiguos novelistas: la imagen incisiva, de plasticidad intencionada y punzante, que antes tan sólo era manipulada por los poetas y en tímidas dosis. La visión del cadáver del penitente Felipe es buena prueba del poder corrosivo de este nuevo factor.

Este Lazarillo tiene, pues, personalidad acusadísima en el panorama de la actual novelística española, y Cela ha sabido, pienso que más por intuición de artista que por reflexión de estudioso, atinar con los elementos esenciales del género picaresco, y crear el único medio posible para el desarrollo de semejantes aventuras en nuestros días.

Pero me doy cuenta de que este deseo mío de caracterizar y situar la novela pasa los términos de prólogo para entremeterse en los dominios de la crítica. Si he sobrepasado el lindero, Cela y el lector sabrán perdonármelo, puesto que así se lo pido.

José M. ^a de Cossío.

NUEVAS ANDANZAS Y DESVENTURAS DE LAZARILLO DE TORMES

ESTA OBRA SE DIVIDE EN NUEVE TRATADOS QUE SON LOS SIGUIENTES:

PRIMERO

—Donde yo, Lázaro, cuento cómo pienso que vine al mundo y dónde y de quiénes.

SEGUNDO

Donde refiero cómo soy y hablo otras cosas del color y la estatura.

TERCERO

En el que oriento al lector para que conmigo pueda caminar el tiempo que caminé con el señor David, sin que le espanten humores de lagarto, ardores de alimaña ni olores de puerco.

CUARTO

Que trata de la paz que encontró mi alma paseando a orillas de los ríos, y habla también de las filosofías del penitente Felipe.

QUINTO

O el de la soledad; como ella accidentado y como ella breve y temeroso.

SEXTO

Que se refiere a la gimnasia como medio de ganarse la vida y perder la salud, y relata asimismo las extrañas costumbres del señor Pierre y la señorita Violette.

SÉPTIMO

—En cuyas planas escribo de la traza cómo acabó mi amistad con el poeta y hablo de mi corto y estéril aprendizaje del oficio de mancebo de botica.

OCTAVO

Levántate, Simeón, o el arte de echar las cartas,

y NOVENO

Donde relato cómo llegué a la Corte y con qué compañía, y pongo punto a esta primera parte del cuento de mi trotar.

UNAS PALABRAS

Quiero que una vez compuesto este librito salga a la pública luz, porque pienso que los lances que hube de pasar a más de uno servirá de provecho el conocerlos si los entiende con calma y tal como me sucedieron: unos detrás de los otros y todos preocupados por la honradez y la buena crianza que fueron normas de mi vida, aunque a veces tan soterradas quedaran por la necesidad, que el buscarlas resultara laborioso y gozoso el encontrarlas, de puro difícil que fuera.

El libro es breve como el de mi abuelo pero pienso que más vale así, porque pecado imperdonable hubiera sido inflarlo con humo de pajas que no dejara ver el grano, y porque si es bueno queda mejor escaso por aquello de que de lo bueno, poco, y si es malo también más vale siendo corto ya que de esta manera me acarrearé menos maldiciones. Y ser maldito nunca tiene cuenta, aunque se equivoquen.

Como si la divina providencia se sigue portando conmigo como hasta ahora aún muchos años de vida por delante parece que me han de quedar, prometo arreglar algunos puntillos desenderezados que seguramente se me habrán ido, tan pronto como los conozca y haya aprendido la gramática, que ahora —a la vejez, viruelas— me he puesto a estudiar. Mientras tanto, valga como va y que me sean perdonadas las pifias, las trabacuentas y las necedades que se me hayan escapado por las grietas que mis pocas letras dejan en mi cabeza entre seso y seso.

Y nada más, porque pienso que escribir así, de cosas sin sustancia y sin contar detalles, fuera bastante más difícil de lo que imaginara.

TRATADO PRIMERO

*DONDE YO, LÁZARO, CUENTO CÓMO PIENSO QUE VINE AL MUNDO Y
DÓNDE Y DE QUIÉNES*

Revolviendo una vez entre los papeles de un amo judío, boticario y —si hemos de creer a los deslenguados— también castrón, con quien tuve la malaventura de servir, me encontré cierto día con un libro que hablaba de un Lázaro de Tormes que seguramente ya habrá muerto y que si vive deberá ser muy viejo, a juzgar por las cosas que dice.

El libro no pone de quién es, lo que me causa cierta fatiga, ni en qué año fue compuesto, y de esta manera todo lo que averigüé fuera producto de mis conjeturas y, claro es, no muy de fiar.

Sin embargo, a mí el tal libro me produjo una gran alegría, porque también me llamo Lázaro y soy del país y porque, ya que la providencia no quiso darme padres conocidos y sí sólo candidatos a porrillo, me ilusiona pensar que aquel Lázaro fuera abuelo mío —y de ello ya lo trataré en adelante— e hijo de padres con nombre y apellido como Dios manda.

Yo no soy de las mismas aguas del río, como mi abuelo, ni de Tejares, como mis bisabuelos, pero sí de la tierra del Tormes, ya que, según lo más probable, donde vi la luz del sol por vez primera fuera en Ledesma, en la misma provincia de Salamanca, debe hacer ya unos cuantos años, de los que no llevo la cuenta.

A mi madre no la conocí de vista, aunque sí de oídas y abundantemente, y ahora pienso que para saber de ella las cosas que supe, más me hubiera valido ignorarlas.

Como sin embargo nada quiero callar, ahí va lo que sé de malo y de bueno, y quién sabe si falso, si verdadero.

Los más de los autores coinciden en que se llamaba Rosa de nombre y López de apellido y en que era una moza garrida, de lozana color y carnes abundantes, allá por las fechas en que yo vine al mundo.

Estaba para todo, como se dice, en casa del recaudador de contribuciones y yo no sé a ciencia cierta qué es lo que éste entendería por para todo, aunque me temo que más de lo conveniente y que metería en esa frase y dentro de mi madre, algo que no sin peligro se saca ciertas veces.

De todas formas y como a mí no me agrada ser hijo de ningún chupador de sudores ajenos, alguna esperanza de no haber salido de tal cuerpo me queda sólo pensando que cualquier otro, de los muchos que la voz del pueblo apuntó como amantes de mi madre, puso los mismos medios que el recaudador, y aun quién sabe si más fuertes o más eficaces.

Otro novio que doña Rosa tuvo fue don Serafín Serrano, un confitero que era concejal, quien parece que bien libre está de ser mi padre, ya que si hemos de hacer caso de rumores, el pobre no metía ni sustos y se dedicaba a regalarle yemitas a mi madre porque se dejase palpar por el escote.

Según dicen, el tal don Serafín evolucionó con los tiempos y acabó como los hombres, aunque sean confiteros, no deben acabar jamás.

También estuvo algún tiempo en candelero un factor de la estación, santanderino y mala persona, a quien —dicen que por faltarle un ojo, aunque yo no lo entiendo—

llamaban Chubasco, cosa que le irritaba y le abría la espita de los pecados que echaba a borbotones, por la boca como vómito de borracho.

Del Chubasco ya me da más que pensar si no seré hijo, porque, además de ser hombre fornido y jayán, parece que se juntaba con mi madre en mitad de la vía, sitio que siempre tuve por muy fecundo, no sé si por los aires del tren o por lo duro del lecho.

Por los tiempos en que mi madre quiso mejorar de situación y hacerse ama de cría, anduvo también al retortero un tal Froilán Quintero, de oficio peón caminero y natural de Betanzos, de donde hubo de emigrar por no sé qué líos con el famoso capitán Sánchez a resultas de una partida de mus.

El Froilán había hecho ya algunos favores a ciertas mozas que quisieron prosperar y como tuvo suerte y las dejó bien cubiertas a los pocos intentos, le pusieron por mote el Seguro.

Parece que el Seguro, que estaba cargado de hijos, se ayudaba para mantenerlos decentemente con el sobresueldo que sacaba como semental de las mozas que iban para amas y a quienes se encargaba de convencer su esposa Dorinda, celosa de recabar fondos para la familia.

Lo más probable es que a mi madre le prestara sus servicios graciosamente y en atención a lo florido de sus carnes. Por lo menos tal quiero pensar, porque no me decido a creer que fuera tonta sino más bien que se pasara de viva. Y después de todo, si el Froilán era seguro, ¿por qué no había de serlo también otro cualquiera, aunque tuviese que insistir un poco más?

Tan pronto como mi madre se encontró conmigo en el vientre se dedicó a cuidarme, cosa que una vez que hube salido jamás hizo, se conoce que para que no me estropease y echara por tierra sus buenos proyectos.

Nací, mamá de los pechos de mi madre durante dos semanas la leche que quiso darme, y como al fin de este tiempo apareció una casa de Salamanca donde la patrona encontró más cómodo dejarme a mí en ayunas que amamantar a su hijo, para allá se fue, dejándome tirado al amparo de unos pastores que tan escasos recursos tenían como buena voluntad para mi desgracia.

Mi padre, el Chubasco, el Seguro, o quien diablos fuera, nada quiso saber de mí, y mi madre, sabe Dios si como castigo a su egoísmo, fue a morir de un tifus cuatro años más allá cuando —¡también es casualidad!— estaba pensando en llevarme con ella, según doña Matilde, la madre de mi hermano de leche Desiderio, hoy abogadete en Valladolid y el tío más memo y desagradecido que me he echado a la cara.

El primer recuerdo de mi niñez me coloca agarrado a la teta de una cabra, mi madre adoptiva, la que me dio su calor cuando horro de calor estaba, su leche cuando hambriento andaba y sus inclinaciones, cuando inclinarme era fácil de tierno y mamón como era.

Si alguna vez en mi vida me porté mal acháquese a las tendencias que, según dicen, se heredan de las amas.

Desde luego, entre haber mamado de las ubres de una cabra o haberlo hecho de las de una oveja va grande diferencia, porque en esta vida —por cierto lo tengo— más vale topar que balar y preferible es cabrear a ovejear.

Como estaba de Dios que prosperase, la leche de la cabra me sentó como agua de mayo, y me crié algo sucio, sí, pero lozano y fuerte como un roble.

A los pocos meses de mi vida, los pastores comenzaron a darme sopas de pan con vino como a los caballos, alimento sano y caliente para los meses del invierno, que en el país son muy crudos, y que tiene la ventaja de ir acostumbrando las carnes al morapio, con lo que siempre se gana, amén de unas prácticas que alejan el feo vicio de la borrachera, un aromilla que destierra los espíritus de las enfermedades.

Lo cierto es que a mí me probaron las tales sopas como anillo al dedo, y que las enfermedades, si hemos de quitar dos o tres sin importancia, siempre me respetaron.

Las borracheras ya no me tuvieron tanto desapego, y con vergüenza y sonrojo he de confesar que el número de las que agarré a lo largo de mis años muy alto deberá ser, cuando ya perdí la cuenta, aunque pienso, para consolarme, que sin la práctica de mis primeros meses con los cabreros, la cantidad de ellas hubiera sido mucho mayor.

Cuando ya me tuve derecho y aprendí los dos o tres pecados que se precisan para que las cabras obedezcan, empezaron a dejarme en la cabaña al cuidado de algún animal enfermo o entretenido en mondarles las patatas o en mantener vivo el fuego de cocer el puchero, con lo que me fui haciendo al mismo tiempo pastor y pinche, y no digo que ladrón porque, aunque ocasiones de antojo me sobraron, siempre pensé que debería respetar la pobre hacienda de mis protectores.

El que sin apuro esquilmare a sus amigos por mal nacido deberá tenerse, que para aprovecharnos de ellos a diario ya nos topamos con desconocidos que nada podrán echarnos en cara.

A los cinco años de mi vida empalmé unas viruelas que me tuvieron al borde, si no del sepulcro, cosa que en aquellas laderas no se estila, sí del pie de un roble o de una encina, sitio ya más frecuente, pero que en el fondo viene a ser lo mismo.

Las tales fiebres me dejaron flaco y consumido y con más agujeros que una criba, señal que mucho me molestó por aquello de que todo el mundo siempre tenía que preguntarme algo y porque además fue causa de que al poco tiempo me colgaron el feo mote del Picado, con el que me conoce más gente de la que quisiera.

Las carnes las recobré quedándome semana y media en el chozo dedicado a las buenas costumbres y no haciendo más cosa que comer hasta cansarme, dormir para descansar y vuelta otra vez al principio.

Cuando me puse bueno todos vieron que había estirado cerca de un palmo, lo que bastó para que ya creyeran habérselas con un hombre y me llevaran con ellos a la faena. Un hombre, realmente, no sería, pero puedo asegurar con orgullo que en aquellos tiempos llegué a creérmelo, como lo prueba el celo que en el oficio ponía y el cantazo con el que a veinte pasos vacié un ojo al hijo del Mellado, mozo de más años que yo, pedrada de la que todavía se acordaban hace poco tiempo por Ledesma.

El mérito del cantazo no fue dejarlo tuerto, cosa no difícil con ayuda de la suerte, sino haberlo tirado a sobaquillo.

Como el trato del ganado es oficio duro y como la regalada vida de niño vi de cierto que había acabado para mí, procuré hacerme a los hábitos del pastor, lo que logré con la ayuda del tiempo, y que si antes no alcancé fue por mor de esas resistencias que siempre tuvieron mis carnes a meterse en faena por sí solas.

El rabadán de aquellos pastos y de mis padrinos los cabreros era un sujeto mal encarado, de tez más que morena, falto de carnes aunque sobrado de espíritu para el mal, badajoceño y pendenciero, a quien llamaban Lucas de nombre y Cabrito de apodo y por detrás, ya que de frente hubiera tenido su peligro.

El tal Lucas siempre me miró con inquina y, como era malhablado de natural, no desperdiciaba ocasión para mentarme a la madre —no sola sino acompañada del juicio que le merecía— cosa que a mí me sacaba los colores de la vergüenza y hasta me hacía llorar, quién sabe si por encontrarlo demasiado cierto en el fondo.

Con él siempre procuré andarme con ojo, porque bien seguro estoy ahora de que a la primera pifia me hubiera tundido a cachavazos hasta deslomarme.

Del pellejo de una res teteciega que matamos y con la ayuda de los buenos consejos de Sebastián, un pastor que para mí fuera talmente como un padre, logré hacerme unos calzones abrigosos, dejando el pelo para adentro, y escurridos para el agua enseñándole a las lluvias el curtido, con los que anduve varios años tan orgulloso como si hubieran sido de terciopelo.

Como el cintal me lo ponía mismo debajo del sobaco y me quedaba el vientre guardado y caluroso, muy bien debí haber hecho las digestiones por entonces, ya que se me veía medrar a cada día.

Por los hombros llevaba una zamarra que hice con la piel de una oveja muerta que encontré y que tanto me calentaba el pecho que la mitad del año la llevaba colgada del fardelejo, y a los pies me eché unas abarcas que tiró por viejas Lucas el Cabrito, después de haberlas recortado no poco y enderezado lo bastante para quitarlas el vicio.

A la cabeza lo primero que llevé fue una boina con más agujeros que un balcón, que sólo me duró el tiempo que gasté en alcanzar mejor cosa que ponerme, que vino a ser una gorra de visera que me regaló un tísico porque le dejara colgarse de la teta de una cabra hasta hartarse de mamar, faena que consentí, no por la gorra, sino porque pensé que hacía una obra de caridad.

Por si los pastores no pensaban lo mismo, lo metí en el chozo, a que hiciese la mamada y, como la teta no se daba vacía y él parecía no hartarse de chupar, trabajo me costó buscar una disculpa cuando vi que los hombres se acercaban ladera abajo.

El hombrecillo, quién sabe si por temor a que le hicieran vomitar la leche, salió arreando con su débil trote por la senda, consiguiendo taparse con unas piedras antes de ser visto, después de haberme dado la gorra en premio.

Cuando los pastores me vieron cubierto como un caballero con aquella prenda

que, aunque me llegaba hasta la nuca, dejaba pronto ver su calidad, me preguntaron por ella y que dónde la había encontrado, a lo que hube de responderles que había venido volando con el viento, lo que no creyeron, pero lo que les hizo reír a carcajadas y cesar en sus preguntas.

—¡Qué hijo de tal, decían, cómo inventa sus patrañas!

Lo malo fue cuando quisieron ordeñar la cabra que dejó caer una meadina de leche y tenía aún las ubres calientes y que bien se vengó así del trato que con ella quise comerciar, ya que de la mano de palos que me pegaron, si no solté la leche que robé fue porque Dios no quiso.

Al tísico, aunque me dijeron que era de aquellos barros, no lo volví a ver, por lo que debe estar muy agradecido al Criador, ya que entonces juré cobrarme a cantazos el sobreprecio que los pastores pusieron a la visera, y que aún hoy, si pudiera, quién sabe si no lo haría.

Después de recibir los palos y pasarme la noche llorando a moco tendido, empezó a cobijar mi mente la idea de la fuga, que no quise intentar hasta tener unos ahorrillos en la bolsa con los que marchar más sobre seguro.

Como a real los domingos, que me daba doña Blasa la Machorra por acercarle en tal día una cántara de leche hasta su casa, poco iba a prosperar, tuve que ir dando largas al negocio hasta que a los dos años, una tarde que estaba a la vista de un ganado que ramoneaba por el robledal, tuve la fortuna de darme de hocicos con un saquito con dieciséis duros dentro, que escondí contra el pecho, y tuve buen ojo de no dar a nadie cuenta.

El tal saquito fue pregonado con pelos y señales y hasta ofrecieron una recompensa a quien, habiéndolo encontrado, lo devolviera, pero me pareció que más cauto sería hacerse de extraño, ya que el premio, según pensé, nunca alcanzaría los dieciséis duros encerrados.

Con esta cantidad y otros siete y pico que tenía de los ahorros, ya había bastante para echarse al mundo.

Busqué sin prisas la ocasión, que fue a parecer al comienzo del invierno, una madrugada que bajábamos ajorando camino de los pastos.

La luz no había nacido cuando tiré en sentido contrario que mis compañeros, con tanta prisa como decisión y tanta cautela como miedo, ya que de haber sido alcanzado, a estas horas a buen seguro que no lo contaría.

Con veintitrés duros y once reales encima juzgaba que jamás me moriría de hambre, aunque quién sabe si de palos, vergajazos o perdigonada de guardajurado. Lo que ha de pasar en los años que quedan por delante es cosa que sólo Dios lo sabe y a nadie dice.

El mundo es grande, cierto es, aunque no tanto como entonces pensara, pero los cuartos que llevaba encima tampoco iban en bolsa pequeña, sobre todo para entonces.

A los pastores no los volví a ver, ni ganas que tuve en la vida. Les guardo agradecimiento por haberme dado de comer, pero cariño, lo que se dice cariño, jamás

llegué a cobrarles.

Tenía entonces un servidor ocho años cumplidos, que es una buena edad para empezar a usar de la razón.

TRATADO SEGUNDO

*DONDE REFIERO CÓMO SOY Y HABLO OTRAS COSAS DEL COLOR Y LA
ESTATURA*

Aun cuando el orden fuera seguir por donde empecé y contar ahora, haciendo pasar otra vez el tiempo por delante, lo que me sucedió con el señor David cuando hube de abandonar a mis primeros amos, pienso que más conveniente será tomarse esta licencia y referir cómo soy de por fuera, ya que de por dentro sólo Dios lo sabe, y relatar también cuáles fueran mis señales por si me pierdo.

Mi tamaño de alto, según me dijeron en el servicio, es de un metro y cincuenta y nueve, lo que no es abundante, ciertamente, si pensamos que los hay más altos, pero lo que tampoco es escaso si nos paramos a ver que también los hay más bajos.

Yo me conformo con mi estatura, porque no fuera de bien criado tratar de enmendar la plana al Padre Eterno y porque además y bien mirado, no soy ni tan pequeño que tenga que andar cantando para que no me pisen, ni tan grande que tenga que agacharme al pasar las puertas.

Mis carnes no son ni escasas ni abundantes, y así ni gordo ni flaco pueden llamarme y las tengo, si no sabiamente, sí repartidas con cierta discreción.

Mi color es sano, tostado por el sol y curtido por todos los vientos, desde los del noroeste, que suelen ser heladores, hasta los del señor David, que por cálidos y entonados siempre los tuve, y si no fuera por estas marquillas de viruela que me quedaron, a fe que no tendría feo rostro con mis ojos castaños y mi abundante pelambreira negra.

Los brazos y las piernas los tengo recios y derechos, los pies anchos y grandes, quién sabe si de tanto andar, y las manos duras, aunque no largas.

Cruzándome la frente por encima del ojo izquierdo, tengo una ligera señal como de cuatro dedos que me dejó como huella un vergajazo que por allí pasó, y debajo de la oreja del mismo lado quedan todavía las reliquias de una mojadina navera que recibí una vez que en Ávila se empeñó un jaque en marcarme a punto de navaja, como si fuera una cachava o un cinturón.

La sonrisa ha asomado a mis labios no menos veces que el llanto a mis ojos, y así las arrugas que tengo en la cara tanto pueden denotar alegría como pena, según la luz y el calor con que se miren.

Para acabar mi retrato sólo me resta decir que mi sangre, aunque desconocida, debe ser pura, ya que nunca padecí de granos ni sarpullidos, y que si bien no tan clara como la de un duque, tampoco la tengo por tan sucia como la de los albarazados, los jíbaros o los calpamulos. Lo que, bien mirado, no es moco de pavo ni cosa tan poco importante como para ser olvidada.

TRATADO TERCERO

*EN EL QUE ORIENTO AL LECTOR PARA QUE CONMIGO PUEDA CAMINAR EL
TIEMPO QUE CAMINÉ CON EL SEÑOR DAVID, SIN QUE LE ESPANTEN
HUMORES DE LAGARTO, ARDORES DE ALIMAÑA NI OLORES DE PUERCO*

Era la anochecida y sobre el campo se extendían las negras sombras.

Al principio sentí el primer miedo de mi vida al no ver cerca de mí persona alguna a quien mirar, o amo o amigo con quien hablar, o patrón, en fin, que me arreara una tunda o me escupiera una saliva.

Miré para la cumbre de las montañas y escuché el ruido del viento en el monte bajo.

Sentí un escalofrío de gozo cuando me tenté los pechos y oí sonar en la palma de la mano el acompasado golpe del corazón. Era una criatura y soy un viejo; pero de aquellas escenas me acuerdo con una firmeza ejemplar.

Cuando calmé mis ansias me enteré de la lechuza que silbaba en la copa pegajosa de un chaparro, del murciélago que perseguía el último insecto volador, del escuerzo que golpeaba siniestramente la tierra como un martillo de veneno.

Como tomar las cosas demasiado a lo serio nunca me trajo buena cuenta, tan pronto como pude desechar los primeros temores resolví probar a reírme, para lo que ensayé jocosas imaginaciones que pronto me devolvieron el contento.

Un tísico chupando de una cabra, Lucas el Cabrito haciendo de cuerpo o doña Blasa la Machorra llamando pendejo, hechicero y gilipuetas a su pobre marido, son cosas capaces de alejar el miedo más hondo para traer la risa más divertida.

Tal hice y tal gracia llegué a hacerme a mí mismo, que, recobrado la confianza, tiró el cansancio del sueño y éste de mi voluntad, y fui a terminar durmiendo como un tronco al pie de una barranquera que por allí había.

Cuando me desperté, todavía de noche y con las estrellas sobre mi cabeza, pasé por unos momentos en que llegué a pensar si no estaría muerto y transportado al cielo, tal era el dulce bienestar que el fresquito de la mañana daba a mis carnes y la suave placidez que la música que escuchaban mis orejas —la primera que oyeron en su vida— diera a mi espíritu.

Agucé el oído y sentí, traído por la brisa, un dulce y lejano concierto que tan pronto parecía de noble instrumento como de ruin vientre.

Esperé tumbado y con paciencia a que llegaran los primeros claros de la madrugada, y cuando éstos comenzaron a señorear sobre el campo me fue dado ver cómo tres hombres, raros de aspecto como nunca los había visto y como jamás en la vida los había de ver, se aplicaban a su oficio de músicos con una diligencia que muchas veces pensé lo útil que me hubiera sido de haberla yo alcanzado en alguna ocasión.

Como mi roncar y mi dormir, por lo visto, había sido más discreto que su soplar, su rascar y su velar, logré que no se dieran cuenta de la vecindad hasta que a ellos quise presentarme, y así, desde detrás de unas matas que había sobre la barranquera, pude contemplarlos a mi gusto y enterarme bien de sus extrañas costumbres.

Los tres eran viejos y los tres barbudos: uno con la barba blanca, el de la flauta; otro con la barba entrecana, el del fagot, y otro con la barba negra, el del violín.

Vestían remendados trajes de pana, camisa sin color conocido, faja negra o de

color y se tocaban, los dos que iban tocados, el violinista y el flautista, con extraños y altos sombreros, quién sabe si de copa en tiempos aunque entonces ya no más que de mojada y deslustrada chimenea.

Sentados formando corro se afanaban en hacer sonar sus instrumentos, y con tal ímpetu llegaron a conseguirlo, que lo que en suave comenzó y en espiritual, tan fuerte y voluntarioso llegó a ser que extrañado estoy todavía que el alboroto no lo hubieran oído en la misma Salamanca.

Cuando hicieron alto y sacaron una bota de vino pensé que había llegado la hora de mi presentación, y así lo hice sin encomendarme a santo alguno de mi devoción — que de tan joven como era no lo tenía— ni a hada madrina de ninguna clase, que ni la tuve entonces que era niño ni ahora que soy reseso la he conseguido.

Los músicos, de cerca, tenían aún más rara figura que a lo lejos, y calcúlese lo sucios que andarían para que su porquería llegara a llamar la atención a un rapaz que no se señalaba por el aseo.

Cuando me vieron, pararon en la maniobra de beber de la bota y me miraron con ojos casi espantados.

—¿De dónde has salido? —me preguntó el de la barba blanca, que después averigüé que era el más importante.

—Pues ya lo ve usted, mi amo —respondí con respeto—; dicen que va ya para los ocho años que salí del vientre de mi madre.

—De ahí hemos salido todos —me dijo sentencioso—, cada cual del propio de la suya, quiero decir, pero no es eso lo que te pregunta este humilde apóstol de la verdad.

A mí me entró un temblor cuando le escuché sus extrañas palabras, porque creí habérmelas con un loco o con un sacamantecas, pero pronto me tranquilicé al percatarme de que, en aquel campo, puestos a correr los tres detrás de mí jamás me cogerían, y cuando vi en sus labios medio morados la amorosa sonrisa que puso para decirme:

—Y no de ese lugar que respeto, no por vientre, aunque sí por fecundo, te pregunto si has salido, como te digo, sino de dónde rayos hasta aquí has llegado, que ni mis hermanos ni yo te hemos sentido venir.

A lo que hube de responder como mejor supe y ahora no recuerdo, pero que pienso debió haber sido con discretas razones, si consideramos que al poco ya me daban de beber de la bota y me preguntaban si quería aprender la sabiduría de la música.

El que así me habló me dijo que su nombre era el del rey David y su apellido el de un fabricante de clavos que se llamaba Andrade y que había sido su padre, pero que el vulgo, ignorante del árbol de las genealogías, se limitaba en el mejor de los casos a llamarle el señor David y en el peor, Carneiriño branco —que en su lengua, que era la gallega, significaba carnerito blanco—, mote que acataba por modestia y para hacer sacrificio.

Ni lo de blanco ofrecía duda, ya que de los muchos pelos que enseñaba ninguno era de otro color, ni lo de carnero tampoco, porque puestos a compararle con un animal ninguno parecía más apropiado, pero lo de carnerito mucho me dió que pensar, ya que siempre creí que el señor David más tenía de morueco que de cancín, por lo mismo que más tenía de viejo y grande que de tierno y llorador.

Pero las cosas son como están hechas, y así y no de otra forma hay que tomarlas.

A sus hermanos, como él decía, me los presentó con gran ceremonia y me dijo sus nombres y sus apodos con tal educación que mismo parecía que estábamos entre caballeros.

—Éste —me dijo señalando al del fagot— es el que me sigue en edad y en saber, y se llama Tomás de nombre, como el apóstol que dudó de la verdad, y Suárez de apellido, como su madre, que no recuerda el que tenía el padre. Toca el fagot, conoce el lenguaje de los pájaros, entiende la ciencia de las estrellas, saca fuego de dos palos, y a pesar de sus barbas da todavía unos lucidos saltos mortales. Nadie —añadió con gran lujo de misterio— sino el Sumo Hacedor que todo lo dispone, la madre que lo parió y que lo bautizó, nosotros a quienes nos lo dijo y tú, a quien te lo decimos, sabe que su verdadero nombre es el tan noble y hermoso de Tomás Suárez, y las gentes, por ignorancia, le llaman Cachimbo, nombre que nada significa.

Hizo una breve pausa, miró para las montañas, y dijo.

—¡Hermosa mañana! ¿Eh?

—Sí, señor, muy hermosa.

—Pues como íbamos diciendo. Durante luengos años anduve desazonado creyendo que su nombre también lo sabía la guardia civil de su pueblo, que es Boñar, en el reino de León, pero gracias a Dios mis temores eran falsos.

El tal Cachimbo o Tomás Suárez, mientras hablaba Carneiriño branco, se estaba con los ojos clavados en los pies con gran respeto, y sólo habló cuando le dijo el señor David que cuáles presagios daba la alondra de la mañana sobre mi presencia allí, como un ángel anunciador, según decía, en la babilonia de su corazón.

Tosió un poco con una tos ovejuna y con su bien timbrada y fina voz nos aseguró que la alondra anunciaba venturas y tres pesetas, palabras que bastaron para que sus dos amigos se lanzaran por aquellos barbechos con la mirada fija en la tierra durante cerca de una hora, quizá para aclarar si en aquello de las pesetas no erraban el pájaro ni el amigo.

Cuando volvieron, tan de vacío como se habían ido, el señor David consoló con frases cariñosas a Cachimbo y le dijo que no se preocupara, ya que el no haber hallado las tres pesetas era a buen seguro culpa de lo defectuoso de la busca.

El del violín, cuya presentación se me había hecho más confusamente, y a quien el jefe hacía a todas luces menos caso, me dijo que su nombre era Abraham y que el arco que en la mano llevaba era como el hambre, que hacía cantar las tripas, con el mérito, que el hambre no tenía, de que sacaba ruidos y sonidos de tripas muertas y secas y no de estómagos aun húmedos, aunque moribundos y aburridos.

Imitaba el croar de las ranas con perfección, el canto del cuclillo y el ruido del viento en un campo de trigo, todo con la boca, y decía con gran orgullo que era descendiente directo de un virrey de las Indias que se llamó Bantabolín, hombre que murió en el singular combate que sostuvo con el chino Jesusito, que tenía pacto con los demonios de lo profundo.

Todas las historias que me contaron los músicos se me quedaron fijas en la memoria como si allí me las hubieran clavado, y no sé si por lo tierno de mi sesera o por lo estrambótico de las invenciones que me contaban, lo cierto es que no creo haber olvidado ningún sucedido de importancia.

Hacia el mediodía, un nubarrón que sobre nuestras cabezas se posó descargó sus aguas con tal brío que mismo parecía toda la tierra un tambor y nosotros, como no teníamos más que un tabardo con que cubrirnos, con él nos tapamos las cabezas, en rueda como las yeguas por defenderse del lobo y dejando las posaderas fuera, ya que nunca por tal parte entran los constipados, según decía Carneiriño blanco.

Cuando pasó la nube, volvieron ellos a los instrumentos, por ver si el agua los había enmudecido, y todos a resucitar el fuego donde hubimos de secar las tan mojadas partes de nuestros cuerpos que el tabardo no cubría.

Abraham me siguió contando que su abuelo Bantabolín fué hechizado por las malas artes del chino Jesusito, quien, viéndose acorralado en buena lid, y cuando ya Bantabolín lo iba a derrotar, le escupió ácido —que tal veneno tenía por saliva— en medio de la cabeza, plantándole fuego al pelo, y que cuando su antepasado se llevó las manos a tal sitio para apagarlo, aprovechó él taimadamente la ocasión para segarle el cuello de dos tajos, ya que es de ley que así como a los reyes hay que darles tres golpes de espada para separarles la cabeza, a los virreyes, como su abuelo, basta con dos y a los demás mortales, como él y como yo, basta con uno solo. La cabeza del virrey Bantabolín, según cuenta la leyenda, se quedó con los ojos abiertos y la boca sonriente, y tal encanto tenía, que las dos esposas del chino Jesusito, la china Esmeralda y la china Sirena, que no tenían pacto con el demonio, murieron de pena cuando su marido fué a mostrarles el presente, castigando así la traición que dejó a las Indias desgobernadas.

A mí aquella historia del abuelo del violinista no me pareció demasiado verdadera, bien es cierto, pero como el hombre parecía que gozaba en contármela y en la vida bastantes embustes mete uno para que no aguante los de los demás, hice como que me lo creía, cosa que él me agradeció y a mí no me causaba ningún trabajo y me reportaba alguna que otra sardina ahumada, algún que otro trozo de cecina y algunos pedazos de pan de gratitud. Dios dispone las cosas de forma que los hombres de buena voluntad se ayuden los unos a los otros.

Con el señor David y sus amigos anduve hasta cerca de cuatro años cumplidos, y en ellos, además de trotar por los campos y por las aldeas, me fue dado aprender las artes de mis amos, tanto las buenas, como la solfa y la conversación (que tan buenos servicios me hubieran de prestar), como las malas, llamando así a las de hipnotizar

gallinas sólo con mirarlas a veinte pasos, por ejemplo, o a las de saber gruñir igual exactamente que los puercos, lo que no tendría malicia si no fuera por la intención de esperarlos con un saco para mordaza y una navaja para el corazón detrás de la peña adonde los encaminaba un poco su torpe curiosidad y otro tanto, que era el resto, nuestra taimada ciencia.

Después que me admitieron en su compañía con la obligación de hacer cuanto se me ordenara y el derecho a no tener ninguno más que los que quisieran irme dando —y el tiempo vino a demostrar que si yo no me hubiera tomado alguno que otro, hubiera perecido—, levantamos la marcha y anduvimos vagando por aquellos contornos, y pronto me fue dado ver que mis protectores los artistas no eran tan espirituales como a primera vista parecían y sí, en cambio, hombres prácticos y sagaces y sobradamente acostumbrados a salir gananciosos en la empeñada y eterna lucha con los días.

En cuanto me consideraron como paje o criado olvidaron su refinada y estudiada manera de hablar y se mostraron tan soeces y juradores como mis antiguos amos, forma natural que abandonaban en cuanto volvían a encararse con un extraño, a quien trataban de nuevo remilgadamente, le hablaban de las aves y de los astros y le relataban las hazañas de Bantabolín.

Entre sí se llevaban mal, pero preferían no separarse porque formaban buena cuadrilla. Cuando armaban bronca, ya era sabido que quien acababa llevándose los golpes era yo, pero por ello no les guardo rencor, porque la cosa no dejaba de ser natural. Al andar de los años, cuando llegué a tener criado, hice lo mismo, y no creo que tampoco a éste le haya parecido mal; de momento a nadie gusta que le peguen un revés en el pescuezo o un punterazo en el trasero, pero a la larga, si uno es criado, acaba por reconocer que para eso está, y se aguanta.

En general, la vida que me daban era aperreada, pero se podía soportar. No siempre se comía pero, eso sí, siempre había emoción. En aquella comarca, en cuanto que nos arrimamos a la frontera, el negocio estaba en robar a unos contrabandistas para vender a otros. La cosa no era demasiado difícil; los contrabandistas eran gentes sencillas, vecinos de aquellos pueblos, que guardaban la mercancía en las covachas de las barrancadas y no las iban a recoger hasta haberlas vendido sobre seguro. El secreto estaba en entretenerlos, y de ello se encargaban Carneiriño blanco con su flauta y Cachimbo con su fagot, mientras Abraham y yo los desvalijábamos. Encontrar las cargas era cosa fácil para Abraham, que conocía de memoria unas cuevas que había por la parte de Fuentes de Oñoro. Lo difícil venía después, cuando había que vender, y más de una vez hubo que tirar con todo en mitad del campo por miedo de caer en manos de los carabineros. Cuando apañábamos alguna ganancia limpia ya era sabido que nos esperaban días, y a veces hasta semanas enteras, de holganza, porque mis amos, como es de ley entre artistas, hurtadores y atopadores de fortunas, más tenían ciertamente de distraídas y alocadas cigarras que de industriosas abejas o de previsoras hormigas.

Con ellos adquirí el mal hábito de no guardar para el mañana —que Dios ya parece querer que vaya siendo el presente—, y así hoy me encuentro pobre como los topos, después de que por mis manos pasaron a lo largo de mi vida buenas pesetas, siendo lo más grave que a ellas no se pegó ninguna, ni a mi bolsillo tampoco, y lo más doloroso todavía el que no pueda uno decirlo con la cabeza en alto y achacarlo a honradez. Que robar y gastar es lo que deja: pobreza y amargor.

Pueblo hubo, que recuerde, bien gobernado, donde el alcalde, hombre de sentido, velando por la hacienda de sus vecinos, nos dió a elegir entre el término municipal o la cárcel, elección que no pensamos, como se puede suponer.

Así en Barba de Puerco, sobre el río Águeda, de donde nos echaron, quitándonos de paso del zurrón dos gallitos naturales de Aldea del Obispo, muertos los pobres la atardecida anterior, al tiempo que nosotros pasábamos por su pueblo.

Al abandonarlos les prometimos, si no empeñarnos en su rescate, cosa que nos parecía un tanto expuesta y punto menos que imposible, sí vengarlos crecidamente de tan tirana autoridad, y así una vez que las estrellas llegaron a lucir firmes en el negro cielo nos adentramos solapadamente en el villorrio y acordándonos de que se llamaba Barba de Puerco, delante de las barbas, aunque dormidas, de todos los vecinos, arramplamos con un cerdo que nos costó tanto trabajo hacer callar, que cuando lo conseguimos era su cadáver lo único silencioso que en la aldea había.

Echaron el campanil a vuelo, nos achucharon los perros, nos persiguieron a tiros y a pedradas, pero como la noche estaba de nuestro lado, conseguimos escapar sanos y enteros, aunque sin puerco y atemorizados.

A la madrugada, ateridos de frío aún, sin haber parado ni un solo instante, estábamos sobre un altozano a la vista de Lumbrales, poblacho donde nos fue a ocurrir la extraña aventura del loco, escena que hoy todavía me sobrecoge las carnes cada vez que la recuerdo.

El hecho fue —y en sí no tiene mayor importancia si no fuera por el susto que nos dio— que al meternos a descansar y tomar un poco de vino en una posada que hay al entrar a la mano derecha, se nos acercó un mozo que ya empezaba a dejar de serlo, quien con honestas palabras nos pidió que le socorriésemos, que su padre lo tenía abandonado. A nosotros nos causó extrañeza que un hombre de aire sano y fuerte como un roble pidiera la caridad llorando el desvío de su padre, pero como íbamos cansados y maltrechos y en aquel pueblo más valía caer en gracia que ser graciosos, miramos para el señor David, quien con buena prisa ya sacaba una moneda del pañuelo.

—Que Dios os lo premie, señores, allá en la Gloria —nos dijo el mozo—; cuando ya tenga bastante, lo he de gastar todo en una misa.

—¿Por vuestra alma, acaso? —le preguntó Cachimbo.

—No señor; que mi alma ya está perdonada.

A nosotros nos olió a peregrina la respuesta, pero como lo que queríamos no era conversación, sino descanso, empujamos la entornada puerta del mesón y nos

colamos en el zaguán, que era oscuro y silencioso.

Cierto que era aún muy de mañana, pero como todos esos pueblos suelen ser madrugadores y el alba ya hacía rato que había levantado, nos entró sospecha de qué pasaría cuando ni una voz resonaba ni en las calles ni en el mesón.

El mozo se mostraba locuaz.

—Cuando se les acostumbre el mirar ya verán algo más.

—Eso esperamos. ¿Y la gente?

—Se ha echado al campo; es muy cobardona.

—¿Toda?

—Casi toda. En cuanto que pasa algo ya están corriendo de un lado para otro.

—¿Y es que ha pasado algo? ¿Han bajado los lobos?

—No, señor, los lobos hace ya tiempo que no bajan al pueblo; como ahora el ganado anda en el campo...

—Ya, ya. Entonces, ¿es que ha habido algún robo, algún crimen?

—¡Ca! ¡No, señor! ¡Lo que hay son cuestiones de familia! Mi padre, sabe usted, que era muy cerrado de mollera; y mi madrastra, que era una tía zorra. Ahí están.

Efectivamente, el mirar ya se nos había acostumbrado, y detrás de nosotros, colgados de una viga, estaban el padre y la madrastra del mozo. Los pies les quedaban como a palmo y medio del suelo, y la muerte parecía haberlos estirado. Hay muertos a quienes les suceden cosas que nadie se figura.

Mis tres amos se echaron sobre el hombre y lo sujetaron y lo ataron. Luego, sentado sobre una banqueta, decía:

—Arriba hay más; no sé si han muerto... esta gente es muy cobardona. Salí con la escopeta a tiros por la calle y echaron todos a correr...

El pobre desgraciado resultó que estaba loco como una cabra, pero en el piso de arriba había otra viga y dos criadas colgadas.

Ahora, cuando lo recuerdo, pienso que anda uno vendido por la calle, y no sé si reírme o echarme a temblar. ¡Ése es todo el vivir!

Entonces, cuando sucedió, me quedé de una pieza —tan de una pieza como mis amos— y estuvimos los cuatro sin dormir cerca de una semana.

—¡Si éste se llega a enterar de las mañas del chino Jesusito! —le decía de broma Carneiriño branco a Abraham.

No más lo hubimos sujetado, oímos en la calle como una lejana algarabía de tropel de gentes que se acercara, y cuando nos pusimos a la puerta por ver de qué se trataba —aunque ya lo sospechábamos— nos encontramos con una rara multitud armada de toda suerte de armas, que enmudeció y se paralizó a prudente distancia en cuanto que, en vez del loco, vió que éramos nosotros cuatro los que salíamos del mesón.

—¿Dónde está el Julián? —nos gritó el que parecía mandar, y que después supimos que era el alcalde.

—Si el Julián que nombráis es el que cuelga —le respondió Carneiriño branco—

ahí dentro lo tenéis, bien atado de los pies y de las manos; si es otro el Julián, ni yo ni mis hermanos sabremos daros cuenta.

—¡Mirad, que no nos engañéis!

—¡Como hay un Dios que hace brillar el sol, que es verdad todo lo que os digo! ¡Preso me doy de vuestros hombres hasta que vos mismo os percatéis!

—No es menester, que vuestras palabras bien parecen sinceras.

—Como lo son.

Ya más confiado fuése acercando el grupo, y nosotros, por darle mayor ánimo, les hacíamos ademán con los brazos de que íbamos desarmados y nos separábamos de la puerta y nos poníamos en medio de la calle para hacerles ver que no buscábamos defensa, y sí sólo acabar con todo aquello y echarnos a descansar, que era lo que apetecíamos.

Cuando llegaron a veinte pasos hicieron alto de nuevo, y de la fila se salieron el alcalde y dos más, quienes hablaron en baja voz con mis amos y después, quedándome yo de puertas, se adentraron en el mesón, cosa que debió haber sido invento del mismo Lucifer, porque el loco, en cuanto los vió, empezó a rugir y a temblar y a echar espuma por la boca y ellos a asustarse y a gritar como mujerzuelas y a correr de un lado para otro, sin encontrar la salida, y los de fuera, al oír el alboroto y creyendo a buen seguro que era una celada, la emprendieron a tiros y a hondazos con la casa, de forma que no dejaron cristal sano ni teja alguna en su lugar y con ella en el suelo hubieran venido si en el zafarrancho no se llegaron a encontrar los seis hombres en el corral y juntos no aparecieran, por la retaguardia, a calmar a los asaltantes.

Alguno de éstos hubo, sin embargo, que en la embriaguez de la victoria que ya veía aproximarse, costó trabajo apaciguar y convencer de que mis amos eran amigos y parciales del pueblo, y no de su enemigo, pero de ello se encargó el alcalde, apoyado en su autoridad y en los buenos argumentos que a voces tan recias pregonaba, que para mí tengo que debieron ser oídos en la Tierra Santa donde, según es fama, vivió nuestro Señor Jesucristo cuando anduvo, como ahora andamos nosotros, caminando por este valle de lágrimas y de desdichas.

El pobre Julián apareció muerto y aporreado, pero el forense dijo, cuando le hizo la autopsia, que todos los palos y navajazos los recibió ya cadáver. Más vale así.

En el pueblo, cuando vino el señor juez con toda su corte de curiales y su rabo de guardia civil, se procedió diligentemente a descolgar al padre, a la madrastra y a las dos criadas del Julián; y los vecinos, no sé si para festejar Dios sabrá qué rara figuración de la sangre o si solamente por espíritu de imitación, el caso es que también empezaron a descolgar de las campanas de sus chimeneas toda suerte de morcones, jamones, lomo en tripa, chorizos, salchichas, morcillas y demás embutidos, con lo que —si a la larga perdieron los que antes habían tenido— a la corta salimos todos gananciosos y bien alimentados.

Cachimbo nos decía que era la providencia que así dispone las cosas —

sabiamente para solaz y beneficio de los buenos—, y que si la noche anterior no nos hubieran perseguido como a garduñas, a estas horas andaríamos aún a mitad de camino, que no hay nada que más aligere el andar que el miedo a los palos.

—Y a fe que no decís mentira, amigo Cachimbo —le replicó Abraham— sino verdad y gran verdad, que habiéndome yo purgado, hace ya muchos años, con el sulfato de unas uvas que comí y que no eran mías, y tratando de arreglar el mal que tuve con el único medio que se me ocurrió, que era echar de mi cuerpo todo lo mucho malo que en él sobraba, acertó a pasar el amo —que era un clérigo recio, barbudo y montañés— cerca de mí y a descubrirme ensuciándole las vides, y no más me hubo mirado, y yo visto la vara en que se apoyaba, para que mi mal se llegara a cortar mismo de raíz y yo saliera con los calzones en la mano, como una criatura y echara a galopar por el camino abajo.

—Y en esto tampoco decís mentira, Abraham, que yo supe de pastor que estando en cuclillas a la necesidad recibió noticia de su compañero de que el tren le había deshecho el burro, lo que fué bastante para que se subiera la pana y estuviera sin bajársela quince o veinte días.

—Porque hay quien asegura que un susto puede tener efecto contrario, ya me entendéis, Cachimbo, pero para mí tengo que la impresión detiene el vientre y la cercanía de los palos apresura las piernas.

Carneiriño branco, que mientras sus dos amigos se dedicaban a tales filosofías y a coloquio tal, no nos había dicho ni una sola palabra, me llamó al grupo en el que estaba con el señor alcalde, el señor juez, el sargento de la guardia civil y alguna otra autoridad.

—Este mozo que aquí ven es mi ahijado, hijo de una hermana mía. La pobre era tan patriota que murió de pena cuando se enteró de lo de Cuba. Su padre también allí fue muerto... y nadie se lo agradeció. ¡Vaya por Dios!

—¡Aún queda gente honrada! —dijo el alcalde.

—¡Aún, sí, señor! —dijo el secretario del ayuntamiento.

—¡Con lo fácil que habría sido arreglar todo eso! —suspiró el sargento de la guardia civil.

Carneiriño branco sonrió.

—Pues ya lo ven ustedes: conmigo, que soy pobre y miserable, recorriendo los interminables caminos de la patria. Pero no me pesa su compañía. ¡Es el hijo de una hermana!

Me tenía agarrado con sus gruesas manos por debajo de los sobacos, y yo miraba para el suelo y me mostraba humilde, porque bien entendía que si hubiera metido la pata me habría estrangulado como a un pajarito.

El señor alcalde, que tenía el corazón tan blando como duro el semblante, dijo que o poco había de poder o aquella injusta situación repararía, y haciéndolo al paso de su habla, señaló al secretario que avisara a Simón el pregonero, quien —bizco como su madre lo echara al mundo y paticorto de la derecha como el sargento, hacía

ya muchos años, lo dejara al derribarlo de la tapia del cementerio abajo— se presentó con la gorra en una mano, por el respeto que era debido, y la corneta en la otra, por el oficio a que se dedicaba, y luego de haber escuchado lo que el alcalde le dijera, pasó a soplar del tubo, con lo que el personal se fue silenciando y a quienes escuchar quisieron les fue dado oír el pregón con el que comenzó mi ruina cuando cabía pensar que hubiera de ser el paso primero de la felicidad. Pues la gente, digo, hizo el silencio y el pregonero Simón, después de dar tres toques y ponerse con un pie para delante, echó sus palabras, que todos aprobaron con agrado y a nosotros nos llenó de contento.

—Éste sí que es bueno —le decía por lo bajo el señor alcalde al secretario—; mucho mejor que el Juan, ya se lo decía yo. Éste tiene cariño a las palabras, y si lo hubieran agarrado por Salamanca, seguro estoy que hubiera llegado muy alto.

—Sí, señor alcalde, eso también creo yo. Y en cuanto a lo del Juan, ya usted sabe por qué yo lo decía. Que el deber es sagrado, señor alcalde, y usted conoce esto mejor que nadie.

—Sí, amigo, ya le entiendo. Ya sé que usted siempre es fiel a las ocasiones de azar y de peligro.

—Es favor, señor alcalde. Y bien dice usted de lo de llegar alto Simón; que otros con menos arte componen coplas y con menos amor escriben libros. Y éste, con humildad dice pregones bien dichos y bien medidos, y si se le tentare la soberbia —cosa que Dios no haga— hasta creo que versos habría de ser capaz de hacer pegar.

Al paso que el alcalde y el secretario terminaron su reservado coloquio, iba ya el rabo del tercer toque por el camino de los montes y el Simón escupía para aclarar la voz con la que hubo de decir que las tres autoridades ponían cada una diez reales de su bolsillo para socorrernos y que el señor alcalde esperaba del pueblo de Lumbrales, que siempre había dado muestras de su caridad, que había de ayudar con lo que su bolsillo y su conciencia aconsejaran a remediar la triste situación del huérfano —que era yo— a quien tan amorosamente habían recogido los que salvaron al vecindario de una catástrofe —que eran mis amos los salvadores y el Julián el azote— y ahora eran los huéspedes de más provecho que por el pueblo jamás hubieran pasado.

Cachimbo y Abraham, que habían estado lejos, cuando tal oyeron abrieron los ojos como besugos, y si no fuera por el mirar de Carneiriño branco, que les decía que habían de callar, a buen seguro que hubieran metido la pata.

Las otras dos autoridades a quienes el señor alcalde se refería, y que habrían de contribuir con otros diez reales de su bolsa, eran el señor juez y el señor sargento de la guardia civil, quienes pusieron los mismos ojos de Cachimbo y Abraham —si bien por otro motivo— y sacaron, mal que les pesara, las veinticinco perras unas detrás de las otras, que fueron a caer en el rincón donde se recogían las limosnas.

Todos los hombres del pueblo por allí pasaron y, unos más, otros menos, todos también allí dejaron sus cuartos en el montón que con tanto y tan bien disimulado alborozo veían crecer mis amos.

Cuando ya por el bulto vió el alcalde que bien se nos pagaba, dijo que bueno, que ya bastaba, que para un huérfano y sus protectores ya harto había, y que no era conveniente seguir adelante, ya que lo regular arregla la necesidad, al paso que lo mucho estropea las vidas y las conciencias.

Yo no sé dónde lo mediano acaba y en qué lugar lo excesivo comienza, pero discurro que los veintiocho duros y pico que entre todos reunieron para nuestro obsequio, mucho debió haber sido, ya que a resultas de aquello, si bien nuestras vidas no se estropearon más de lo que ya estaban, sí nuestras conciencias se malearon con la avaricia.

El caso es que mis amos anduvieron a la greña aquella misma noche, y tales cosas llegaron a decirse y con tan recia voz, que la gente, que más quiere creer a los que riñen lo malo que dicen que a los pacíficos y a los contemplativos sus honestos comentarios y sus pláticas discretas, tan mal llegó a pensar de la cuadrilla, que si antes de nacer el nuevo día mis amos no hubieran levantado el vuelo, sus bienhechores del día anterior se habrían encargado de ponerlos con las alas bien cortas en el corral de donde no hay gallo que se escape.

Yo aplaudo la decisión de mis amos de no haber parado en Lumbrales ni una hora más cuando las cosas se pusieron turbias, si bien entonces hubiera preferido que, aunque no me hubieran llevado con ellos, sí dejaran conmigo lo que mío era —o por tal lo tenía—, esto es, la parte que de la colecta me tocara.

Lo cierto fue que mis ahorros con ellos volaron y yo allí me encontré solo, deudor de una noche de posada y sin una moneda en el bolsillo ni nada encima del cuerpo que una moneda valiera. Cuando uno es tierno como yo era entonces, comete con frecuencia las más necias imprevisiones, y una de ellas —la que lloré en Lumbrales— fue la de creer honrados y cumplidores a los hombres hechos y derechos, cuando la experiencia viene después a aconsejar que la honradez y el buen cumplimiento no son cosas de la edad ni de estado alguno del alma o del cuerpo y sí virtudes tan escasas como deben ser ya los leones por nuestros montes. Con la parte que yo juzgaba mía —a eso vamos— se le pegaron al bolsillo de Carneiriño blanco los ahorros que todavía me duraban, y ahora recuerdo sin demasiada rabia aquellos consejos que me daba y que yo tan ciegamente creía.

—Hijo mío, la gente es mala y ruin, y al verte mocito y desmedrado, si huelen que llevas cuartos encima, capaces son de hacerte grave daño para desvalijarte. Trae acá tus fondos, que más defendidos van contra mi pecho, y cuando tengas alguna necesidad, no te dé rubor el pedirme lo que es tuyo, que —si no es para gasto vicioso— yo te he de devolver.

Tales prédicas me echaba y tan malos y numerosos me pintaba a los ladrones, que el recelo que de natural le tenía fue disipado y el saquito cambió —después vi, cuando ya no tenía remedio, que para siempre— de faja y hasta de amo.

Pero, bueno; contando iba que solo, deudor y pobre me quedé en el pueblo, y que los vecinos, que el día anterior tan amorosos estuvieron, cuando se enteraron de que

Carneiriño branco, Cachimbo y Abraham me habían robado, lejos de ponerse de mi parte, como yo creía, arremetieron a insultarme por el único delito que me tocaba, que resultó ser el de no tener parentesco alguno con el señor David, ni padre guerreando en Cuba, ni madre muerta de pena. A la gente bien sabe Dios que no hay quien la entienda.

—¡Ah bribón —me decían—, conque esas tenemos, que ni tu padre murió de defender la patria ni tú eres huérfano honrado! ¡Ya te vamos a dar engaño, ya! ¡Ya te enseñaremos a no reírte de la gente de bien!

Yo estaba encogido y atemorizado, y así me mostraba, y pienso que sólo de esta forma logré aplacar sus iras y hacer que me permitieran vivir entre ellos, sirviendo para todo y no tomando de nada durante los meses que con tal gente pasé, que pienso debieron ser bastantes.

Buenos eran unos y malos otros —ya se puede suponer—, y de aquella temporada no demasiadas cicatrices me quedaron, lo que no es poco.

Pero Lumbrales era un pueblo sin aliciente y mi ansia muy grande para que en él cupiera.

Una mañana de verano —dejando un año por en medio—, sin escapar de nadie, ya que de nadie debía porque todo se me había perdonado, con la cabeza alta y en la bolsa una hogaza de peso, tiré por la carretera en el mismo sentido que de noche llevara el llamado Camino de Santiago, y no paré hasta poco antes de llegar a las orillas del río Yeltes, donde encontré un nuevo amo a cuyo arrimo seguir y con el que me acaecieron las hazañas que más abajo quiero relatar.

TRATADO CUARTO

*QUE TRATA DE LA PAZ QUE ENCONTRÓ MI ALMA PASEANDO A ORILLAS DE
LOS RÍOS, Y HABLA TAMBIÉN DE LAS FILOSOFÍAS DEL PENITENTE FELIPE*

Ya se veía la raya de chopos que marcaba el Yeltes con toda claridad, cuando descubrieron mis ojos un hombre despiojándose sobre una piedra, desnudo de medio cuerpo y tan flaco que mismo semejaba ser espejo de la muerte o anuncio del hambre. Parecía absorto en su ocupación, y como no daba muestras de querer acabar en todo el día, preferí interrumpirle y presentarme yo solo sin esperar a que él pudiera verme.

—Buenos días —le dije— nos dé Dios a su merced y a mí. No quiero hacerle molestia, y sí sólo que me admita a mirar cómo mata los piojos, si ésa es su voluntad.

—Sí, hijo —me respondió—, quédate a lo que quieras, que si no me molestas tan bien me he de llevar contigo como con todos mis semejantes. No me llames su merced, que no me gusta, y alcánzame aquel pañuelo que el viento se quiere llevar. ¿Amas la Naturaleza y sus encantos?

—Sí, señor; las dos cosas.

—¿Y los ríos rumorosos llenos de sabrosas truchas? —También; sí, señor.

—Veo que eres joven de fino espíritu y que conmigo has de congeniar. ¿Tienes familia?

—No, señor.

—Mejor para ti, que así no la pierdes. Yo tuve mujer que acabó loca y tiró para el monte.

—¡Vaya por Dios!

—No, hijo, mejor hemos de decir «¡Vaya con Dios!», y no apartarnos de las orillas de los ríos. ¿Amas la paz del alma?

—Sobre todas las cosas, señor.

—Pues no te internes en tu vida por las montañas; sigue el curso de las aguas y procura siempre no caminar por sus bordes cuando tan anchos sean ya que vadearlas resulte difícil.

—Sí, señor; he de seguir sus consejos, y ello lo verá usted si, como dice, me permite andar a su vera.

Con éstas o parecidas palabras nos conocimos y trabamos amistad, y mi nuevo amo —el penitente Felipe, como él modestamente se hacía llamar— me pareció desde el principio un alma cándida, con lo que se me alegraron las carnes, ya que para pillos había tenido bastante con los músicos que tan mal resultado me dieron.

—Mira, hijo —siguió diciéndome otra vez—, que ya eres mayor para lavarte y me parece que no lo haces. Piensa que la roña, aunque cicatriza la sangre, cría moléculas y otros virus de las enfermedades, y que si los piojos se matan uña con uña, los microbios se escapan, porque se meten en los pelos y entre las arrugas de la piel. Sé aseado, que poco cuesta, y lávate el cuerpo en las cristalinas aguas, ya que más vale prevenir que curar —como dijo el sabio rey Salomón— y en nada beneficia andar tapado por la mugre como losa de cuadra. Piensa que más hermosa es la luna cuanto más clara aparece, y piensa también que un hombre limpio es bello como una voladora mariposa, al paso que otro sucio es feo como una rastrera alimaña.

A mí tales amores a la limpieza me llamaron un tanto la atención, porque nunca me había parado a pensar que el agua sirviera para mayor cosa de utilidad que para criar ranas, pero he de confesar que, aunque al principio la encontraba algo fría, y después de limpio me notaba como desabrigado, cuando le cogí afición y el penitente me enseñó a nadar, llegué a cobrarle cariño y grande admiración; tanta por lo menos como a mi amo, a quien siempre quise y veneré como gran hombre y respeté como se merecía.

El penitente Felipe cuidó siempre con esmero de mi formación, y a su lado tales cosas llegué a oír, que de habérmelas aprendido hubiera acabado en astrónomo o en naturalista, los dos oficios —a mi modesta manera de sentir— si no de más lucimiento, sí de mayor sabiduría.

—Astros he descubierto —llegó a decirme un día— que, de no habérselos tragado de nuevo la misteriosa sombra del más allá, solos hubieran bastado para llenar un mapa bien nutrido. Miro para el cielo, por las noches, y en cuanto que veo uno nuevo, como a los viejos ya los conozco a todos, saco el papel en que les llevo la cuenta y apunto su nombre y su distancia de la estrella Polar, que es así como la madre de todas.

—Sí, señor.

—Y cuando el nombre no lo leo en mi cerebro, cosa que rara vez ocurre, rezo cinco gloriapatrís seguidos sin respirar, como si tuviera hipo, y una luz aparece ante mis ojos con el nombre de la nueva estrella bien dibujado.

—Sí, señor.

—Una hubo, Suptonga se llamaba porque era hembra, que estuvo dando vueltas con todo el firmamento durante muchas noches, hasta que desapareció. Estaba a cuatro dedos a la derecha de la estrella Polar, y su sitio jamás lo vi pintado en ningún plano ni su nombre escrito en ninguna geografía.

—Sí, señor.

—En León se lo dije a un maestro de escuela que me presentaron, quien, lejos de ayudarme a difundir mi hallazgo, hizo mofa de mí y de mi ciencia y me preguntó si quería aprender la regla de tres simple. ¡Ése es el escarnio de las gentes a quienes vuelan en alas del saber y caminan, incansablemente, en pos de la verdad!

—Sí, señor.

—¡Ya lo creo que sí, hijo mío! ¿Te gustó eso que dije de «las alas del saber»?

—Sí, señor; es muy bonito.

—Pues no es mío, hijo; debo decirte la verdad y no adornarme con galas ajenas. Se lo oí a un veterinario de Cuenca —lejano país por el que también caminé—, y desde entonces siempre fiel me ha acompañado y jamás se borró de mi memoria. Lo que sí es mío es eso de «incansablemente», que ahí metido parece que hace bien. ¿No es así?

—Sí, señor; así es.

—Pues bien, mocito, como diciéndote iba: el maestro de León no me lo creyó y

se rió en mis propias barbas. Yo, aunque otra cosa puedas pensar, nada hice contra él; ni lo denuncié al señor gobernador por ir a favor de la ignorancia, ni tampoco al señor obispo por negar la obra de Dios nuestro Señor. Pensé que ya bastante castigo tenía con su ruindad y lo dejé marchar. ¡Sólo perdonando se tendrá clemencia con nosotros algún día! ¿Verdad?

—Verdad; sí, señor.

—¡Y acostumbrando al bien a nuestros semejantes día llegará, no lo dudes, en que no se tirarán pedradas en el mundo!

Al principio de escuchar sus filosofías me pareció el penitente Felipe, no sólo hombre de raro saber —que por tal siempre lo tuve—, sino también espíritu serio y contemplativo, como a un hombre de ciencia corresponde y poco amigo de hacer mofa de las imperfecciones ajenas, y aun quién sabe si menos todavía de las suyas propias, pero cuando un día me preguntó: «Mozo, ¿crees en la transmigración de las almas?», tal susto llegó a pegarme y en tan mala ocasión, que no faltó ni un pelo para que me hiciera perder el habla y hasta casi el movimiento.

—Mi amo —le dije—, ¿no ha pensado usted que todavía soy tierno para conocer de esas cosas, y que aún mi saber es escaso y ruin y ninguna idea ni palabra alguna se me ocurre para responderle?

—No, hijo, nada de eso; que bastante ya sabes sólo con existir, porque en ti a lo mejor está metido el espíritu de algún santo, o de algún sabio, o de algún famoso guerrero de la antigüedad y tú lo ignoras; que más ajeno todavía está un gallo que hay en mi pueblo, que antes fue procurador de los tribunales y hasta diputado provincial, y hoy tan bajo ha caído, que sólo la providencia sabe qué fin le está deparado después que haya pasado por la cazuela, como es de ley que en su encarnación de hoy día le acabe sucediendo.

Tales cosas, oídas en soledad y saliendo de tan rara persona, llegaron a forzar mi risa poco a poco y por las esquinas de la boca, sitio por donde no hay disimulador que capaz sea de disimularla, y aunque para mantenerme serio y prudente imaginaba —entre otras figuraciones de aun más grande pavor— que rondaba la muerte nuestras cabezas, llegó el momento en que la risa tan impaciente y escandalosa llegó a ser, que, no pudiendo sujetarla, la dejé marchar como mejor quiso, que realmente fue de la peor manera que pudo y mezclada con saliva, cosa que tanto le molestó que llegó a reñirme —lo que no volvió a hacer en sus días— con palabras tan bien medidas que juntas mismo parecieran un sermón.

—Hijo —exclamó—, sé sensato y no te mofes, que filósofo soy y hombre de bien, pero si te arreo una castaña te voy a sacar los dientes por los oídos. Recapacita y arrepiéntete, que si no lo haces por ti lo vas a hacer por mí, lo que es peor. No hagas befa en tu vida de las personas mayores, y si lo haces, hazlo por dentro y sin escupir, que la saliva sirve para adobar los alimentos y mi cara algún día lo será de los ciegos gusanos, pero aún hoy no lo es de tus fauces. ¿Estamos?

—Estamos; sí, señor. Y perdón le pido...

—¿Con el corazón en la mano?

—Sí, señor; con el corazón en la mano y de rodillas en tierra perdón le pido por haberme reído y haberle rociado de saliva.

—Así me gustan a mí los mozos: sencillos y respetuosos con sus mayores. Que tú para mí eres como un hijo y yo como un padre para ti.

Nunca fuera en mis días la terneza lo que más me distinguiera, pero en aquellas fechas, cuando tales cosas llegué a escuchar, a punto estuve de tornarme sentimental.

Pasaron los días y las noches sobre nosotros; amaneció el Señor mañana a mañana encima de nuestras cabezas, ora risueño y soleado, ora un tanto lluvioso y como llorador; envejecieron nuestras carnes por la vista de las aguas, que jamás paran de quejarse y de marchar, y una tarde —después de algún tiempo que gastamos en vivir—, estando parados en la confluencia de los famosos ríos Yeltes y Huebra, ni muy lejos ya ni demasiado cerca todavía de Vitigudino, y después de haber dejado a nuestras espaldas el conocido monte que llaman de Diego Gómez, y que aun se recortaba, un poco soleado, hacia el poniente, se presentó ante nosotros una flaca y desgredada mujer, no demasiado cubiertas sus carnes a pesar de la multitud de harapos que mostraba, y con un gallito en el brazo, quien con una sonrisa de demonio en la boca y unos escandalosos ademanes, se dirigió a mi amo, que pálido y demudado se paró a escucharla, para decirle:

—¡Ah, bribón y malnacido hijo de Barrabás! ¡Mira lo que me has dejado, míralo bien! ¡Un pollo que de lagarto se llamaba Enrique, y ahora ni su misma madre, que soy yo, lo puede saber! ¡A la guardia civil, que ampara a las viudas, se lo he de decir! ¡Mastuerzo y fermentado, que así abandonas a la mujer que Dios te dio! ¡El rabo, el rabo ya te veo y los cuernos del diablo que te salen de los carrillos! ¡Dame un real! ¡Dame un real! ¡Dame un real!

Tales aspavientos hacía y tal era el estupor de mi pobre amo el penitente Felipe, que yo intenté rescatarlo con sabias palabras que calmaran a la hembra, cosa que si no hice fué porque nada se me ocurrió.

—¡Ah, ladino —siguió gritando—, que así engañas a las mozas y de ellas te aprovechas! ¡Ya te darán el día del Juicio, ya! ¡Ya verás cómo te mandarán a la caldera! ¿Me das un real?

Mi amo estaba mudo de estupor, tan mudo como cuando ella apareció, y no daba ni el real ni muestras de querer volver a la vida.

—Mi amo —le dije por lo bajo, mientras ella acariciaba un momento las plumas del gallito—, ¿y si escapáramos?

—Calla, mozo —me respondió casi sin mover los labios—, que todavía hacen bien a mi alma los improperios. Todo se andará.

—¡Y empanada quisieron hacer en Ledesma con mi hijo! ¿Te parece bien? ¡Y cuando era lagarto le decían: «Enrique, Enrique, toma una colilla, toma un pedazo de pan»! ¡Y a ti, mal hombre, ya te llegará el fin que te mereces, ya verás! ¡Que no me quieres reconocer como esposa, y eso Dios lo castiga! ¡Del monte bajé para curarme

el estreñimiento con estas aguas beneficiosas, y mira tú por dónde fui a toparme contigo!

Mi amo seguía sin dar mayores muestras de impaciencia, y a mí me desazonaba pensar en qué iba a parar aquello, cuando de improviso, y sin dar tiempo ni a respirar salió galopando para el agua, al tiempo que decía:

—¡Échate al agua, muchacho, y ven detrás de mí! ¡Escapa de sus garras que te ha de sacar los ojos!

No había acabado todavía de reaccionar y gritar sus voces cuando ya me le vi, la cabeza sobre la línea de la corriente, braceando a la otra orilla. En pos de él me eché porque hice cuenta que de loco a loco, más vale irse con el varón que quedarse con la hembra, y a duras penas, porque aun de nadar no sabía mucho y la ropa me pesaba tanto como el frío me hacía molestia, llegué hasta la otra orilla, donde ya el penitente me esperaba y desde donde se veía, enfrente, a la desgraciada, que asida al gallo seguía voceando sin descanso:

—¡Ah, mal hombre, mal hombre! ¡Dame un real!

Mi amo estaba como entristecido, y una amarga sonrisa se le dibujaba en los labios.

—¿No recuerdas, hijo, que un día te advertí que no abandonarás el curso de las aguas?

—Sí, señor; ya recuerdo.

—¿Y que te dije que no caminaras las orillas distantes, no fuera el diablo a hacer que no pudieras cruzarlas?

—Sí, señor, también recuerdo.

—Pues ahí ves tú por qué te lo decía, que yo no hablo por hablar, ni aconsejo para que se me respete, como hacen los señores. Que yo soy llano de natural, y si algún día ahueco la voz jamás es sin motivo.

Dicho esto, echó a caminar delante de mí, la vista clavada en el terreno y las manos a la espalda, y ni una sola palabra dijo lo menos en dos horas, lo que me forzó a pensar si la mojadura no le habría quitado el habla, ya que la voz se veía que no, pues cada paso suyo retumbaba en los montes, de salpicado como iba de toses y estornudos.

—Mira, Lázaro —me hubo de decir cuando ya era casi completa la oscuridad—, de buscar unas retamas y algún palito, que para mí tengo que el fuego ha de ser sano, porque esas aguas beneficiosas de que hablaba la pobre Dolores, pienso que si saludables para el estreñimiento porque rompen lo que está duro, no lo son tanto para la tos que parece haberme invadido.

Busqué sin gran trabajo con qué encender el fuego, y aunque lo más difícil resultó animarlo a que ardiera —de humedecido y chorreante como nuestro bagaje estaba—, una vez que lo hube conseguido, se armó tan noble fogata y tan hermoso resplandor que mismo pareciera —si no miráramos para detrás— que estábamos a pleno día.

Al amor de la lumbre fuimos cobrando de nuevo confianza con la vida, y ya casi

secos y reconfortados estábamos cuando se plantó ante nosotros, y de sopetón, un guarda jurado de semblante bigotudo y ademán retador, quien con palabras tan claras como escasas nos dijo que allí estábamos de más y que nos marchásemos.

—Mire su autoridad —hubo de decirle mi amo— que nos deje calentar las carnes en este fuego que con ello a nadie mal hacemos ni el coto sufre, y que sin él nos vamos a morir, que estamos ateridos y más húmedos que sopas. Y que si hay en el mundo tres cosas frías, que según es fama son mano de barbero, hocico de perro y trasero de mujer, esta noche mejor pareciera a quien los fríos se dedicase a estudiar, aumentar su número hasta cinco: que los otros dos son los cueros de este muchacho y los de un servidor. Mire lo que le digo y vea de cumplir su obra de caridad.

—Usted ya me entenderá, maestro —le replicó el guarda jurado—, que a mí me tienen por este monte bajo con una escopeta en bandolera para hacer cumplir las ordenanzas, y que no vale que yo los quisiera dejar —que hasta el corazón se me ablanda de ver la ducha que a sus años le han dado— porque el fuego a todos nos delata, y si yo puedo hacer la vista gorda y no enterarme de un conejo que asome sus mostachos fuera del morral, no así en este caso, en el que por cierto tengo que si usted y este mozo se calientan, a mí me echan de la finca.

—Cierto es lo que decís —contestó mi amo— y la verdad adorna la boca de quien la dice, pero yo quisiera que tan secos acabáramos nosotros como vuestra autoridad libre de todo daño. Y para mí pienso que un arreglo no habría de ser difícil, que hablando se entienden las gentes y preguntando se llega a Roma; yo ordeno al muchacho —que es dócil y bien mandado, como por sus mismos ojos podrá ver— que pise el fuego y lo desbarate, que con ello las llamas cederán, y el rescoldo nadie ha de verlo, y a vos, a cambio, os ofrecemos compañía y conversación, un sitio a nuestro lado en este terreno, que sin ser de ninguno es más vuestro que nuestro, y si esperáis con paciencia a que amanezca Dios, hasta con un buen guiso de conejo o de pollo de perdiz os podremos festejar.

—¿Y el conejo?

—No es eso obstáculo, señor; que para pasar todo el coto a nuestros estómagos no necesitamos apetito, que harto tenemos ya, sino aquella vista gorda de que vuestra autoridad hablaba. Muchacho —dijo dirigiéndose a mí— usa de la bondad de este señor y ve a colocar dos pares de lazos donde encuentres una senda y agárrate un palo y espera el día para traerte unos perdigones con que saludarlo. Anda diligente, que a quien madruga Dios le ayuda, y piensa que los sesos son para usarlos y sacarles beneficio.

—Allá voy, sí, señor —le respondí—; que para bien mandado ya sabéis que sirvo.

Busqué en el macuto un trozo de cable con qué fabricar los lazos, desgajé con la navajilla una vara de un roble que por allí había, y eché a través de la ladera en busca del sitio donde apostarme para vigilar las trampas o para sacudir el palo.

Por cierto tuve siempre que el cielo ampara a los desvalidos y protege a los hombres de buena voluntad; la prueba la tuve aquel día una vez más, y bien

verdadera, ya que si me volví para los restos de la hoguera donde mi amo y el guarda jurado me esperaban tan pobre y de vacío como me había ido, ello fué —o por lo menos a ello lo achaco— porque ni desvalido me sentí de poderoso como ya me figuraba comiéndome yo solo los dos conejos y los dos pares de pollos de perdiz que pensé atrapar sin llegarlo a conseguir, ni buena fe demostré con mi engañoso propósito. Quizá de haber sido más humilde otro gallo me hubiera cantado.

—¿Dónde traes la caza? —me preguntó mi amo cuando hube regresado, ya a las dos horas o tres de luz— ¿en dónde la has echado?

—Señor Felipe —le repliqué—, vea que todo el tiempo anduve azarado y con preocupación, que el señor guarda a nada me autorizó, y eso me cortaba las alas; que los lazos ni los puse y aquí están, y el palo sólo me valió para apoyarme y tentar el terreno.

—Me parece —dijo el guarda jurado interrumpiendo y dirigiéndose a mi amo— que este muchacho es tonto, porque yo no dije ni esta boca es mía, y ya es sabido que el que calla otorga. ¿Por qué no te has traído con qué comer?

—Mire el señor guarda que fue porque no pude, que la conciencia me ataba los movimientos y el temor a hacer mal me ponía paralítico. Yo bien lo siento, y a fe que si tales cosas antes supiera, habría estado más listo. ¿Esto de tonto lo dice de broma el señor guarda?

—No, hijo; que lo digo en serio y bien en serio. Que si la cara la tienes de avispa tus hechos son mismamente torpes y cobardones como los de una oveja. Como los años no te hagan más avisado, muchas hambres has de pasar en tu vida.

A mí me impresionaron aquellas palabras, y de ellas me acordé varias veces al pasar del tiempo, no por lo sabias, sino por lo necias que vinieron a resultar después; que para comer todos los días y mantenerse derecho no hay como caminar y no estarse quieto, que en los pueblos dan al que va de camino —quizá para que no se pare— y niegan al que vieron nacer. Y tan crueles son, que si tiene hambre le llaman vago, y si le falta el sentido, le tiran piedras; con lo que siempre resulta que en cada pueblo de España hay un hombre en los huesos al que apedrean los mozos, llaman tonto las mujeres y dicen los demás hombres que lo que quiere es vivir sin trabajar. A uno conocí, al cabo de los años, en un pueblo al que llaman Bocigas, sobre el río Perales, allá por las provincias de Soria o de Burgos, que hacía en las fiestas de su pueblo el papel de cagalaolla para que todos se divirtieran haciendo burla de él y de su falta de seso, y a quien, cuando —todos los años confiado y todos los años sin escarmentar— se le ocurría pedir un alivio para su desgracia, untaban la cara con una boñiga o con un cagallón —cuando no con caca mismamente—, entre grandes juergas y risotadas hasta hacérsela tragar. El inocente se volvía a su cueva después de la fiesta y se pasaba llorando las semanas, y cuando ya el sabor se le había quitado del paladar, decía con su media lengua, que la fiesta aquel año había resultado muy bien. Comía lagartos y hierbas que arrancaba de los caminos, y algún mozo del pueblo, por broma, se las quitaba y se las pisaba, y si al pobre se le ocurría levantar la

voz, le restregaban los hocicos contra la tierra. Él nunca se incomodaba y para todos tenía una sonrisa que quería ser de amor y que mismo parecía la de una calavera.

Volviendo a lo que íbamos y pidiendo perdón por el desorden: el guarda jurado siguió hablando con razones tan cumplidas como, a mi parecer, falsas sobre mi tontería, y cuando se hubo hartado de ponerme por los pies de los caballos nos ofreció unas tajadas de una perdiz guisada que llevaba a la espalda.

—De mi morral tendremos que usar —dijo— y bien me duele, que una cazuela con guiso de perdiz que me hizo mi señora llevo en una tartera dentro de él; pero veo que no es de ley que lo descubra para comérmelo yo solo, que ustedes son así como mis convidados, y en esta tierra sabemos hacer las cosas y no engañar a los vientres de nuestros huéspedes sólo con el olor.

Echó mano del saco, buscó y no encontró, y a la cara un color se le venía y otro se le iba.

—Por Dios, que juraría que aquí estaba. Con tanta cosa como uno lleva encima resulta a veces difícil toparse con lo que se busca.

Dejó la escopeta sobre una piedra; se descargó el fardelejo, lo vació en el suelo, y como la cazuela no apareciese, tal cólera le entró y tan mal la supo reprimir, que mismo se puso abotargado y como rabioso.

—Que la dé usted —le dijo a mi amo— si se la ha llevado, que yo no soy hombre de bromas y tengo tan malas pulgas como el que peor las pueda tener. Mire de hacer lo que le digo y de no engañarme, que este encuentro va a terminar como el rosario de la aurora.

—Señor mío —le contestó el penitente—, guarde las palabras para cuando las precise, que ni yo le robé la perdiz ni está usted diciendo verdad.

—¿Que no digo verdad?

—No, señor; que si la perdiz la guardó, como dice, en el morral, en él deberá estar, que nosotros no la llevamos encima, y de ello podrá usted percatarse si nos registra, cosa que no nos ha de parecer mal, porque somos inocentes.

—Sí, señor —intervine yo—; que no se puede dejar en entredicho la fama de nadie. Regístrenos en buena hora y deje ya de sospechar.

—¡Muy farruco está el mozo!

—No, señor —exclamó mi amo—, que lo que pasa es que es hombre de bien y le quema la sangre verse acusado sin motivo.

—A nadie acusé yo.

—Cierto, sí, señor; pero de los dos sospecha, que bien se lo veo en la cara, y yo conozco a los cojos en la manera de andar. A veces es peor una mirada que diez palabras, y el ojo que usted no nos saca de encima para mí que tiene más inquina y más mala intención que todas las palabras encerradas en un libro donde se nos acuse. Regístrenos en buena hora, como dice el mozo, y ya que no podemos decirle que se vaya, porque está como en su casa, déjenos al menos marchar.

—Pues bien, señor mío —replicó el guarda jurado—, ya que ustedes lo quieren,

yo les voy a registrar; piensen que me hace violencia y que sólo lo hago para alejar la duda de mi cabeza.

—Muy bien hablado —respondió mi amo—, eso es lo que nosotros queremos. Escucha, Lázaro —me dijo a mí—, lo que este señor dice y limpia un poco el suelo para descargar el equipaje, que si el señor guarda piensa bien, pronto se va a convencer de que no lo hace sin motivo, y si piensa mal va a salir chasqueado.

Obedecí a mi amo lo que mandara, descargamos lo que encima llevábamos sobre el santo suelo, y como el guarda, que por más que vigilaba no acababa de ver lo que hubiera querido, empezaba a dar señales de impaciencia, en cueros nos hubimos de quedar por dar gusto a su curiosidad y por calmar la cólera que le mantenía enhiesto el bigote, como a los gatos, y que de haber estallado entonces, de cierto que hubiera sido contra nuestras pobres carnes.

—Vea su autoridad —dijo mi amo, dando diente con diente y sin cesar en los estornudos— de no ser cruel, que de ello tendrá que dar cuenta a Dios en el valle de Josafat, y de no permitir a sus instintos el deseo de vernos al aire ni un minuto más, que si el muchacho es joven y fuerte y parece que la ropa no le sirve más que de adorno, yo ya no ando tan bien de juventud ni de fortalezas, y pienso que a estas horas deberé tener encima, si no el guiso y su tartera, sí una pulmonía y quizá doble, tal es la forma por pareados en que se me puede ver estornudar.

—Me parece, buen hombre —replicó el guarda con cara de enterrador—, que no sois vos quien en tal berenjenal os habéis metido, sino este granuja de mozo que os acompaña, que más parece hijo del pecado que amigo de la virtud, y que más da qué pensar que sea aprendiz de ruindades que discípulo de buen oficio. Vestíos en buena hora, que la perdiz se la llevó el diablo, no sé si solo o con cómplices, y vos estáis al borde del constipado por su culpa. Y tú, galán —dijo mirándome—, cubre también tus carnes, que con las nalgas al aire me están entrando tentaciones de marcártelas a palo limpio, cosa que no quiero hacer.

—Gracias, señor guarda —contesté—, que ya me estaba entrando el frío y no sabía cómo decirlo.

Nos vestimos, nos arrimamos otro poco a las brasas, tratamos de animarlas para que ellas nos animasen a nosotros, y cuando lo conseguimos, ya con el sol casi en mitad del cielo, nos echamos a dormir para reponer un poco las fuerzas.

Nos abrazamos como de costumbre, mi amo y yo, para cambiarnos el calor, y de aquella vez guardo el recuerdo de haber perdido en el cambio, tales eran los fríos que del penitente se escapaban.

—Señor Felipe —le dije ya a más del mediodía, cuando nos despertamos—, ahora nos haría buena falta comer un poco, que yo ya noto el vientre como vacío.

—Y yo, hijo, que tengo las tripas más huérfanas y desheredadas que las de cómico en cuaresma, y que me encuentro tan decaído y tan pachucho que no sé si voy a levantar cabeza.

—Hágase fuerte, mi amo, que todo se andará. ¿Recuerda usted de cuando el

guarda me llamó tonto?

—Sí, hijo.

—¿Y recuerda usted también que me anunció muchas hambres para el mañana?

—También recuerdo, hijo, y a fe que no le creí, que se me antojas muchacho listo y avisado, y no me parecen tus carnes las más a propósito para dejar que el hambre se les arrime.

—No lo sé, mi amo, pero le agradezco sus frases. Lo que sí sé es que si mañana hemos de pasar hambre es cosa que sólo Dios sabe, como también sabe —y esto usted lo ha de ver— que hoy no la pasaremos, que el guiso de perdiz está agachado de mi mano.

—¿Qué dices?

—Digo que el guiso lo tengo yo, mi amo; que cuando me mandaron por caza pensé que mejor sería hallarla ya aderezada, y husmeando me llevó mi nariz al morral del guarda, arramplaron mis manos con lo que suyo era, y de él alejaron mis pies lo que perdió por necio.

—¿Y dónde lo tienes?

—¡Calma, señor penitente, un poco de calma! Por él voy ahora y pronto dentro de nosotros estará; no se impacienta, que quien aguarda un siglo puede aguardar una hora, y...

—Anda, mozo —me interrumpió—, no perores que es feo vicio en ayunas. Tráete eso y que Dios te proteja en la excursión. ¿Está muy lejos?

—Algo, mi amo.

—Pues anda allá, que yo te aguardo mientras recojo estas brasitas que quedan.

Las toses no quitaron diligencia al señor Felipe, y cuando salí en busca del guiso, ya él quedaba apañando las brasas aún vivas, para calentar nuestro almuerzo.

Marché, busqué, atapé y volví en menos que canta un pollo —que siempre es más ligero y más desafinado en su canción que un gallo como Dios manda— y cuando ya estaba de nuevo a la vista del hondón donde nos guareciéramos, poco me faltó para derramar el guiso y perder la calma, tal fue el susto que me pegué al ver a mi amo caído de bruces contra el santo y duro suelo y preso de unas convulsiones que mismo parecían, y así vinieron a resultar después, las de la agonía.

Dejé con cuidado la tartera en el suelo y corrí a ver qué le pasaba.

—Mi amo —le dije—, anímese que ya llega la perdiz. Tenga valor y busque fuerzas que en esto ya es sabido que lo peor es empezar.

—Hijo...

Yo estaba asustado porque adiviné que poco le quedaba ya de sufrir en este valle de lágrimas y de tiranías. Lo puse boca arriba —que me pareció mejor postura para un enfermo—, le levanté la cabeza con el morral y le arrimé las brasas a los pies.

—Señor Felipe, yo creo que si quisiera tomar un poco del guiso el ánimo se le levantaría, que usted no tiene más que frío por dentro y por fuera, y un hambre, que si la vence, no le dejará huella alguna, pero que si ella lo derrota va a espantar el alma

de su cuerpo.

—Es verdad, hijo mío; pero tales arcadas siento y tal dolor en todas las entrañas, que para mí que estoy ya en los últimos minutos de mi vida.

Tanto sentimiento daba a sus palabras, que a mí se me caían las lágrimas de los ojos, y un nudo que me subía del corazón se me cerraba en la garganta. Nunca tuve padre a quien querer, ni amigo —fuera del penitente señor Felipe— por quien llorar en su desgracia, y entonces —Dios sabe si como presintiendo la soledad que para siempre ya mi espíritu no había de dejar— se volcó mi sentimiento como una torrentera, y mi pena tan doliente llegó a ser, que a poco me mata lo que tan malherida dejó mi voluntad: la muerte de mi amo, una de las dos únicas personas de bien con las que en mis días me tropecé.

—Hijo, escucha —me dijo con un hilo de voz— cuáles son mis últimas palabras. Quiero decir que de todo me arrepiento y que temo la justicia de los Cielos; que de mi cuerpo puedes hacer lo que quieras menos quemarlo —que tengo por fin de herejes— o arrojarlo a un río, que entiendo manera de terminar impropia de un cristiano; que el guiso de perdiz que te sobre me lo restriegues por los labios cuando haya expirado, que mejor me parece un cadáver con aire de haber muerto de indigestión, que otro con aspecto de haberlo hecho de hambre y de frío; que para ti te doy todo lo que llevo encima, que para presentarse ante el Señor todo sobra, y, por último, que cuando ya me veas frío del todo digas tres veces seguidas: «Señor, perdónalo y acógelo en tu seno, que fue pecador, pero no malo». ¿Te acordarás?

—Sí, señor —le dije guardándome las lágrimas por no apurarlo.

—Bueno, hijo mío, Lázaro: que Dios te proteja siempre. Dame la mano y no me sueltes hasta que ya no te necesite. Poco tendrás que esperar...

Le di la mano y esperé; no sé cuánto tiempo. Cuando el frío de su cuerpo dio a ver bien a las claras que ya no había nada qué hacer, se la solté. El brazo se le cayó todo lo largo, y sus ojos, entreabiertos, tenían un dulzor amargo y triste que me sobrecogió; se los cerré con cuidado.

Fui a buscar el guiso para embadurnarle un poco los labios y me encontré la cazuela negra de hormigas; pensaba haberle untado todo el guiso al señor Felipe, pero con aquello de las hormigas ya no tenía mérito alguno el sacrificio que hacía de mi hambre.

Volví al cadáver y le toqué el sitio del corazón; nada se oía, pero yo no me atreví a enterrarlo. Aquella noche la pasé en vela, agarrado a su cuerpo y llorando como una Magdalena.

Cuando, al amanecer del día siguiente, le volví a tocar el corazón y vi que nada tampoco se escuchaba, decidí darle tierra.

Lo miré un instante, por última vez. Por la boca le corría una araña de largas patas que se paraba, de cuando en cuando, para ver mejor el terreno que pisaba; por los oídos andaban un par de hormigas, buscando quizá el camino que llevaba a los sesos del señor Felipe, a aquellos sesos que tantas amarguras y tantas desdichas inventaron

siempre para su amo.

No me atreví a desnudarlo; me daba apuro.

Lo primero que tapé fue la cabeza, lo que más miedo me daba. En cubrirlo bien tardé bastante porque no tenía más que una navajilla.

Cuando terminé, ya muy entrado el día, estaba rendido y muerto de hambre.

Eché a caminar, y desde unas peñas me volví para ver el sitio donde Dios quiso dejar a mi malaventurado amo. La tierra estaba removida, pero allí debajo nadie diría que quedaba un hombre...

TRATADO QUINTO

*O EL DE LA SOLEDAD: COMO ELLA ACCIDENTADO Y COMO ELLA BREVE Y
TEMEROSO*

Es fama que hubo santos varones que lejos del bullicio y de la compañía fueron a buscar, con el descanso de los sentidos, la perfección del alma y de las costumbres; según los autores, vivieron de lo que el Cielo les enviara, se dedicaron al cuidado de las flores y de las avechicas, y llegaron, en su santidad, a infundir respeto a las alimañas y a las tempestades. De su vivir todo lo ignorara yo entonces, y de ello doy gracias a Dios, ya que de haberlo sabido, solo, como en aquellos días me encontré y sin vocación para llevar santamente mi soledad, no sé lo que hubiera sido de mí.

El caso fue que no teniendo a quién acompañar y servir, ni con quién caminar y conversar, tanto hubo de causar sentimiento en mí la muerte de mi pobre amo, que a pique estuve de tenderme debajo de una mata a esperar la llegada del fin.

Si no lo hice fue porque —gracias a Dios— mis piernas caminaban a despecho de mi entendimiento, y tan de prisa a veces, que casi no me quedaba tiempo de llegar a conocer el horizonte, de tan variante como mi apresuramiento me lo hizo.

Me dieron pavor aquellas tierras, me espantaron aquellas aguas homicidas que fluían con indiferencia mismo a los pies del hombre que ellas mataron y me causaron desprecio aquellas matas poco crecidas del monte bajo que sirvió de último lecho a mi amigo el señor Felipe.

Vi venir hacia mí a unos caminantes y me agaché detrás de una carrasca para dejarlos pasar; con nadie hubiera podido cruzar una palabra.

* * *

No sé si estuve caminando sin descanso horas, días o semanas. Andar y andar fue, pasado el primer susto, mi única forma de matar la desazón que me comía, y con tanta diligencia llegué a hacerlo, que cuando quise darme cuenta me encontré en un terreno desconocido y a muchas leguas ya seguramente, de las orillas de aquel río de mal recuerdo.

Paré a pensar y por la cuenta de las veces que el hambre me forzó a robar un nido, a enlazar un gazapo o a escardar alguna patata de los pocos huertos que crucé, saqué la idea de que en aquel tiempo debí caminar más trecho que en todo el resto de mis anteriores días.

Con nadie hablé, porque de todos con quienes pude haberlo hecho evité el encontrarme —cosa no difícil por aquellos vericuetos—, y por la noche, para compensar, cantaba a grito pelado algunas canciones que había aprendido. Por tal desierto caminaba, ¡bien lo sabe Dios!, que mi mal oído y mi peor entonación no encontró más respuesta que, unas veces, el croar de las ranas, otra el sisear de las lechuzas y las más el silbar de los sapos, de las rubetas y de los escorzones.

El primer hombre a quien me presenté me miró con ojos espantados.

—¿Es de Martín Andrán?

—No, señor; soy de Ledesma.

—Bueno, bueno.

El indino echó a andar sin hacerme maldito el caso; tiró por una vereda monte arriba y yo le seguí. Anduvimos, él delante y sin volver la cabeza y yo tras él y sin quitarle la vista del cogote, algún trecho y acabamos a la vista de un caserío ruin y ceniciento.

Me persigné y tiré para delante. Me metí por la calleja de en medio y me paré a la puerta de la tercera o cuarta casa ante un grupo de hombres y mujeres que parecían como desmedrados y temerosos. Todos me miraron en silencio, y sólo un perro osó romperlo, y de tal manera, que sus ladridos aún me retumban en la cabeza cada vez que los recuerdo.

—¡Quieto, Morito!

El perro obedeció gruñendo la voz de la mujer.

—Buenos días —les dije—, ¿dan compañía a un hombre de bien?

Se miraron unos a otros y nadie respondió.

—Digo que si voy bien para Martín Andrán.

—¿Eres de allí?

—No, señor; pero allí tengo un primo de mi padre que me quiere de mozo.

—¿Y cómo se llama?

—No lo sé, que aquí llevo apuntado en un papel; pero no sé leer.

—¿No será Julio, el Tísico?

—Pues ése es, sí, señor, ya ve usted por donde ahora lo recuerdo.

El hombre que me encontrara en el camino echó su cuarto a espadas.

—Pues ya se está marchando.

—¿Quién?

—Usted, que aquí somos todos honrados y no queremos nada ni de Julio, el Tísico, ni de todo Martín Andrán junto.

—Calla, Nicolás —dijo la mujer que antes hiciera callar a Morito.

—¡Es que da coraje, mujer!

—Ya sé. Oye —me dijo—, ¿tú no has andado al robo por el Abadengo?

—No, señora.

—¡Huy, huy! ¿Y no has estado tampoco en eso de chupar la sangre de Río Malo?

—No, señora, ¡se lo juro!

—Pues entonces no vayas a Martín Andrán. ¡Es pena, anteayer aun pasó por aquí la pareja! No te juntes con tu tío. Oye, Nicolás —le dijo a mi poco sereno amigo—, mira que este mozo parece de buena ley y que no miente; dale algo de comer, anda.

—Muchas gracias.

—No hay que darlas, en Horcajo no somos como en otros sitios.

El Nicolás me llevó con él y no me dirigió la palabra hasta verme sentado en su cocina.

—¿Qué viene a mirar aquí?

—Nada, yo voy de camino.

—¿A Martín Andrán?

—No, ya no voy a Martín Andrán; no sé dónde está.

—Bueno, bueno. ¿Usted no anduvo en aquello de chupar la sangre de Río Malo?

—No, señor, ya lo dije antes; yo no sé lo que es eso.

—¿De verdad?

—¡Así me muera!

Trajinaba por el hogar atizando la lumbre y levantando, de vez en vez, la tapa del puchero, pero no me quitaba ojo de encima.

—Aquí somos todos honrados. Anteayer estuvo por aquí la pareja... y ya ve. ¿Usted va buscando algo?

—Yo voy buscando amo.

—Pues aquí no lo hay. ¿Se va a marchar mañana?

—Si usted lo quiere, sí.

—No, no; yo no quiero nada. Yo vivo aquí y no me meto con nadie; aquí nadie se busca líos, ¿sabe usted?, aquí todos trabajamos; la pareja siempre lo dice.

* * *

La tarde caía tras los montes apresuradamente cuando yo aún no había tenido tiempo de dar gracias a Dios nuestro Señor por haberme permitido salir con bien de aquel endemoniado pueblo de Horcajo.

Hice un alto, miré para el cielo, y cuando bajé de nuevo los ojos a la tierra, vi, sobresaltado, a la pareja, que fumaba en silencio sentada sobre una piedra del camino; los fusiles los tenían sobre las piernas, y en los tricornios charolados refulgían los últimos brillos del sol poniente; había uno —el que parecía de más edad— que al moverse presentaba la cabeza como rodeada de un nimbo celestial. En tales bromas se complace a veces el sol, cuando, ya de atardecida, se dispone a despedirse de la tierra y de sus habitantes.

Di cautelosamente descanso a mi andadura y me recliné sobre el duro suelo, a la boca, casi cegada por los matorrales, de una covacha que por allí había.

Deslié la manta y me preparé el lecho; de allí pensé no moverme hasta ver a la pareja lejos del alcance de mi mirada.

Después de haber escapado de Horcajo y de las garras de Nicolás, no era cosa de que me preguntaran de nuevo:

—¿Vas a Martín Andrán? ¿Conoces a Julio, el Tísico? ¿Has andado en eso de chupar la sangre de Río Malo?

Sólo he bendecido a la guardia civil una vez en mi vida; fue cuando aquella noche, ya con el horizonte clareando, me despertaron para pedirme el documento. Me dieron un susto grande, bien es verdad, pero alejaron con mi sueño a los torvos espectros que lo poblaron. Jamás recuerdo haber pasado pesadilla semejante: el Nicolás, desnudo y con un cencerro a la garganta, cantaba una desatinada canción

mientras echaba llamas por los ojos y sangre borboteante por la boca. La canción no la recuerdo; lo que sí recuerdo, aunque confusamente, era su estribillo, que decía algo así como:

*Los ojos con arena y con sal,
la lengua en escabeche,
la sangre para el Julio
y la Ramona para mí.*

A renglón seguido de cantar el estribillo, el Nicolás prorrumpía en grandes risas y carcajadas hasta que se caía al suelo rendido y suspirando. Entonces, las mujeres y los hombres que vi a mi entrada en Horcajo se arrojaban sobre él y le lamían la piel y le chupaban la sangre. El perro que tan mal me hubiera de recibir, se reía como si fuera una persona, y en vez de ladrar como todos los perros de este mundo, decía claramente entre largos aullidos:

—¡Martín Andrán! ¡Martín Andrán! ¡Martín Andrán!

Yo estaba lejos, viéndoles hacer, pero una fuerza misteriosa me arrastraba, poco a poco, hasta el grupo. Todos se pararon al verme llegar.

—¡Déjalo: ése no tiene sangre, es el sobrino de Julio, el Tísico!

Los hombres y las mujeres bailaban cogidos de la mano alrededor de Nicolás, y de sus rostros como abotargados caían largos chorros de sudor. A un niño que en vez de ser de carne, como Dios manda, era todo de hormigas, le metían una tea ardiendo por el trasero, y las hormigas huían despavoridas mientras el niño se deshacía a toda prisa. Una paloma blanca enrojecía al posarse sobre una encina en cuyo tronco hueco una escuálida mujer desnuda luchaba a brazo partido con un enorme sapo de ojos azules.

.....

—¡Arriba, galán!

—¿Eh?

—¡Arriba, gandul, y enseña los papeles! ¡Somos la guardia civil!

—¡Ah!

TRATADO SEXTO

QUE SE REFIERE A LA GIMNASIA COMO MEDIO DE GANARSE LA VIDA Y DE PERDER LA SALUD, Y RELATA ASIMISMO LAS EXTRAÑAS COSTUMBRES DEL SEÑOR PIERRE Y LA SEÑORITA VIOLETTE

Documento no tenía, ciertamente; pero como mala voluntad tampoco presentaba, la pareja me dejó marchar.

No fue menester que me lo repitieran dos veces, porque para ello no hubieran tenido tiempo: tal fue la premura con que emprendí la escapada.

Miré para los montes por orientarme, pero como el paisaje tan desconocido me era, que nada conseguí sacar en limpio, decidí guiarme por lo único ya viejo para mis ojos que en torno mío había, que era el sol, y así pensando me encaminé hacia donde salía, quizá por ver el lugar de su nacimiento, quizá también por apartarme de aquel pueblo de mal recuerdo que ya quedaba hacia el poniente, medio confundidas sus chozas con el pardo y estéril terruño.

Anduve, anduve, sin tósigo y sin cansancio todas las leguas que Dios quiso dejarme andar, y aunque el sitio donde naciera el sol ni lo topé ni tan siquiera lo barrunté, sí encontré en cambio unos raros amos a quienes servir, que tal lenguaje hablaban —a pesar de ser no demasiado ruines— y a tales contorsiones se sometían, que para mí pienso que su historia ha de merecer en estas desordenadas páginas los honores del punto y aparte.

Al pie del puerto de Tornavacas, por el lado por donde el río Jerte aún puede cruzarse de dos zancadas, y sentados a la sombra de un viejo carromato pintado de verde, me fui a dar una mañana de manos a hocicos con quienes había de vivir algún tiempo —dos hombres, tres mujeres y tres niños casi de pecho—, que entretenidos en descansar ni siquiera se dieron cuenta de mi presencia hasta que estuve ante ellos.

—Buenos días —les dije.

Todos me miraron y sólo uno me respondió:

—Eso.

—Eso, sí, señor, y despejado está el cielo...

—Ya.

—Ya lo creo que sí. ¿Ustedes...?

No sabía por dónde comenzar, de tranquilos como eran.

—¿Ustedes van a estar aquí mucho tiempo?

Se miraron los unos a los otros, se dijeron unas palabras que mismo parecían invento del demonio y que maldito lo que les entendí, y se rieron.

—Según —me dijo una de las mujeres, la que parecía más joven.

—Pues también es verdad —le respondí.

La mujer volvió a mirarme y se volvió a reír. Era joven todavía, tenía los ojos azules y rubio el pelo, y todo el aire —igual que sus acompañantes— como de no ser del país.

—Yo me llamo Lázaro, señores, y quiero amo a quien servir.

—¿Pides mucho? —me dijo la misma mujer, la señorita Violette, como después supe que se llamaba.

—No, señora, yo no pido más que comida.

—Poco es. ¿Y lo demás lo robas?

—Si puedo sí, señora; pero no a mis amos. Por ahora han sido mis amos los que me robaron a mí.

—¡Mala suerte! ¿Y qué te robaron?

—Los ahorros, señora, que ya no los tengo; pero ustedes pueden robarme la paciencia.

La mujer frunció el ceño.

—Nosotros no robamos.

—Mejor, que así podré estar tranquilo; pero no se sofoque, que lo dije en broma.

—¡Más vale!

La mujer se serenó y volvió a desarrugar las cejas.

—¿Sabes francés? —me dijo.

—¿Eh?

—Que si sabes francés.

A mí la pregunta me molestó porque pensé que a ver qué se había creído, pero preferí mostrarme humilde y soterrar el genio.

—No, señora —le respondí—, yo soy mozo sin estudios; no sé francés ni cantar misa pero para algo pienso que ya serviré.

—Puede ser. ¿Sabes montar a caballo?

La mujer entornaba los ojos al mirarme; al principio pensé que sería corta de vista, pero después, a medida que los meses fueron pasando, vi que sólo lo hacía de vez en vez. Me pareció ver que cuando medio cerraba los ojos, los labios le temblaban un poquito, y un color muy ligero le subía hasta la frente. Como ella era pálida de natural, el color le daba a la piel de su cara una salud que generalmente no tenía.

—Pues mire —le respondí—, como montar, sí monto, si no se mueve mucho.

La mujer soltó la carcajada y entornó otro poco sus lindos ojos azules. Yo sentí un sofoco grande por toda la cabeza y noté cómo el corazón quería salirse del pecho.

—¿Y si se mueve... mucho?

—Entonces me caigo.

La mujer estaba casi ahogada por la risa. Al niño que tenía en el brazo, y que había empezado a gritar como un condenado, le dejó en el suelo. Miró para otra de las mujeres, y le dijo, como sin darle importancia:

—¡Marie, fuera!

La otra mujer le dirigió una mirada de rabia, se levantó y se fue. Uno de los hombres se marchó con ella.

—¡Oh, Madeleine, mi vieja seca —le dijo a la que se quedó—, que ya tenemos criado!

Las dos se rieron a grandes voces. El hombre —el señor Pierre, como me dijeron — metió baza en la conversación.

—Salamanca, tierra de toros...

Las dos mujeres siguieron con sus risas descompasadas. La señorita Violette tenía

los ojos rojos de tanto reír. El niño seguía en el suelo, dando gritos. El señor Pierre, que tenía a las dos mujeres abrazadas, lo empujó con el pie para alejarlo; después me miró para decirme:

—Anda, Salamanca, vete a dar un paseo.

Me marché, y al otro lado de la carreta me encontré a Marie llorando y con el niño dormido sobre el regazo. Su hombre cepillaba un caballo mientras silbaba por lo bajo una cancioncilla saltarina.

* * *

Quizá Dios nos haya hecho, a los que por no tener una familia a quien aguantar tenemos que sufrir —y callar, si queremos comer— a todas las familias con que nos encontramos, de madera más dura y de piel más sufrida que a los demás mortales. Lo digo porque el hacerme a los hábitos de aquella gente, aunque me costó bastante trabajo, llegué a conseguirlo, cosa que no sé cuántos hijos de madre hubieran logrado.

La vida que llevaba era disparatada y dentro de aquel carro tales cosas sucedían que más cauto y prudente juzgo pasarlas por alto y no mentarlas.

A mí me trataban todos duramente, y la señorita Violette, que era por lo que se veía la que mandaba, tales vergajazos —y en medio de carcajadas tales— me arreaba, que de haber sido ella un hombre, a fe que la hubiera matado con una piedra en un momento de arrebato.

En la carreta jamás me dejaron entrar —aunque sí fisgar desde fuera y cumplidamente—, y las noches las pasaba al sereno, ya montado al pescante, si íbamos de camino, ya echado en el duro suelo, si hacíamos alto. Mis acompañantes de cada noche eran el pobre caballejo tordo a quien tenían a lo mejor días enteros sin desenganchar, un perro de lanas que parecía una oveja y que se llamaba Colosse, un oso manso como una gallina y ya entrado en años, que se llamaba Ragusain, y una mona medio calva y temblorosa que se llamaba Pompadour, y que se pasaba el tiempo tosiendo y echando sangre por la boca. La pobre Pompadour murió a poco de andar yo con los franceses, y de las cosas que le dijeron y de los puntapiés que dieron a su cadáver prefiero no acordarme. Algunas noches también nos acompañaba la señorita Marie, siempre con su niño a cuestas; su hombre a veces bajaba a estar con ella, pero cuando hacía mucho frío prefería quedarse dentro y no asomar las narices.

La triste Marie era muy desgraciada y todos arremetían contra ella y le decían cosas tremendas. La señorita Violette le solía pegar alguna que otra torta y, a veces, hasta palizas enteras le daba; pero Marie jamás levantaba la voz y se limitaba a sollozar con un desamparo que partía el corazón.

—Es una zorra —me decía la señorita Violette—, un cangrejo venenoso; un día voy a tener que pegarle.

La otra, la señorita Madeleine, era una mujer vieja y chupada que se pasaba el día renegando y blasfemando de todo y bebiendo aguardiente. Estaba marcada de

viruelas y se afeitaba casi a diario una barba áspera y entrecana que le salía por los sitios que la viruela le perdonó. A mí me embromaba porque también tenía más de alguna marquilla de la enfermedad, diciéndome que parecíamos hermanos, y aunque por la edad de los dos más debiéramos parecer hijo y madre, lo cierto es que tales bromas no me gustaban y procuraba dejarla sola.

Estaba borracha con frecuencia y se mostraba cruel con Marie y pegajosa con Violette. Cuando andaba bebida le daba por cantar en su lengua, accionando como una cabra loca, Dios sabrá qué clase de porquerías, y cuando al cabo de las horas se le iba pasando, se ponía lánguida y sentimental y decía que su padre era conserje del seminario de Lyón y que había llegado a concejal con el otro gobierno.

Yo no sé cómo sería el otro gobierno, aunque me temo que para hacer concejal al padre de semejante pécora no debió haber sido de monjas de la Caridad. Andando el tiempo me dijo un amigo que tuve, que era dueño de una tienda de velas y rosarios en Talavera de la Reina y que se llamaba don Filemón Frayle, que en la Francia eran todos masones y enemigos de la santidad de las costumbres, y sólo así me explico que llegara a tan alto cargo el padre de la señorita Madeleine. Don Filemón era hombre culto y desapasionado y lo que decía era casi siempre verdad.

El señor Pierre era el amo de todos y el marido de la señorita Violette; era fuerte como un roble y andaba siempre en camiseta, aunque hiciera mucho frío. Tenía unos músculos tremendos en los brazos, y cuando veía una rama algo recia, la tentaba y si notaba que no se había de quebrar, se subía a pulso como si tal cosa. Ninguno de los que con él iban le miraba ni le hacía caso, porque ya a todos los tenía acostumbrados, y como yo me soliese quedar mirando para él medio embobado, un día que estaba de buena uva me dijo:

—Oye, Salamanca (a mí nunca me llamaban Lázaro, y unas veces me decían Salamanca y otras, las menos, gracias a Dios, Novillo), oye Salamanca, ¿a ti te gustaría aprender el oficio?

—Sí, señor; pero me parece difícil.

—¿Tú crees?

—Sí, señor.

El hombre se rió paternalmente.

—No hagas caso. Anda, ven aquí.

Fui, me colgó por las manos de una rama más alta de lo prudente, y me dijo:

—Ahora, tírate.

Yo estaba muerto de miedo porque veía que me iba a partir un hueso, y no me atreví.

—Señor Pierre, que no tengo valor; cójame usted.

—Ya te soltarás.

El amo se apartó y yo me quedé colgado como un murciélago y con más miedo que una criatura en mitad de una tormenta. Miré para abajo y no quise dejarme caer; la rama estaba a bastantes pies del suelo, y éste era de duro pedernal, sin más claro

que unas matas de ortigas de un aire malévolo y poco tranquilizador. Grité y nadie me respondió; los otros estaban lejos y el amo —que fumaba con parsimonia a pocos pasos del árbol— no se dignaba ni mirarme.

—¡Cójame, señor Pierre! ¡Deme una mano, mi amo!

—¡Calla!

Era un tío tranquilo; para mandarme callar ni volvió la cabeza. Las manos me dolían; intenté subir a pulso para ponerme a caballo sobre la rama, pero fue inútil. Decidí tirarme, pero me faltó valor; momento hubo en que pareció que mi voluntad iba a dominar, pero ese momento siempre se esfumaba rápido como un relámpago. Los brazos me dolían también y las manos las tenía como sin sentido. La vista se me oscurecía y se me nublaba, y los oídos me silbaban desaforadamente. El señor Pierre, dedicado a su pipa, se había olvidado de la caridad. El vientre se me aflojó y la respiración era cortada, de vez en cuando, por el hipo. Sentí fresco por la espalda y cerré los ojos. Las manos ya no me dolían...

Me debí pegar un golpe criminal; me estuvo doliendo el cuerpo por lo menos quince días.

Tumbado boca abajo sobre una manta, y desnudo de medio cuerpo, me encontré cuando Dios quiso volverme a la vida molido y doloroso como un Santo Cristo. La señorita Marie me limpiaba las magulladuras con saliva y con agua de colonia; estaba sonriente, pero tenía los ojos como de haber llorado. Su voz era dulce como la miel.

—Pequeño Salamanca, pobrecito...

El niño dormía sobre unos trapos.

—¿Ha llorado usted, señorita Marie?

La señorita Marie me sonrió con tristeza.

—No, no es nada. ¿Estás mejor?

—Sí, señorita.

—¿Y quieres aprender el oficio?

—No, señorita; yo para esto no sirvo.

La señorita Marie se calló; de haber hablado hubiera dicho probablemente:

—Y yo tampoco, Salamanca.

El cuerpo me seguía doliendo, pero me encontraba muy bien. Estaba como enfermo, pero también como descansado. Tenía ganas de dormir y, sin embargo, quería seguir despierto, prefería seguir mirando para la señorita Marie. Quise empezar a hablar.

—¿Mama aún el niño? —le dije por comenzar de alguna manera.

—No, no mamó nunca.

—¿No lo pudo usted criar?

La señorita Marie parecía un ángel lleno de tristeza. Con la voz amarga susurró:

—No; el niño no es mío. Yo, aunque no me lo creas, soy virgen.

La señorita Marie suspiró:

—A mí no me quiere nadie.

Me entraron tentaciones de decirle que la quería yo... pero me callé.

—El niño es de Violette; tuvo tres de un golpe... Su voz estaba como entrecortada y tenía los ojos cerrados.

—A éste no lo quiso porque nació cieguecito.

Me cubrí la cara con las manos. Se me habían humedecido los ojos, no pude evitarlo.

—Lo quiso tirar y yo se lo pedí. Lo quiero como si fuera mío...

Sobre nosotros pesaba como una losa. Intenté variar la conversación.

—¿Y el señor Etienne no la quiere?

—Etienne es mi hermano. Es dos años mayor que yo. El pobre es bueno, pero vicioso...

—Yo creí que era su marido.

—Sí; todo el mundo se lo cree. A veces se lo cree él también...

Volvimos al silencio que rompió ella al cabo de algún tiempo.

—¿Estás mejor, Salamanca?

—Sí, señorita; estoy muy bien.

Del carro bajaron la señorita Violette y la señorita Madeleine cogidas de la cintura. Venían las dos bebidas; la mona se escondió debajo del carro y el oso se puso a dar torpes saltos agarrado a la cadena; al pasar a su lado, la señorita Violette le tiró de los pelos de la cabeza hasta hacerle gritar. Cuando nos vieron hicieron alto; la señorita Violette entornó los ojos; esos ojos suyos que daba pena ver tan hermosos.

—Marie, ¡fuera!

La señorita Marie cogió a la criatura en brazos y se marchó; tras ella se fue el perro, las orejas gachas y el rabo entre piernas.

—Y tú, Novillo, levántate y no seas señorito. No te arrimes a Marie, que es una asquerosa. ¡Hala!

Me entraron unas horribles tentaciones de partirles la cara. Si lo hubiera hecho me habría matado el señor Pierre. Yo, con las carnes molidas y el humor turbio, me levanté y me marché. No fui en busca del arrimo de la señorita Marie porque nada bueno para tal compañía ofrecía el ceño de la señorita Violette.

Aquel día aprendí mucho y me torné zorro y cauteloso por el tiempo que con ellos seguí, manera de ser que, si bien violentaba mis inclinaciones y quitaba su figura a mi natural llano y obediente, me permitía, en cambio, estar menos en el candelero, sitio peligroso para las costumbres de mis amos, quienes, en su falta de constancia, tantas veces como conmigo se mostraron afables y decidores otras tantas obligaban a mis carnes a temblar, porque sabido era que siempre acababa la zalema en desprecio o, lo que era peor, en un vareo de mi pobre pellejo que, verdaderamente, ya andaba por entonces más apaleado que lana de colchón en casa limpia.

Tragué en silencio, aguanté lo mucho malo que quisieron hacerme y seguí viviendo y trabajando. Menos saltar en las plazas de los pueblos, de todo hacía: limpiaba el caballo, daba de beber a los animales, lavaba la ropa, miraba para los

niños... En mi vida pasé días más fatigosos, y en mi vida pensé más veces en la soledad de los campos y en las bellezas de la libertad.

No sé por qué me faltó valentía para escaparme cualquier noche; lo que sí pude ver es que aquel arrojito de cuando era más tierno, había desaparecido en mí. Los años, a veces, son como las palizas, que quitan alegría y dan malicia, que matan el valor para dejar que viva la cautela. A hombres he conocido, de niños arrojados como lobeznos, que de viejos sonreían como lagartos y daba miseria verlos; aquéllos mataban pájaros a pedradas, y todo el mundo en el pueblo hablaba de su crueldad; estos otros, mataban solteronas asustadas, o viudas cargadas de hijos, con un préstamo o con una hipoteca, y la gente, la misma gente, solía decir: hay que ver cómo ayudó el tío Fulano a la pobre Menganita, que en gloria esté. ¡Es tan bueno! Y es que la sangre, aunque sea de pájaro, asusta a las personas porque se ve; pero un dogal al cuello, que aprieta y aprieta, poco a poco, durante años y años, no espanta a nadie, porque nadie quiere mirar para él. ¡El mundo es así!

Pues a lo que íbamos; no es que fuera un viejo pero tampoco era ya un niño. Debía andar, según mi cuenta, por los quince o catorce años y, aunque no es natural que fuera ya un modelo de gramática parda, tampoco era por entonces un angelito inocente, y sabía ya, o por lo menos olía, dónde me iba a ir bien y dónde mal.

Dice el refrán que hay que poner buena cara al mal tiempo, y no sé si lo habré cumplido, aunque bien es sabido que me lo propuse, pero pienso que muy lozana debió ser por entonces mi faz, a juzgar por lo malos que fueron mis días.

El caso fue que a aguante nadie me hubiera aventajado, y que los gimnastas se fueron poco a poco aburriendo, aunque nunca del todo, de hacer la mismísima, con lo que yo, aun sin desechar la idea del abandono, pude tener calma para buscar despacio cuando me convenía.

Anduvimos, ellos dentro y yo delante del carro, por toda España, que bien grande es y, a pesar de que conocí un montón de gentes, a ninguna quise arrimarme, quizá por aquello de lo malo conocido y de lo bueno por conocer.

El único hombre que me pareció decente, y no me equivoqué, lo fui a encontrar a media legua de la población que llaman Cuenca —después de haber andado con los franceses cerca de seis o siete meses— hermosa ciudad grande como nunca la había visto, con su catedral, su obispo y su gobernador.

Estábamos acampados a la boca de unas cuevas que habían por allí, cuando vi que venía hacia nosotros un caballero alto como una espingarda, de finas manos y noble ademán, sus negros lentes ante la mirada, el rostro pulido y afeitado, y sobre los hombros una capa de buen paño, que mismo daba a entender la buena posición de su amo. Hablaba reposadamente y con la cabeza alta como un rey, y tales cosas decía, tan espirituales y bien dichas, que al principio pensé si no sería el mismo señor obispo, que de tal guisa se disfrazaba para mejor conocer y tratar a sus ovejas.

El caballero se acercó al grupo que formábamos y nos dijo, sereno y sonriente:
—Poneos en pie.

Todos obedecimos prestamente y como dominados por su voz. El caballero continuó:

—Sentaos, estáis en mi casa.

Volvimos a obedecer sin rechistar.

—¿De dónde venís?

—Venimos de andar —le dijo el señor Pierre, atemorizado como nunca le vi.

—¿De andar?

—Sí, señor; de andar por los caminos.

—¿Y habéis visto altos chopos, frágiles cañas, cimbreantes juncos, aguas que corren incesantemente, mirlos silbadores?

—No nos hemos fijado, señor; nosotros...

El caballero dejó al señor Pierre con la palabra en la boca. Todos nos quedamos como anonadados y ninguno de nosotros osó quebrar el silencio.

A lo lejos pasaba un hombre montado en las ancas de un asno, a la manera gitana.

—¡Eh, buen hombre!

El hombre se paró.

—¿Qué quieren?

—Queremos preguntar, si usted lo permite.

El paisano dió al burro para nuestro lado y se arrimó.

—¿Qué se les ofrece?

—Una duda, amigo, que queremos deshacer. ¿Quién es aquel caballero que se aleja hacia la casa?

—¿Cuál?

—Aquel que por allá va.

—Un hombre de bien, amparo de los tristes y amigo de los pobres y desgraciados.

—¿No está loco?

El del burro se echó atrás, tiró de la garrota y frunció el ceño.

—¿A usted nunca le han dado dos lapos?

El señor Pierre rectificó:

—Lo digo por preguntar; no se enfade. ¿Qué oficio tiene?

—Es poeta.

—¿Poeta?

—Sí, señor; mira para los chopos, para las cañas y para los juncos, y compone versos. A veces se le encuentra escuchando el silbar de los mirlos del camino o mirando el correr de las aguas de los arroyos.

—¿Y de qué vive?

—De dar todo lo que tiene, bien lo sabe Dios; la pena es que ha de llegar el día en que se encuentre sin un real.

—¿Y cómo se llama?

—Don Federico.

A mí aquel nombre me hizo buen efecto porque olía a hombría de bien; no como

aquellos otros de Pierre y de Etienne, que en seguida se veía que eran inventados.

—¿Y es rico?

—A juzgar por lo que da, nadie en el mundo más rico que él.

—¿Y qué da?

—Lo que no le piden y lo que ha menester el que sufre: consejo al errado, manjares preparados por su misma mano al hambriento, abrigo al desabrigado... A ustedes les daría algún que otro celemín de la mucha vergüenza que le sobra.

El señor Pierre hizo como que no le entendía.

—¿Y pesetas?

El hombre del rucio le atajó:

—¿Usted le quiere robar?

—¡Dios me libre!

—¡Más le vale!

El hombre dió vuelta al burro y se alejó de nosotros. Desde lejos volvió la cabeza para mirarnos. Subido a su cabalgadura, se recortaba su silueta como la de un escudero del impenitente señor del bien.

El señor Pierre estuvo callado un largo rato; parecía como cavilar. Lo que tramara lo ignoro. Nada bueno debió haber sido, pero nada malo, gracias a Dios, llegó a poder contra don Federico.

Cuando se hizo de noche, como mis amos, por ahorrar velas, se acostaban con el sol, igual que las gallinas, en vez de acurrucarme como siempre debajo del carro, me quedé dando paseos para un lado y para otro. El perro andaba a mi vera, y el oso, medio soñoliento y medio despabilado, me seguía con la mirada, volviendo constantemente la cabeza como un gigantillo; a veces, al pasar, le acariciaba el hocico, y él, como agradecido, me daba la pata. Cuando olvidaba el mimo, rezongaba en voz baja cualquiera sabe qué súplicas o qué imprecaciones.

La señorita Marie, con el niño ciego en el regazo, rezaba en francés la triste oración sin fin de todas las noches. Hacía una figura que daba qué pensar; sin embargo, no creo que nadie haya pensado jamás en ella.

Yo estaba nervioso, desazonado. Sobre nosotros, más cerca que de día, se veía el amontonado caserío de Cuenca, con sus luces encendidas y sus torres inmóviles y gordas como espantosas, como inmensas mujeres muertas, en cuyos vientres viviera ese mundo maldito de las gentes sin conciencia que visten su alma de luto para asistir a todos los entierros, que acompañan al agarrotado en sus últimos momentos para hablarle de resignación, que se irritan al oír llorar un niño, cantar un gallo, reír una mujer.

El río marchaba estruendosamente, por sus hoces profundas, y la luna alumbraba como por obligación, casi con temor, nuestro escenario.

Jamás, como aquella noche, tan apesadumbrado estuve. La alegría, pensaba, ¿dónde está? Y mi cabeza, como despoblada, nada quería responderme.

—Colosse —le dije al perro—, eres una oveja con corazón de perro.

Colosse se me quedó mirando, las inmóviles orejas en punta, sentado sobre sus patas de atrás. Estoy seguro que me comprendió.

—Ragusain es un tonto; no hace más que mover la cabeza.

Colosse me miró, miró después para Ragusain y se cruzaron sus miradas. Como un escalofrío recorrió el cuerpo del perro, y el lomo de Ragusain se arqueó ligeramente.

Hablar a los animales fue una insensatez que jamás volví a hacer en mis días. Entonces, no sé por qué, no pude evitarlo.

—La señorita Marie, Colosse, es una pobre mujer.

La primera vez que me sentí caballero me tembló la voz.

Entonces nada pensé, nada absolutamente, y entonces también pude percatarme de que, en esta vida, no se piensan más que las cosas pequeñas. Las cosas grandes, las pocas cosas grandes que podríamos pensar, jamás lo hacemos. Nos invade todo el cuerpo un raro temblor, nos laten las sienes desacompañadamente y se nos nublan los ojos. Eso es todo.

Me acerqué a la señorita Marie.

—Señorita Marie, yo me voy.

Me espantó que no se extrañase.

—¿Adónde?

—Adonde don Federico.

—¿Lo has pensado?

—No; no quiero.

La señorita Marie dejó caer la cabeza sobre el pecho y abrazó, aún más fuertemente, al cieguecito.

—Salamanca, me voy contigo.

Se me quedó la garganta seca de repente.

—Don Federico —continuó— es un hombre decente.

Su voz, casi apagada, parecía cruel; nada faltó para que me echara atrás. La señorita Marie siguió hablando:

—¿Nos llevamos al niño?

—¡Claro!

—¿Y a Colosse?

—También.

—¿Y a Ragusain?

—También.

Un pájaro nocturno lanzó al aire su quejido. A lo lejos, una lucecita señalaba la casa de don Federico.

Sin decir una palabra nos pusimos en marcha. Yo daba el brazo, como un novio, a la señorita Marie, que llevaba al niño dormido como un angelito. El perro iba delante, derecho hacia la luz, y el oso venía detrás, arrastrando sobre las matas su rota cadena.

Un silencio que daba miedo hacía aquella noche.

Llegamos a la puerta y llamé. Todos nos quedamos bobos mirando para ella. Un hombre con un velón en la mano nos abrió.

—No es esta hora de limosnas.

—No queremos limosna, señor, queremos algo más.

—¿Y qué queréis?

—Queremos ver a don Federico... Somos amigos de él.

—¿Amigos?

—Sí; señor. Llámelo y verá.

El criado se volvió:

—¡Señor don Federico! —gritó ahuecando la voz.

Del piso de arriba contestó el amo:

—¿Qué quieres, Prudencio?

—¡Que baje, que hay aquí unos amigos!

Don Federico tardó algunos minutos en bajar. Vestía una levita por media pierna y traía la cabeza descubierta.

—¿Quiénes sois?

Yo me hice fuerte:

—Somos sus amigos, señor, que le pedimos protección. Si no quiere dárnosla, pedimos que nos mate... Siempre sería mejor... Nosotros hemos andado muchas leguas, señor, hemos visto altos chopos en el camino, frágiles cañas en los cañaverales, juncos que cimbrean a las orillas de las aguas que corren rumorosas; nosotros hemos oído, señor, silbar al mirlo desde la enramada...

La faz de don Federico parecía la de un bienaventurado.

—No sigas —me interrumpió—, ¡Prudencio!

—¡Señor!

—Dos alcobas. En la del caballero metes al oso y al perro.

Colosse y Ragusain miraron para don Federico. La señorita Marie tenía la vista baja y no sabía ni lo que hacer.

—Señores —nos dijo—, están ustedes en su casa. Mi nombre, ya saben, es Federico, don Federico. El nombre de nuestra casa es el muy cristiano de la Cruz del Bordallo. Quizá llegue el día en que les cuente su leyenda.

* * *

A los ocho días ya habíamos todos olvidado las palizas que, de orden de su amo, diera Prudencio al señor Pierre y al señor Etienne, que llegaron a las puertas de la Cruz del Bordallo en son de pelea.

—La gimnasia —nos dijo don Federico— es vicio de avisados que se duermen, o virtud de tontos que quieren despabilar. Prudencio jamás la hizo, y en todo el contorno no hay quien le haya arrimado nunca un palo en la cabeza. Sirve para ganarse, mal ganada, la vida; sirve para perder, bien perdida, la salud; para lo que no

sirve es para derribar en buena lid a un hombre de corazón.

La vida, en compañía del poeta, discurría por las sendas del bien, y tanto yo como la señorita Marie, pronto hubimos de hacer nuestras carnes al buen vivir y mejor yantar, con lo que criamos unas lozanas grasas que dieron brillo y prestancia a nuestras caras, al tiempo que nos quitaron ligereza del cuerpo y pesar del alma: dos cosas que, para ser honestos, de bien poco sirven, ¡bien sabe Dios!

El cieguecito, sin embargo, no prosperaba como fuera de desear y seguía apareciendo esmirriado y canijo como un palomino recién salido de la cáscara. Don Federico ordenó que se le dieran las aguas bautismales y dispuso que de nombre se le pusiera Respicio —santo mártir de Nicea—, palabra sonora y hermosa que seguramente significa lo contrario de Hospicio, y además Pedro de Sassoferato, santo del día 3 de setiembre, fecha del bautismo.

—Con esto queda además apellidado —nos decía—, y a fe que un ciego que se llame Respicio Pedro de Sassoferato, tanto podrá parecer un glorioso capitán herido en combate como un fiero y temerario argonauta que hubiera perdido el mirar mismo a la vista ya del vellocino de oro.

Don Federico, cuando esto decía, levantaba su orgullosa cabeza sobre nosotros y su mirada, a través de los negros cristales con que la guardaba y protegía, tenía una dulzura que no puedo relatar.

—Este caballero —nos decía— es hijo de nosotros tres, y a él todos como padres nos hemos de dedicar. Sus tíos Colosse y Ragusain —añadía de broma— ya irán sabiendo poco a poco sus deberes.

La criatura tuvo desde aquel día un nombre y, si bien durante poco tiempo quiso la Providencia que lo usara, siempre más ha valido que para el otro mundo se marchara llevando su buen llamar cristiano, que aquel otro de «Farlouze» que el desprecio de la madre o el apego de la señorita Marie quisieron colgarle.

Pasó todo el mes, que aquel año tan caluroso fue como el pleno estío, y llegó octubre con los primeros vientos, que pronto hubieron de levantarme en vilo y llevarme en volandas a larga distancia, como si fuera un vilano. Verdaderamente demasiada felicidad era aquélla para cueros tan poco hechos a usarla.

Al pobre niño tampoco le sentó bien el otoño, y el viento que a mí me llevó, saltando los Altos de Cabrejas, hasta Belinchón, al pobrecito lo transportó hasta el otro mundo, no sé si a saltos también o más llanamente.

Lo sucedido fue que, tanto la criatura como yo, nos vimos obligados a emigrar, si bien no al mismo sitio, por fortuna para mí, y que, con gran dolor de nuestros corazones, hubimos de dejar la Cruz del Bordallo y su habitante sin nuestra compañía, que si la echó de menos nunca tanto habrá sido, según se me ocurre pensar, como yo me vi forzado a hacerlo. Pero el añorar es vicio de jóvenes que creen que al tiempo se le puede dar paso atrás como a los relojes, y yo ya soy, para mi desgracia, lo bastante maduro para no andar solazándome en recuerdos. Entonces pensaba de otra forma, pero ahora, ¿para qué quiero pararme en la memoria?

Pues bien, como decía, la bicoca se me acabó, tuve que recoger una vez más mis pobres cachivaches, y don Federico me dio, con su saludo y con su Dios te guarde, la puñalada de la misericordia.

Todo fue por un motivo bien peregrino y bien desgraciado, pero ya es sabido que el hombre propone y Dios dispone, y que aunque mi propósito, ya se lo pueden imaginar, fuera quedarme allí por los días de mi vida, la disposición divina ordenó las cosas de otro modo.

La señorita Marie me despidió con lágrimas y quiso venirse conmigo. Yo rogué a don Federico que la disuadiese, y éste, no sin cierto trabajo, la convenció. Allí estuvo, según mis noticias, hasta tres años más, pasados los cuales le entró la vocación y se metió monja. La pobre fue lo mejor que pudo hacer.

TRATADO SÉPTIMO

*EN CUYAS PLANAS ESCRIBO DE LA TRAZA CÓMO ACABÓ MI AMISTAD CON
EL POETA Y HABLO DE MI CORTO Y ESTÉRIL APRENDIZAJE DEL OFICIO DE
MANCEBO DE BOTICA*

Un día, en el mes de octubre, como digo, que había marchado al campo como todas las mañanas, en busca del tunante de Trastamara, el caballo de don Federico, que se iba de picos pardos una noche sí y otra también, me encontré, hacia el sitio donde tiempo atrás hube de acampar con los franceses, con mi antiguo conocido Abraham, el nieto del virrey Bantabolín, quien olvidado, nunca quise maldecir el por qué, de su violín y de sus dos amigos, se afanaba en arreglar unas cintas y unos papelitos de colores en la amplia caja que le colgaba del cuello.

Cuando le vi me quedé como espantado, y de no haber sido que él me reconoció y me llamó por mi nombre y a grandes voces, seguro estoy que allí me hubiera quedado plantado como una estatua.

Yo me acerqué cuando me oí nombrar y lo vi roto y envejecido como no había pensado que podría estar. Cuando llegué ante él se descolgó la caja y cayó de rodillas a mis pies.

—¿Me perdonas? —me dijo.

Yo no sabía si estaba de broma o más loco todavía que cuando lo dejé.

—Álcese vuestra merced. ¿De qué tengo yo que perdonarle?

—¿Te acuerdas de tus dieciséis duros?

—Sí, señor.

—Pues yo sé lo que me digo; pero bastante ya llevo pagando mi pecado que cuando nos fuimos de Lumbrales con lo que tan mal habíamos reunido, tal bronca tuve con los otros que a poco me matan.

—¿Por la parte?

—No, hijo, que la parte ya se sabe que había de ser igual para todos, y por esa cuestión no se podía reñir; que por lo que lo hicimos fue por aquello de quién había de ser el repartidor, y ninguno nos fiábamos. Anduvimos a golpes, y como ellos daban con el fagot y con la flauta, y yo con el violín, llevé la peor parte, porque ya es sabido que la madera es menos heridora que el hierro. Allí se deshizo la compañía, allí dejé el instrumento en las espaldas de Cachimbo y allí me marcaron como a una res, aunque no a hierro ardiendo, sino a flautazo limpio. Mira.

Se destocó la cabeza, buscó en su enmarañada cabellera y me enseñó una cicatriz como de un par de dedos que mismo se veía que había sido de un estacazo a modo.

Yo no sabía qué cosa comentar para hacerle olvidar los golpes y se me ocurrió preguntarle por los cuartos.

—¿Y la bolsa?

—Eso es lo malo, hijo, que quedó sin repartir, y dos de nosotros tres se tuvieron que marchar a dos velas.

—¿Se la llevó el señor David?

—No, hijo, que no pudo, aunque lo quería, que me la tuve que llevar yo, corriendo como un conejo durante más de una semana, y ahora me remuerde la conciencia.

—¡Vaya por Dios!

—Sí; verdaderamente.

Abraham se quedó como pensativo:

—Con lo que en ella había —continuó— me compré esta caja y la primera remesa de mercancía para ir viviendo, y lo que sobró se lo di a los pobres desamparados, que no pueden trabajar, y a quienes está bien dar una ayuda.

—Sí, señor.

—Llegué a repartir cerca de una peseta, y más hubiera dado de haberme sobrado más, pero la mercancía es cara porque los papelitos se mojan y hay que tirarlos, y a la gente hay que darles coplas nuevas y ahora no hay poetas como en otros tiempos.

Me acordé de repente de don Federico; fue el diablo quien me lo trajo a la cabeza, y allí se labró mi ruina.

—Yo conozco uno —le dije.

—¿Pero es bueno?

—Sí, señor, muy bueno. Es mi amo.

—¿Y sabe hacer coplas?

—¡Ya lo creo! De todas clases.

A Abraham se le alegró el semblante.

—¿Y querrá anticipar algún dinero para la imprenta?

A mí, en aquel momento, se me descorrió el velo que tenía sobre los ojos y pude ver claro por dónde iba el tunante. Sin embargo, ya no podía dar marcha atrás; había que seguir adelante y defenderse de la mejor manera.

—No sé; se lo puede usted preguntar.

—¿Y vivís muy lejos?

—No, señor; en aquella casa que allí se ve.

—Pues vamos andando. Anda, acompáñame, que ya te lo he de pagar.

Si fue por la obligación de buscar a Trastamara o por la poca fe que di a sus palabras la razón por la que me negué a acompañarle, es cosa que no veo claro.

—Ahora no va a poder ser, señor Abraham, que ando detrás de un caballo que no encuentro, pero vaya usted hacia el mediodía y allí se encontrará con don Federico y podrá hablarle.

—¿Don Federico dices que se llama?

—Sí, señor.

—¿Y de apellido?

—No lo sé.

—Bueno, es igual. ¿Tú estarás allí a esa hora?

—Procuraré.

—Pues hasta luego. Anda por el caballo y que San Antonio te lo ponga delante.

Nos despedimos y marché detrás del rastro de Trastamara, más que un poco preocupado con el encuentro.

No sé si mi cabeza no estaba para atender a nada o lo que pasó, el caso fué que el caballo no lo topaba por más que procuraba atender. Después de un largo trecho de

andar y otro largo trecho de ver pasar el tiempo, me senté desazonado sobre una piedra a esperar que Dios me iluminase.

La cabeza la tenía poco segura, y de ella no podía apartar la imagen de Abraham, con sus cintas verdes y coloradas y sus papeles naranja y amarillos. Me lo figuraba sentado donde lo dejé, ordenando su caja, haciendo tiempo para que llegara, con la mediodía, el momento de presentarse ante mi amo.

Pensé avisar a don Federico y ponerle en guardia contra el antiguo músico; entonces, tan inocente era, que pensaba que los poetas escuchaban la voz de la cordura cuando suenan en sus oídos las sirenas de la fantasía.

Volví la cabeza y detrás estaba Trastamara, mirándome.

Como, aunque a trasto y pendón pocos le ganaban, en el fondo era dócil y noblote y conocía a su gente, sólo un silbido me bastó para que se arrimara.

Lo monté y, sin hacer ni un extraño, tiró, como todas las mañanas, para la cuadra. Lo azucé un poco para llegar a tiempo de dar el aviso, y en menos que canta un gallo me puso su caminar a las puertas de la casa. Le di unas palmaditas en el cuello, otra más fuerte en la grupa y Trastamara se marchó por el portón, en busca del pesebre.

Volví hacia la casa para entrar, como era de ley, por la puerta de atrás, y oí voces y risas que me dieron mala espina. Escuché y quedé espantado: Abraham y don Federico hablaban del negocio de las coplas.

—Bueno —se oía a mi amo—, yo le haré las coplas. De los gastos de papel y de imprenta, me ocupo yo; usted no se preocupe. Usted lo único que tiene que preparar son hermosos discursos para las mozas, bellas y apasionantes arengas para nuestros romances. «¡La copla del amor que todo lo cura, la copla del amor ciego y del amor no correspondido! ¡La copla de los amores del Rey del Mar con la bella Princesa de las Sirenas! ¡La copla de los amores del Rey del Aire con la hermosa Infantina de las Palomas!».

Se oía la risa de Abraham. Entonces vi que ya no había remedio. Esperé a que se marchara; no hubiera querido verlo. Cuando lo hizo me presenté, cariacontecido, a mi amo.

—Don Federico —le dije—, quería hablarle.

—¡Habla, Lázaro, caballero Lázaro, amigo mío! ¡Hoy es día grande en la Cruz del Bordallo! ¡Mañana mis versos volarán, como mariposas, por encima de Cuenca, por encima de Madrid, por encima de España toda! ¡Irán vestidos de colores, y unos simularán una nevada, otros una lluvia de azules campánulas, otro aún una granizada de enamorados corazones! ¡Es día grande, Lázaro, el día más grande de la historia! ¡Los observatorios se volverán locos, y desde los mundos del cielo, sus habitantes creerán que la tierra arde, que ha llegado la era de la bienaventuranza, que ya no quedan en ella miserias ni hombres ruines!

No me atrevía a desengañarle; por el camino todavía se veían las espaldas de Abraham.

—Mi amo, yo me tengo que marchar.

—¿Ahora que vamos a conseguir la felicidad?

—Ahora; sí, señor. Yo no quería, pero...

No sabía lo que mentirle; nada llevaba preparado.

—¿Pasa algo?

—Sí, señor... Que he heredado.

—¿Quién te lo dijo?

—Una corazonada, señor don Federico, me lo dice. Yo... me voy a Salamanca.

Don Federico parecía como cavilar.

—Al corazón, hijo mío, hay que creerle. Vete.

Se había puesto solemne y me dió su mano a besar.

—Que Dios te guarde.

—Yo no me quiero ir todavía. La señorita Marie no sabe nada. ¡La pobre está tan triste con lo del niño!

—Sí; es verdad. Díselo. Pero no te distraigas. El corazón...

Fuí donde la señorita Marie, le conté toda la verdad y le dije que me marchaba.

—Me voy contigo, Salamanca; ya me fuí una vez.

—No, señorita Marie, ahora no; ahora no voy a casa de ningún don Federico. En España no hay ningún don Federico más.

Lloró, lloramos los dos, mejor dicho, como dos bobos, le rogué que por nada del mundo desengañase a nuestro amo y fuí al piso de arriba, donde éste estaba.

—Don Federico —le dije—, a usted le encargo la señorita Marie; dígale que no se venga conmigo.

Una pena me cogía todo el pecho. Hice el macuto, guardé los dos duros que me dió don Federico y salí a la puerta.

El sol ya se había puesto y era casi de noche. Sin embargo, no quise esperar.

Los caminos se abrían, una vez más, a mi desamparo, y las estrellas serían, una noche más, el techo de mi sueño.

Si aquel día fuí noble, que el diablo me perdone. Que Dios me perdone, a cambio, las muchas veces que en mi vida fuí ruin y vicioso. Vaya lo uno por lo otro.

* * *

Al llegar, a los cuatro o cinco días de marcha, a los montes que llaman de Cabrejas, pensé que, hartos ya de padecer por el andar y andar sin descanso y sin tino, habrían de sentar bien a mi cuerpo pecador unos tiempos de paz y sosiego.

Lo pensé de repente, cuando veía a mis pies toda la llanada que dicen de la Mancha alumbrada como un ascua por el sol de la tarde.

Decidí conseguirlo y no lo logré; hice lo que pude, pero fue vano. El sino de mis huesos era trotar senderos y allanar caminos, y yo, ¡pobre de mí!, quise luchar con él; luego pude ver cuán vanamente.

A mis plantas se veían los pueblos colocados como con la mano, y antes de

decirme por cuál habría de ser el mío, los contemplé con calma, como el señor de todos, regodeándome en imaginarlos fértiles y acogedores como, por desgracia mía, ninguno de ellos era, y ordenados y ricos como, para desgracia de sus moradores, ni uno solo resultó.

Miré para el levante y vi poblachos en ruinas y aldehuelas miserables de hermosos nombres. A lo lejos, Palomares del Campo se agazapaba, como temeroso, sobre el terreno, y Torrejoncillo del Rey moría entre las barbecheras como un animal sediento. Más cerca de los montes corría el Gigüela por su duro lecho de cantos, y Horcajada de la Torre y Villanueva de los Escuderos se miraban, sobrecogidas, sus viejas y rugosas muecas en las aguas escasas. Vi que eran los pueblos de los venidos a menos y les volví la espalda; los tiempos eran duros, y una hogaza de pan bien valía por diez escudos de piedra.

Caminando con el sol el paisaje nada mejoraba y hacia el poniente, mismo al alcance de la mano Carrascosa del Campo parecía un conejo preparado para escapar. Me dió risa la ocurrencia y saqué del morral un poco de vino que compré al pasar por Caracenilla con el dinero que me diera don Federico. Me había hecho menos impaciente y más sesudo, y escapaba de llevar dinero en la bolsa. Alcázar del Rey moría al pie de una colina y Belinchón, a lo lejos, y con el sol de cara, semejava una joya perdida en mitad del secano.

Hacia allí decidí marchar, y aunque mucho antes de alcanzarlo pude ver que de joya poco tenía y sí mucho de pajar y bastante de cuadra, pensé que más prudente sería no seguir vagabundeando como perro sin amo, y a él me dirigí.

Tiré, como un conquistador, por la calle de en medio, y estuve en dudas si pararme ante un letrero que decía Fonda de Lucas, ante otro en el que se leía Mesón del Mirlo, o ante otro todavía, más modesto, que no ponía más cosa que Posada. En la Cruz del Bordallo me había hecho un señorito, y como aún me restaban seis pesetas, pensé darles aire por aquello de que había perdido la afición a las bolsas repletas, el vientre vacío y el cuerpo molido.

Me decidí por el del medio, y hacia él arrimé mi persona con decisión y como si ya estuviese acostumbrado de toda la vida. Era un viejo caserón, mal enjalbegado y lleno de costras, con planta baja y un piso, profundo ventanillo enrejado a la morisca en la primera y corrida balconada de piedra en el segundo. Sobre el portón, que tenía unas letras grabadas y ya medio borrosas, había un pájaro negro no muy dibujado y sujeto a la balaustrada del balcón un letrero pintado con almagra, donde con primor —según me dijeron más tarde— había puesto el Miranda, el maestro herrador, que también pintaba y hacía de todo un poco, las palabras que se podían ver: Mesón del Mirlo. Vinos y comidas. Hay camas. Al ir a pasar la puerta miré otra vez para el letrero y pude ver que la almagra ya tenía —de puro vieja— el rojo y como entristecido y apagado color de la sangre seca. Me dio mala espina el pensamiento, y para desecharlo imaginé que aquello sería cosa del tiempo, que a veces se entretiene en desfigurar los sucesos, en variar los colores y en envejecer las carnes.

Entré, y un olor a rancio me dio en las narices. Nada se veía en todo el vasto zaguán, fuera del rincón que alumbraba el ventanillo. Dejé la puerta cerrada, como estaba, y grité por el amo. Un niño que jugaba con un cachorro a la luz que daba el hueco, levantó la cabeza, me miró y se echó a llorar. Pasó algún tiempo, volví yo a las voces y el niño al llanto, y por la escalera, que crujía y se quejaba como un desvanecido, bajó una mujer gruesa y peluda, con los brazos remangados y el sucio delantal de rayas recogido a la espalda.

—¿Qué quieres? —me dijo desabridamente.

—Que me trate de usted, que para eso pago.

—¡Anda con el mocos! ¿Qué desea vuestra señoría? A mí me estaba hartando con tan poca educación.

No es que uno fuera un príncipe, ciertamente; pero tampoco uno se acercaba al mesón a robar gallinas o a pedir limosna.

—Quiero comer y beber y una cama para la noche.

—¿Y mañana?

—Mañana Dios dirá.

—¿Va de pasada?

—No lo sé; vengo a buscar amo a quien servir.

—Bueno, bueno. El pago es antes, ¿me entiende?

—Sí, señora. ¿Cuánto es?

—¿Qué quiere cenar?

—Lo que haya.

—Aquí hay de todo, pida usted.

—Pues deme vaca.

—No, vaca no hay.

—Pues unos huevos.

—No, huevos no hay más que uno y es para mí.

—Que le aproveche. ¿Hay patatas?

—No, se han acabado.

—Pues... deme lo que se estile, a mí me es igual.

—Le daré cecina, ¿le gusta la cecina?

—Sí, señora; y un jarro de vino.

—¿Tinto?

—Sí, tinto. ¿Es bueno?

—¡Ya lo creo! Tenemos vino del país, vino de Arganda y vino de Valdepeñas. ¿Cuál quiere?

—Deme del país, siempre será más barato.

—Sí. ¿Un litro?

—Bueno. ¿Cuánto es todo?

—¿Va a tomar copita?

—No.

Hice ademán de echar mano a la bolsa y la mujer se amansó.

—Pues verá; la cecina, treinta; el vino, cuarenta, ya van setenta, y la cama, pongamos otros setenta, total, para redondear, seis reales. Como yo también tengo que ganar, le llevaré siete reales por todo. ¿Hace?

—Hace. Tómelos usted.

La mujer cogió los cuartos, se los metió en un pañuelo que sacó por el escote y desapareció escaleras arriba.

—Aquí cenamos a las siete —me dijo ya desde el rellano.

Salí fuera por matar un poco el tiempo y me metí en una taberna a tomar un vaso. Todos me miraban, pero ninguno me daba ni las buenas tardes; se conoce que era la costumbre de aquel pueblo. La gente estaba callada y nadie se movía. El zumbar de las moscas era continuado como el ruido de un agua que manase, y en el hilo de la luz y sobre la tarlatana de color de rosa que tenían para tapar el queso y el chorizo —un pedazo de queso y otro pedazo de chorizo—, grandes y negros racimos de moscas se apelotonaban y hervían como en una olla.

Pagué la perra y me marché. Aún era de día y aún la hora de la cecina estaba lejos, pero pensé que más me convendría conocer el pueblo, aunque no más que de por fuera, que acabar de aburrirme con los clientes de la tienda de vinos.

De aquel viajecillo hube de sacar dónde emplear mis hambres, y de ello doy gracias a Dios: que si con don Roque no lo pasé demasiado bien, quién sabe cómo lo hubiera pasado sin él.

El caso fue que en la plaza de la Constitución me senté en un poyo de piedra que resultó que caía debajo de un letrero que decía: Botica del Licenciado Roque Sartén; que de la botica asomó don Roque debajo de su bonete de terciopelo; que del cuerpo del boticario salió una voz chillona como la de una damisela, y que la voz me dió pie para pegar la hebra, primero, y pasar dónde dormir a cubierto, después.

—¿Tienes frío, mozuelo? —me preguntó la voz.

—No señor —le respondí—; que aún no es tiempo.

El don Roque me miró con sus cristales igual que si yo fuera un bicho raro, y continuó:

—Estás muy alto, ¿eh?

—Sí, señor; más que el año pasado.

—¿Y eres de por aquí?

—No, señor.

—¿Eres de Tarancón, entonces?

—Tampoco, no, señor. Soy del campo de Salamanca.

Me miró aún con mayor fijeza y puso una cara rara de verdad.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—Pues ya ve usted, a lo mejor buscándolo a usted.

—¿A mí?

—O a cualquiera; voy buscando amo a quien servir.

El boticario torció la boca, no sé si para sonreír.

—¿Y te gusta el oficio?

—¿Qué oficio?

—El de mancebo.

—¡Ya lo creo! Siempre andaba a vueltas con que quería ser mancebo. Mi padre no quería, decía que era oficio peligroso, que a veces se quedaba uno ciego.

—¡No hagas caso! ¿Y pides mucho?

—No, señor; yo nunca pido, yo cojo siempre lo que me dan.

Don Roque se había sentado ya a mi lado; parecíamos viejos amigos.

—Pues ven mañana por aquí, ¿quieres?, ya te iré enseñando a trabajar. Ahora estoy solo y un poco de compañía siempre hace falta.

—Muy bien, don Roque; mañana vendré.

—Hasta mañana, hijo mío. Oye, no me llames don Roque, llámame señor licenciado. En los pueblos, ya se sabe. ¿Quieres?

—Sí, señor licenciado; hasta mañana. Ahora voy al mesón, que ya tengo pagada la cena.

—¿Estás en el mesón del Mirlo?

—Sí, señor licenciado.

—Pues ándate con ojo con la Paca, ¡es tan brutota!

—Gracias por el consejo, señor licenciado; hasta mañana.

—Adiós, hijo; hasta mañana. ¡Eres una palomita!

Don Roque Sartén se metió en la botica y yo me quedé en medio de la plaza pensando en la Paca, en la cecina, en esto de la palomita y en el niño que viera jugando en el zaguán del mesón. Tenía un lío dentro de la cabeza que mismo parecía que me había vuelto loco.

Cuando empujé la puerta del mesón ya estaba la gente alrededor de la larga mesa; se conoce que ya eran las siete. La Paca repartía improperios mientras trajinaba de un lado para otro, y el niño y el cachorro, abrazados, miraban la escena desde un rincón.

Alrededor de la mesa habría unas ocho o diez personas, todas hombres, menos una; tenían aire de arrieros de alguna posición y comían y bebían abundantemente. Yo me senté en un extremo del banco.

—Que aproveche —les dije.

—Igualmente —me respondieron a coro.

Esperé en silencio a que me trajeran la cecina; comí y bebí cuando me la sirvieron, y pregunté por la cama cuando concluí.

—Mucha prisa es ésa —me dijo la mujer.

—Sí, señora —le repliqué—, que estoy cansado del camino y tengo sueño.

Me mostraron la alcoba, me dijeron cuál era la cama y en ella me eché para dormir, si no como un bendito —cosa que no conseguí por la cantidad de maldiciones que de mi boca salieron aquella noche—, sí al menos como un hombre hambriento de colchón.

El lecho era un camaranchón con tantos años como la historia, alto y desvencijado, con aire no de apacible sepultura —como es ley que las camas han de ser—, sino de flaco y fino galgo cazador, con más ruidos y más ayes que una caja de música o el entierro de un alcalde, y con más bichos que un carnero muerto el día de la Virgen del Carmen y mirado al día de la Asunción. Para compensar estos excesos, tenía su colchón tan poca lana como escasa era la educación de su dueña, y la cama tan desnuda estaba y con tan poca ropa se cubría, que mismo parecía, si no fuera por lo sucia, que acabara de salir del baño.

Pasé la noche de mala manera, y los placeres que me prometía tan por ningún lado aparecieron, que momento no faltó, ciertamente, en que echara de menos el abrigo de un matorral o el duro pero tranquilo lecho de una cuneta.

Entre las picaduras de los bichos, que me soliviantaban, y el roncar, eructar y gargajear de mis compañeros de hospedaje, que no permitían vivir al silencio, tales juramentos llegué a echar por mi boca y tales malas ideas llegó a guardar mi cabeza, que no sé si aquella noche habrá llegado a servir, ella sola, para condenar eternamente mi alma. Quizá Dios quiera perdonarme, ya que si juré y malpensé no fue sin motivo ni a cambio de ventaja alguna; que fue no más que por desahogarme y como para demostrar, al fin, que todavía —aunque malamente— seguía viviendo.

Pasó la noche, llegó la aurora y detrás de ella el día, y abandoné el lecho y el mesón del Mirlo sin decir ni oste ni moste: que buena palabra no podía dar y mala preferí callar.

Tiré paso a pasito para la plaza de la Constitución y me senté a la puerta, aún cerrada, de don Roque Sartén. La gente me miraba al pasar —las mujeres camino de la fuente y los hombres arreando a las mulas hacia el campo— y aún hubo alguno que me preguntó si estaba enfermo, que tan de mañana me apostaba a la puerta de la botica.

—No, señor —le dije—, que no estoy enfermo, sino sano y bien sano, y que espero a que don Roque se levante y abra la tienda, que yo soy del oficio y vengo a trabajar con él.

Me miró el hombre con cara de asombro y se dio media vuelta sin dejar de volver la cabeza de vez en cuando, quizá por ver la traza que yo tenía.

Esperé con paciencia y a pique de dar las nueve en el campanario de la iglesia, comenzó a rebullir don Roque para, al poco rato, abrir las maderas del escaparate y meter la manilla, que todas las noches sacaba cuidadosamente, por la puerta que por fuera parecía la de un corral —de inocente como uno se la imaginaba— y por dentro estaba mismamente atascada de cadenas, candados y cerrojos.

—Buenos días, señor licenciado —le dije.

—Buenos, hijo; veo que eres cumplidor.

Yo sonreí para caer con bien y me dispuse al trabajo.

—¿Hay algo que hacer?

—Por ahora, no, hijo, que las tablas ya las recojo yo, porque están medio partidas,

pero desconfía, que ya tendrás que hacer.

Me metí para dentro y me senté. Don Roque, al poco, salió con un pedazo de pan y me lo dió al tiempo que decía:

—Toma, Lázaro; para que te alimentes. Aquí no es costumbre dar desayuno como si fuésemos a labrar la tierra, que nuestro trabajo requiere ligereza de cuerpo y claridad de espíritu; pero hoy te lo voy a dar porque no quiero que tu entrada en la casa sea hecha bajo el signo del hambre. ¿Tienes apetito?

—Sí, señor —le dije cogiendo el mendrugo.

—¡Claro, estás en la edad!

Yo comí mi pan, que vino a resultar mi único desayuno de mis tiempos de boticario, y bien pronto pude ver que lo único que el don Roque gastara y aun malgastara fuera saliva, que de lo demás, tan ahorrador se mostró, que, aunque quise, noche a noche, guardar de la cena para el desayuno, nunca llegué a conseguirlo, ya que tan parca fuera aquélla, que un pellizco, aunque de monja, no hubiera admitido.

—Lázaro —me dijo el amo cuando acabé—, créeme que me pareces buen muchacho y que lo que te voy a decir me hace violencia, pero piensa también que el mundo está lleno de pícaros y de ganapanes, y que a veces pagan justos por pecadores; que si no hubiera sido por un mancebo que tuve, más ladrón que Caco y más traidor que don Oppas, que lo cogí robándome la manzanilla, yo ahora nada te diría, pero entonces me prometí seguir un camino, y aunque bien a gusto lo abandonaría, pienso que mejor será hacerse el fuerte y no claudicar. ¿No crees?

—Sí, señor licenciado, eso creo; pero, por amor de Dios, que no se me pare en rodeos, que ya estoy impaciente por escucharlo.

—Pues sí, hijo, que ando a la busca de la manera de decirlo y no la encuentro.

—Dígalo como mejor le plazca, que yo ya haré por entenderle.

—No lo dudo, Lázaro, que ya te dije que me pareces avisado, pero es que se trata de algo delicado.

—¿Mucho?

—Bastante, que es cosa de la bolsa, que siempre duele cuando la tocan.

—Pues dígalo sin recato, que más vale salir con prisa de los malos tragos.

—También eso es verdad. Pues el caso es que, no es que no me fíe de ti, pero a veces ya es sabido que, como vulgarmente se dice, debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor, y pienso que más vale prevenir que poner el parche, aunque a los boticarios nos convenga a veces que el golpe se dé y el parche se ponga. ¿Me entiendes?

—Así, así.

—Pues te voy a explicar. Como yo soy hombre confiado que nada recato de las miradas de mi socio (que tú aquí serás con el tiempo y cuando tengas unos ahorrillos, como mi socio) y nada guardo, tampoco, bajo llave, más que aquello muy importante que pudiera llamar a tentación, me veo obligado, por lo que te decía, a tomar algunas medidas, ¿me entiendes?, de... ¿cómo diría?... de precaución.

—Sí, señor.

—No es que no me fíe, ¡no vayas a pensar mal!, pero ya es sabido que a veces, donde menos se piensa salta la liebre.

—Sí, señor.

—Pues eso. Que yo pienso que si tú llevas algo de plata encima podías dejármelo en fianza, que yo te haría un recibo con todas las de la ley, y así ya estaríamos los dos más tranquilos: yo porque guardaba tu dinero y tú porque no me veías desconfiar. ¿No te parece?

—Sí me parece, señor licenciado, y yo en su caso a lo mejor haría lo mismo; pero créame —le mentí— que soy pobre de solemnidad y ni un real llevo encima, que lo último que tenía, en el mesón lo dejé.

—No te preocupes por eso, que con buena voluntad todo se arregla, y que si hoy no tienes ahorros, quizá los tengas mañana. Lo que podemos hacer es que yo en vez de pagarte en dinero, te voy dando un recibito todos los meses, y al cabo de un año pienso que ya has de tener para la fianza. ¿Aceptas?

—Acepto, sí, señor —le dije, pensando que ya encontraría— ¡pobre de mí! —manera de hacer efectivos mis recibos.

—Pues bien, pasemos ahora a las condiciones. Los tiempos están malos, como sabes; pero yo contigo no voy a regatear. En mi casa tendrás lecho, que ahora te enseñaré; comerás igual que yo coma, menos el postre que yo me doy los domingos y los días de fiesta, y recibirás al mes seis reales para tu bolsillo. Yo te daría más, pero pienso que estás en edad peligrosa para andar cargado de dinero, que nada bueno trae —no siendo ahorrador— y engendra vicios y enfermedades.

Le di las gracias por lo que me ofrecía, ya que pensé que mejor sería mostrarse suave, y enseñándome lo que había de servirme de cama, comenzó mi trabajo con el boticario.

Según me dijeron en el pueblo cuando fui haciéndome amigos, el don Roque Sartén era judío descendiente de conversos de la antigüedad, y algunos, los más lenguaraces, aseguraban que tenía voz de flauta porque no era como Dios mandaba y como eran todos los hombres, sino espadón y acaponado, como gato que fue travieso o potro que anduvo desasosegado. Lo que de verdad hubiera en la voz del pueblo es cosa que no tuve ocasión de averiguar; cierto es que las mozas no le preocupaban, pero no menos cierto es que podía muy bien ser virtud lo que las gentes achacaban a defecto. Después de todo, y como aquello a mí no me importaba, dejé que siguieran diciendo y a nadie hice maldito el caso.

Entre unos sacos de papeles que un día me metí a fisgar encontré ese libro de que hablaba y que me llenó de alegría, *El Lazarillo de Tormes*, porque en él vi retratado a quien seguramente debió ser mi abuelo, y la providencia no quiso que lo conociera. Hubiera preguntado a don Roque de buena gana, pero no me atreví pensando que no le había de gustar que revolviera en sus secretos.

La vida en la botica era tan pobre como descansada, y así, aunque mucho no

comía, como demasiado tampoco se me hacía trabajar, fui tirando sin mayores apuros hasta que me harté del señor licenciado y de sus parcas ahorradoras costumbres.

A los clientes se les cobraba por adelantado, porque, según decía don Roque, no era cosa de andar trabajando como unos negros para que después no pagaran. Por lo visto, eso de cobrar por adelantado debía ser costumbre de Belinchón, ya que la Paca, la dueña del mesón del Mirlo, lo mismo hacía. Verdaderamente, cada cual tiene sus costumbres y cada cual se fía de quien le da la gana.

A las ropas y a los cueros se me pegó un olor a droga que me acompañó hasta que me di aire, y aunque al principio me molestaba un poco y me hacía estornudar, después me fuí acostumbrando, y a lo último casi ni lo notaba.

El orden que había en la tienda llamaba la atención, con todos sus botes en fila y con el nombre de la medicina por fuera, y de haber estado la botica un poco más limpia, a fe que no hubiera tenido rival ni en la misma ciudad de Cuenca. Yo ayudaba a mi amo a alcanzarle los botes cuando andaba con las recetas y, al poco tiempo, ya me ordenaba filtrar cualquier cosilla o trociscar algunas píldoras, cocer ciertas raíces o poner a macerar determinadas cortezas.

Al cabo de un par de meses ya salía al mostrador a despachar bicarbonato o alguna otra cosa facililla, y aunque el encierro no iba a mi manera, aguantaba allí metido, quizá porque llegué a creer aquello de los tiempos difíciles de que constantemente me hablaba el señor don Roque.

El sitio donde dormía estaba lleno de humedad, y por las mañanas tenía la voz como tomada y a veces casi ni se me entendían las palabras, de ronco como llegué a estar. Entonces me demostré que los catarros nada querían conmigo, y de ello me huelgo, porque desde lo del pobre señor Felipe llegué a cogerles verdadero miedo.

Los domingos, y a diario cuando echábamos el cierre, me dedicaba a pasear Belinchón de un extremo al otro —cosa en la que no gastaba demasiado tiempo— y a hablar con los amigos que allí tuve, que aunque duros de mollera, como jamás los vi, compensaban bien crecidamente su cerrazón con mala voluntad y peores intenciones, con lo que resultaba que el pueblo padecía una nube de mocitos a cual más ruin que traía a los perros huidos, a los asnos apaleados, a los viejos añorando pasados tiempos de mayor respeto, a los cristales en eterno peligro y soliviantadas y como salidas a las mozas. A mí me divertían aquellas andanzas y correrías, pero lo malo fue cuando una vez el Ceferino dejó sordo de un cate al Paquito, que era el hijo del secretario, que empezó a echar sangre por el oído y rugidos y espuma por la boca, que mismo parecía que le había dado un ataque, porque el Ceferino, que era taimado como un lagarto, me echó la culpa a mí, y el Paquito se calló, con lo que vino a suceder que los palos del secretario me los llevé yo, y mi amo el licenciado se vió en la obligación de reprendirme, para lo que me tuvo encerrado dos semanas en la tienda y me negó el recibo de los seis reales aquel mes: que la pena, como él me dijo, hay que notarla en el bolsillo, que en las carnes cicatriza y en la libertad no a todos impresiona.

Aguanté todo lo que quisieron hacerme, y cuando el don Roque me soltó, cogí al

Ceferino y le regalé, con alguna propina, las tortas que me diera el secretario, para mí tengo que por equivocación. La voz de los palos corrió entre los muchachos y a mí llegaron a tomarme tan gran respeto, que si no fuera por los viejos, que andaban siempre diciendo que yo era un pelao y un mal nacido, me hubiera llegado a convertir en el amo de las bandas. Preferí, sin embargo, no hacerlo y estar quieto, porque, después de todo, lo que en aquel pueblo sucediera a mí ni me iba ni me venía.

El pobre Paquito se fue a ahogar, al verano siguiente, una vez que se arrimó hasta el Tajo para bañarse; el hombre tuvo que andar lo menos dos leguas para morir. ¡Menos mal que no iba yo entre la compañía! Si no, no hubiera tenido más remedio que largarme y no volver a asomar por allí.

Seguí haciendo que trabajaba, continué fingiendo que comía, y no impedí que, como siempre, mi imaginación anduviese distraídamente cuando el señor licenciado se esforzaba —es un decir— en enseñarme el oficio. El don Roque para todo encontraba, sin embargo, una solución, y si bien es cierto que yo tan negado me mostré que hubieran pasado los años sin distinguir la sangre de drago del aceite de Aparicio —ni el mismo árbol que sangra del tímido arbusto que llaman corazoncillo—, no menos cierto resultó que llegado el momento en que quise marchar, tales razones adujo y argumentos tales inventó, que por no llevarme nada de la botica ni con los recibos siquiera hube de cargar.

—Que estos recibos yo ahora no te los puedo pagar —hubo de decirme—, que la bolsa la tengo como escuálida de tantos gastos como me ocasionaste y las lecciones que hube de darte —si en ello reparamos— también algo han de valer, pienso yo. Y no es honrado que un muchacho ande cargado de recibos, como un recaudador de contribuciones, y pierda con ello el candor y la inocencia que tanto adornan. ¿No te parece?

—Pues mire el señor licenciado —le dije—, que a mí no me parece demasiado; que pienso que si usted hoy no puede darme los cuartos, podrá a lo mejor mañana o pasado, y que bien mirado eso de llevar unos recibos en la bolsa para mí que siempre viste.

—No te fíes, muchacho, y sigue mis consejos, que soy más viejo que tú, y ya sabes aquello que se dice de que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Piensa que los recibos no te los voy a pagar, y así te irás haciendo a la idea de que, por ahorrar tiempo en buscarlos, tampoco te los voy a dar. En mi casa has encontrado sosiego y buena compañía, lecho, comida y educación, ¿qué más puedes pedir? Si te quieres ir, como dices, con la tía Librada, allá tú y tu conciencia, que yo ya te dije bastante; pero que además quieras irte con mis cuartos, verás que no es de ley.

Yo no discutí, porque bien claro hube de ver que nada en limpio iba a sacar, y preferí despedirme como amigo, por si tenía que volver sobre mis pasos de la aventura con la tía Librada, mujer que por sí sola me hubiera hecho llenar todas las páginas de este libro si con sus hazañas hubiese querido regodearme y extenderme.

El caso fue que abandoné la botica y trasladé mi persona de casa, ya que no de

pueblo, cambio con el que perdí —como casi siempre— porque acabó mi servicio a palo limpio, pero con el que continué aprendiendo y formando la costra del carácter.

Pero pienso que esto ha de relatarse aparte por lo pintoresco del suceso que hubo de acaecer.

TRATADO OCTAVO

LEVÁNTATE, SIMEÓN, O EL ARTE DE ECHAR LAS CARTAS

Yo, como digo, no me había incomodado con don Roque Sartén, sino tan sólo que, pensando que iba a mejorar, cambié dueño por dueña, rebotica por corral y paz y miseria por constante sobresalto y olla de carnero los lunes, día dedicado al satélite que llaman Luna, patrono de las maquinaciones de mi nueva ama.

A su servicio hube de entrar porque ella misma me lo pidió una noche que iba yo de paseo por el campo y me la topé, que andaba a la caza de sapos, menester en el que la ayudé, y con tan buena fortuna, que al tiempo que ella estaba todavía por la pareja yo le llevé un saco con más de una docena, detalle que bastó para que me ofreciera el doble de soldada que el boticario y toda la libertad que quisiera, a cambio tan sólo de silencio y discreción.

Pienso que el que ahora hable de aquello, con ella probablemente tostándose desde hace muchos años en los infiernos, en nada quebranta el juramento que de mi mutismo me hizo hacer; a buen seguro que sólo quiso referirse a mis días de Belinchón y, todo lo más, al tiempo que ella durara sobre sus dos pies.

La tal tía Librada, por mal nombre la Sota, era una mujer cincuentona y escurrida de carnes, bigotuda y con los cueros amarillados, el ceño fruncido y el mirar misterioso y dominador bajo la poblada y erizada ceja. Hablaba con la zeta y más con la nariz que con la boca, y las cosas que decía, ya raras de por sí, pronunciadas con aquella voz, llegaban a atemorizar.

A mí no me molestaba mucho, y mi única misión, además de poner cara de tonto a todo, se reducía a llevar recados adonde me mandaran y a cazar sapos y culebras o buscar zarzamoras y helechos cuando se precisaban.

Mi ama era adivinadora y curandera, y aunque yo al principio me reía por dentro y no hacía ni caso de sus maquinaciones, tales cosas llegué a ver en nuestra casa, que al final terminé con el corazón en un puño y más temeroso y acobardado que un cordero.

Vivía bien, aunque de por fuera pobremente, y ganaba dinero a espuestas, porque su fama se había extendido por todo el contorno y le llegaban visitas, no sólo de Tarancón y de Santa Cruz de la Zarza, sino hasta de Aranjuez, de Alcalá de Henares y de Quintanar, y aun quién sabe si de Cuenca o del mismo Madrid. El caso era que en la casa siempre había gente, y que, aunque no cobraba más que la voluntad, el dinero se iba juntando, y la vida mejoraba a ojos vistas a fuerza de gastar, aunque con disimulo, y no guardar ni un ochavo de un día para otro.

Las visitas las recibía en el desván de la casa en que vivíamos, sitio donde jamás me dejó entrar. Tal fue mi curiosidad y tal la fuerza que llegó a tener, que no pudiendo evitarla me las ingení de manera que el fisgar me resultara fácil, para lo que mi industria discurrió ensanchar un poco una grieta de la pared que caía sobre el pajar, sitio desde el que se podía, si no dominar toda la vasta habitación, sí al menos oír la conversación y ver de vez en cuando alguna maniobra. Yo estaba temblando que me descubriera el escondrijo, porque, desde el momento en que me apostaba tras la tronera, la lechuza que tenía sobre el respaldo de la silla no sacaba ojo de allí; pero lo

cierto fue que la tía Librada, atenta a sus clientes, no se percató de los extraños del pájaro, animalito —por otra parte— a quien nunca osé molestar.

El desván estaba amueblado con gran lujo de trastos, a cual más inútil, y en los estantes podían verse botes cargados de extrañas mixturas o de hierbas curalotodo y frascos de cristal con sanguijuelas, culebras o corazones. Que cuando el oficio es raro, no ha de ser vulgar el material.

Consultaba por las noches, y a la luz de un velón de cera virgen, y los clientes, la mayor parte de las veces tenían tal cara de espanto, que no sé yo si siempre saldrían compensados de la visita y de los cuartos gastados. Los había de todo sexo, edad y condición, aunque lo que más abundara, según pude ver, fueran las mujeres ya maduras, todavía a la espera de marido, que a la tía Librada acudían porque las rescatase de la soledad.

Los medios que mi ama usaba eran tan variados como los casos que se presentaban, y así, a veces bastaba con un bebedizo, otras se precisaba un exorcismo, las más un tiento a la baraja y, las menos, un par de docenas de cabezadas contra una calavera de macho cabrío que tenía sobre una banqueta. El mal de amores solía ser una de las dolencias más frecuentes, y su curación, aunque la tía Librada aseguraba su buen fin, era un tanto complicada y embarazosa, a pesar de lo cual la recetaba a diestro y siniestro, quién sabe si por el mucho éxito que alcanzaba.

A la enamorada de turno le preguntaba cuál era su nombre y cuál el de su amado. Recuerdo una que se llamaba Rosa y que amaba a un Fidel que, por las trazas, no le hacía maldito caso; la pobre estaba muy apenada, pero al poco tiempo volvió por nuestra casa con la nueva de que el Fidel le había declarado su amor, noticia que aprovechó la tía Librada para sacarle más cuartos, que la pobre tonta pagó sin rechistar. Yo no creo que tan desviado, como en un principio lo presentara, andaba el Fidel, porque me parece que demasiado eficaz resultó el remedio; pero lo cierto es que la Rosa quedó complacida y mi ama aumentó su fama, con ella su clientela y con ésta sus ingresos, que ya bastante saneados eran por entonces.

Después de conocer los nombres la mandaba coger unos cristales de alumbre con la mano izquierda, de un frasco que le presentaba, y hacer con ellos tres montoncitos sobre la mesa; le hacía pagar el precio también con la mano izquierda y le ofrecía un papel de agujas que había de tomar siempre con la misma mano. Encendía el fuego mientras esperaba que sonasen las doce, y al caer la primera campanada le ordenaba ir echando en las brasas un montoncito y una aguja, al tiempo que recitaba, para que la parroquiana lo fuera repitiendo, unas palabras que, sobre poco más o menos, eran así:

*Elena, Elena, hija de rey y reina;
a Belén fuimos,
tres clavos encontramos,
—uno lo tiro al mar encarnado,*

*otro lo tiro a su hijo Constantino
y otro lo tiro al corazón de Fidel.
—Que no pueda vivir ni parar
—ni comiendo, ni bebiendo, ni durmiendo,
hasta que a las plantas de la Rosa se venga a postrar.*

Dicho esto, si del fuego salía la figurita de un perro de lanas, es que el conjuro iba por buen camino.

Los ojos de Rosa estaban atónitos, clavados en las ascuas, y cuando de ellas vió brotar el perrito, puso la mayor cara de satisfacción que vi en mis días.

Los martes y los viernes eran los días que dedicaba mi ama a echar las cartas, y a fe que los curiosos por conocer su porvenir no eran escasos. La tía Librada elegía esos días de la semana, ya que, por lo visto, eran los más a propósito para la adivinación. Usaba tantas barajas como visitantes tuviera, porque a las cartas no se les puede cansar —ya que si no, mienten—, y después las echaba en una cazuela, de donde las sacaba de víspera para ponerlas bien en condiciones. Los lunes y los jueves, por la noche, ya se sabía que había preparativos: extendía las cartas sobre la mesa —baraja a baraja—, las rociaba con aguardiente, las envolvía en un paño, y las metía debajo del colchón. Al día siguiente, las barajas estaban como nuevas y decían siempre la verdad.

Yo estaba maravillado con lo que veía y, en los primeros tiempos, llegué a olvidarme, con tanta emoción, de los amigos y hasta de Belinchón entero. No sé si la tía Librada llegó a sospechar que yo le espiaba, pero el caso es que, directamente, nunca hubo de sonsacarme nada.

—¿Estás a gusto? —me preguntó un día.

—Sí, señora —le dije—, que como bien y el trabajo no mata.

—¿Y no tienes miedo?

—¿Miedo, de qué?

—No sé, ¡como la gente es tan habladora!

—No haga usted caso, señora Librada, que lo que tiene la gente es envidia. ¡Si la envidia fuera la tiña...!

—Eso digo yo.

Por las noches, quizá para que no anduviera por el medio, solía mandarme a algún recado o a cualquier extraña cacería, pero lo que yo hacía, para no perderme la fiesta, era darme prisa para volver antes de las doce —que era la hora mejor— y saltar después por el corral para llegar a llamar a la puerta, ya de madrugada, con mi contestación en el bolsillo o mi saco de sapos al hombro, como si no supiera nada. Con eso la mujer se confiaba y yo podía seguir divirtiéndome.

Una noche me pegué el gran susto cuando vi aparecer en el desván a la Paca, la del mesón del Mirlo, que venía a que la tía Librada le echara las cartas.

Mi ama la saludó muy fina y le dijo tantas palabras corteses y le hizo tales

zalemas, que yo mismo estaba como embobado viendo lo que allí sucedía. Colocó la bruja el sello de Salomón sobre la mesa, acarició durante un rato las alas de la lechuza y sacó la baraja que tenía envuelta en un pañito y guardaba en el seno. Barajó con cuidado y dio a cortar a la Paca; ésta, que ya debía conocer la costumbre, no dijo ni palabra, y usó la mano izquierda. Tomó de nuevo las cartas la tía Librada e hizo con ellas diez montoncitos de a tres, poniéndolas siempre boca abajo; las diez que le quedaban las fue repartiendo una en cada montón, al tiempo que decía: Tras, tras. ¿Quién es? Soy yo. ¿A quién buscas? A la Paca. ¿Qué le quieres? Saber lo que le va a pasar quiero. Para eso la traigo. Para eso vengo. En lo que me digas ha de venir a parar.

Cuando acabó de decir sus palabras empezó a leer las cartas una a una y de izquierda a derecha, y al llegar al montón número diez hizo seña con la mano de que prestara atención porque aquél había de decir en qué iban a acabar los días de la Paca.

Las cuatro cartas eran: el rey de copas, el as de bastos y el tres de bastos, todos boca arriba, y el siete de espadas boca abajo.

El montón anterior había sido todo de espadas.

—¡Ay, Paca! ¡Casi no me atrevo a decírtelo!

—¡Dilo, mujer!

—¡Sea, ya que lo pides! Esta noche, cuando vuelvas a tu casa, tu hombre te va a requerir como esposo. Seréis felices unos instantes y después reñiréis: tu hombre te cruzará la cara de un navajazo; aquí está este rey que te lo dice.

—¿Y si escapo?

—No podrás, que no tienes con quién; que la sangre se puede evitar porque las espadas están abajo, pero del hombre no te escapas, que aquí está el as de bastos y a ti nadie te quiere en Belinchón, que ya no eres moza.

La Paca bajó la cabeza con resignación ante lo inevitable y se dispuso a marchar.

—¿Cuánto te debo?

—No es nada, Paca, que bien siento que la baraja no mienta. Ahora la voy a quemar para que en seguida te seque la sangre.

—Gracias.

—No hay que darlas.

La tía Librada tiró la baraja al fuego y se volvió a la Paca.

—Anda, besa aquí.

Se desnudó un hombro y le mostró un tatuaje que llevaba en el nacimiento del brazo.

—Es la rueda de Santa Catalina, que era fina, muy fina, como la harina, una, dos y tres que contigo ya es, cuatro, cinco y seis, de la cabeza a los pies.

La Paca besó el hombro de mi ama con los ojos cerrados.

—Ahora vete —le dijo la tía Librada—, súbete a la cama con el pie derecho.

La Paca se fue, y al día siguiente todo Belinchón hablaba de la puñalada que le diera su marido. Mi ama recogió las cenizas de la baraja, las mezcló con aguardiente

y se las hizo comer, quieras que no, a uno de mis sapos.

El pobre, borracho y atascado como quedó, no sabía ni moverse; la mujer lo metió en una bolsa y se sentó encima:

—Así te pudras en vida, chulo asesino, y te coja la guardia civil, y uno, y dos, y tres, y cien, y mil, que no cates el vino, que no comas tocino, y que pagues preso y encerrado. Así sea.

Al día siguiente, Filemón Estévez, el marido de la Paca, fue a dar con sus huesos a la cárcel de partido. Agarró unas fiebres y antes de dos semanas murió. Todos los años, por aquella fecha, la cicatriz de la Paca se ponía roja. No faltó quien dijera que de víspera se la pintara con almagra la tía Librada.

Eso es cosa que ignoro; lo que sí sé es que todos los años, la noche anterior —según me contó una criadita que tuvo cuando yo me fui, y a la que encontré al cabo del tiempo en Madrid hecha una señorita, de camarera en el café cantante que llaman El Rubí—, mi ama se encerraba sola en el desván y empezaba a manipular con la baraja hasta que el cuatro de bastos quedaba panza arriba. Por lo bajo, mientras trajinaba con las cartas, decía de cada vez: ¡Levántate, Simeón! Ponte derecho, enseña la asadura, para que el Filemón no deje el duro lecho de la fría sepultura. Cuando el cuatro de bastos aparecía, la bruja se liaba a correr como una loca por todo el cuarto, sacudiendo el aire con su toquilla; la lechuza, entonces, se espantaba y empezaba a dar saltos de mueble a mueble, batiendo las alas siniestramente; con el revuelo de las dos, la vela acababa por apagarse, y cuando se hacía la oscuridad volvía la tía Librada a su cantinela, que ahora decía: ¡Ay, Simeón, Simeón! ¿Dónde está la asadura dura que le robaste en la sepultura? La lechuza bisbiseaba en las tinieblas, y mi ama ya más sosegada, encendía otra vez la luz, recogía un poco los trastos y se marchaba. El pobre Filemón, desde el infierno, se debía estremecer.

Tantas cosas maravillosas hube de ver durante aquellos tiempos, que para mí tengo que la tía Librada debía tener pacto con el mismo Satanás que habita en los infiernos.

Yo procuraba seguir mostrándome tranquilo y decidor, y el ama, yo creo que sin esforzarse, continuaba apareciendo todos los días como la más pura y amorosa de las mujeres.

Una de mis obligaciones era llevarle el desayuno a la cama, porque ella, quizá por las trasnocadas, no era demasiado madrugadora, y jamás se le veía trajinando por la casa antes de las nueve o nueve y media de la mañana. El desayuno era sencillo, y la verdad es que no me costaba mucho trabajo prepararlo: un pedazo de pan de higo y medio vaso de aguardiente es cosa que pronto se dispone. Cuando se lo bebía —siempre de un trago y como con apresuramiento— solía acometerle la tos, y día hubo en que no conformándose con el ruido, acudían a invadirle las arcadas de forma tan alborotadora, que tales altibajos y tales glu-glús hacían su babear y su jadear, que a mí —que ciertamente no era ningún remilgado colegial— me echaban asqueado de la alcoba.

Una mañana en que aquello sucedió, y en que ella estaba de mala uva, cualquiera sabe por qué, no le pareció bien que yo me marchara y empezó a tocar la campanilla para que volviese.

—¿Me llamaba usted? —le dije.

Ella, sin dejar de gargajear, me contestó:

—¡Anda, mal bicho, desagradecido, siéntate ahí!

Yo la obedecí y arrimé la banqueta. Ella continuó:

—¿Te parece bonito, gandul, dejarme aquí como una basura, yo que para ti soy talmente como una madre? ¿Te parece bonito, di?

—Señora —le respondí—, yo no la dejo a usted abandonada, créalo, que para mí tuve que no me necesitaba y pensé que mejor sería lavar un poco los sapos para aprovechar el tiempo.

—¡Déjate de sapos y estate ahí que para esto te pago!

—Sí, señora.

A orilla de su cama estuve, oyendo todos los ruidos que el revuelto cuerpo de mi ama quiso hacer durante dos largas horas, y cuando ya me parecía que le tornaba la calma me alcanzó una mano al tiempo que me decía:

—Oye, Lázaro, que, aunque tú no lo creas, yo soy de buen corazón, y temo que la gente no lo piense así.

—A la gente, señora, ya sabe usted, ¡ni caso!

—Eso decimos todos cuando la cosa marcha bien, Lázaro, pero a veces sucede que una se pone como teme rosa y llena de aprensiones y empieza a pensar y a cavilar, y no saca en limpio más que dolor de cabeza. Yo sé bien por qué lo digo.

—Sí, señora.

—No digas que sí, que no lo sabes: que eres muy joven para ver por dónde voy.

—Sí, señora.

—¡Ya lo creo que sí, hijo, ya lo creo que sí!

Se quedó en silencio durante un rato y cerró los ojos. Parecía como dormida cuando levantó un poco la voz para decirme:

—Vete a buscar a don Julio; estoy muy mala...

Don Julio era el médico.

—Pero, señora —le respondí—, que a lo mejor lo que tiene se le pasa con otro trago de aguardiente.

—No, hijo, que si así fuese ya te lo habría pedido. Vete por don Julio y no me hagas hablar, que pienso que se me va el espíritu.

—Allá voy, señora Librada; que si quería que usted sanara sola es porque pienso que don Julio no le tiene buena ley.

—No, Lázaro; que dices verdad, que mejor me la tiene mala, y bien mala, pero ya sabes tú que Santa Bárbara tiene más devotos cuando truena que cuando está escampado. Ve a buscarlo.

No me hice rogar más; cogí la gorrilla y empujé la puerta, y fuí en busca del don

Julio que tanto mi ama parecía precisar. Como en su casa no estaba, anduve tras él por todo el pueblo, hasta que me lo topé poniéndole unas cataplasmas a la joven Genovevita, la hija de los Rubios, por mal nombre, el señor Pantaleón Cortada y la señora Juana Soto, gentes de buena posición que habían hecho unos ahorros con la carnicería que heredaron de una tía de ella, muerta sola, soltera, vieja y engañada.

Empujé la puerta y llamé por el amo.

—Señor Pantaleón, ¿da su permiso?

El carnicero me respondió desde dentro.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Pantaleón; Lázaro, el de la tía Librada.

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

—El médico, señor Pantaleón, que ando a su busca y dicen que hacia aquí venía.

—Espérate ahí abajo, que ya acabará. ¿Está mala tu ama?

—Sí, señor, muy mala.

—¡No explotará, no! ¡Dios no querrá hacernos ese favor!

Yo me atreví a sonsacarle.

—¡Mal la quiere usted!

—No, hijo, que no le hago más que justicia. La quiero como se merece.

—No hay que hacer caso de habladurías, señor Pantaleón; ¿a usted le hizo algo?

A lo largo de nuestra conversación fue el dueño de la casa bajando las escaleras, y cuando andábamos por lo que ahora cuento ya estábamos los dos, uno mirando para el otro, sobre los menudos cantos del zaguán.

—¿A mí? ¡Hombre..., como hacer...!

El señor Pantaleón cambió repentinamente de expresión.

—Oye, mozo, ¿a ti no te parece que eres muy joven para tirarme de la lengua?

De arriba le llamó su señora.

—Oye, Pantaleón: que subas a tener a la niña, que le queman mucho las cataplasmas.

El amo miró por la escalera, y respondió a voces:

—¡Si le queman, que se aguante!

Yo quise caer simpático, y metí baza de nuevo.

—¿Le están poniendo cataplasmas a la Genoveva?

—Sí, ¿no has oído?; ¡claro que le están poniendo cataplasmas!

Bajó la voz, y continuó como si hablara consigo mismo:

—Yo no sé en qué va a terminar esto.

El hombre parecía como preocupado, y estuvo unos momentos en silencio, con la cabeza baja; yo quedé callado, porque lo juzgué más cauto, y esperé a que se reanimara.

—Oye —me dijo—, fue un viento, ¿sabes?, que le cogió el costillar; don Julio quiere apagárselo con calor. Yo no sé...

—Ya verá usted como no es nada, señor Pantaleón; a lo mejor, mañana ya está

buenas.

—No sé... No sé...

Se fué hacia el hueco de la escalera y llamó a su mujer.

—¡Juana!

—¡Qué!

—Anda, baja.

La voz de la señora se oía lejana y como llorosa.

—Y la niña, ¿la voy a dejar sola?

—¡Baja te digo! ¡Deja a la Genoveva!

—Voy, voy.

En el rellano apareció la señora Juana secándose las lágrimas con un pañuelo.

—¡Anda, y deja de llorar! ¡Así no hacemos nada!

La mujer seguía con las lágrimas.

—Está muy mala. Pantaleón, muy malita.

—Ya sanará, si Dios quiere.

La voz se le puso velada y ronca como un trueno que retumbase detrás de las montañas.

—Y si no... ¡Pues mira!

La madre arreció en los ayes y en las lamentaciones, y el padre, como caviloso, fruncía el ceño para pensar. Anduvo dudando antes de empezar de nuevo con las palabras, y vez llegó a haber en que se detuvo mismo al abrir la boca, antes de que por ella nada saliera. Cuando arrancó tenía los ojos sangrientos y las venas del cuello medio moradas.

—Oye, Juana, la vamos a llevar a la Sota.

—Pero...

—¡Calla! Yo te juro que después la mato.

Todos quedamos en silencio.

—Y tú, galopín, como sueltes prenda te vas detrás de ella. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

El amo de la casa se volvió a su mujer.

—Vete con la niña; yo no quiero subir. Dile a don Julio que vaya a sanar a la tía Librada. Y a éste —le dijo, mirando para mí— dale un par de reales para que no abra el pico; si canta, ya la pagará.

Rebuscó la señora Juana en un saquete de felpa que llevaba a la cintura, me dió una peseta entera y me ordenó esperar a don Julio para ir por la salud de mi ama.

Cuando el médico bajó, venía guardando los lentes de cerca para cambiarlos por los de andar. Era un vejete pequeño y flaco, vestido siempre de luto —desde lo de la pobre Carmen, según solía explicar—, con toda su revuelta y abundante pelambreira blanca. Andaba despaciosamente y hablaba con propiedad y mismamente como un libro, aun de las cosas más comunes.

—Nada, amigo Pantaleón; ¡arriba ese ánimo! Esto no es nada; un catarro un poco

duro que se ha fijado en las vías altas. Sigán ustedes con las cataplasmas y con los vahos y no se apuren. Yo, mañana volveré por aquí; a lo mejor ya la damos de alta.

—Adiós, don Julio, y que Dios le oiga.

Salimos de la casa, y no bien hubimos de pisar la tierra de la calle, se encaró conmigo para decirme:

—Y bien, mozo, tú dirás para qué te manda tu ama en mi busca; yo creí que no me tenía buen querer, pero ya veo que se acuerda de la Ciencia cuando las cosas se tuercen. ¡Vaya, vaya!...

Seguimos un trecho sin decir palabra, y al doblar de una calleja volvió a pegar la hebra.

—Yo creía que esto de la medicina era campo trillado para ella... ¡Mira tú que una mujer que cura diciendo un versito llamarme a mí, que no tengo tales artes!

—Usted se ríe, don Julio —le dije—, y hace mal; que mi ama está muy enferma, y la dejé que su cuerpo parecía una caja de música.

—No, galán, que te hablo en serio; que me tiene extrañado que se haya acordado de mí, porque pensaba, ¡y quién sabe si acercándome a la verdad!, que me creía punto menos que un ignorante sacacuartos, terror de los sanos y puntillero y amortajador de los enfermos. Yo, si te lo digo ya comprenderás que es porque así lo creo; que no tengo años ya para mentir ni para andarme con celos de los demás. Porque si yo estudié seis años en Madrid y dormí muchas noches en el hospital rodeado de enfermos de las más diversas dolencias...

Tuve suerte de que nos hallásemos ya ante la casa; cualquiera sabe en qué hubiera acabado el discurso, de prolongarse un poco más el paseo.

—Ya estamos, don Julio —le interrumpí—; ya un día iré por su casa para que me siga usted con eso del hospital.

Me acerqué a la puerta, que aparecía cerrada, y llamé con los puños.

—Es raro —le dije al médico—, porque yo dejé el portón abierto y a la señora en la cama. A lo mejor ya está con ella alguna vecina.

—O el mismo diablo, Lázaro, que también deberán ser conocidos.

—¡Quién sabe!

Volví a llamar, esta vez más fuerte, y casi al instante apareció la tía Librada, que nos abría.

—¡Anda, que no eres impaciente! ¡Vaya manera de llamar! ¡Pensé que ibas a echar la puerta abajo!

—¡Mi querida colega —le dijo don Julio con la mejor de sus sonrisas pintada en la boca—, cómo celebro que el mal se haya ausentado! ¿Algún verso, quizá? ¿Algún sapo que habrá pagado los platos rotos?

Mi ama estaba amoscada y tenía cara de pocos amigos.

—No, don Julio; que cuando pensé que venía usted me entraron náuseas y eché todo el mal fuera del cuerpo. Ahora veo que ya no lo necesito, y estamos igual que antes; que si el vino no se precisa cuando no se tiene sed, ya veremos a quién llama

usted con toda su Ciencia cuando se sienta enfermo. Que yo soy dura, don Julio, ¡muy dura!, y aunque hay veces que las entrañas las noto como hirvientes, ya ve usted cómo después del primer susto ellas solas vuelven a su sitio.

—Lo cual celebro...

—No lo creo mucho, don Julio, pero más vale así; que yo con usted nunca me meto, y usted a mí me espanta los clientes.

—¿Yo?

—Sí, don Julio, que todo se sabe...

Como estaban los dos de pillo a pillo y ninguno quería que el otro le entendiera demasiado, por eso de que más se teme siempre la fiereza del león que pintan que la del que se ve, hablaban a veces tan a medias palabras que yo me quedaba a la luna de Valencia, como se dice, y a menos de media ración de todo lo que oía y de lo poco que entendí.

Después de andar pullazo va y pullazo viene durante cerca de media hora a la misma puerta de la casa, se despidieron como dos amigos, ante el asombro de las personas que lo vieron, y que tan presto lo contaron que a las pocas horas no se hablaba de mejor cosa en Belinchón.

Mi ama se metió en la casa, y yo tras ella, y no bien hubimos entrado en la cocina cuando me preguntó:

—¿Y los Rubios?

—Con la Genovevita mala, ya ve usted. Dice el padre que un viento se le posó en el costillar...

—¡Huy!

—Sí, mala cosa deberá ser cuando todos andan como andan de llorosos y preocupados. Me parece que el don Julio no le acertó.

—O que está de Dios que sea ésta la última, Lázaro; cualquiera lo sabe. ¿Han llamado a don Segundo?

Don Segundo era el cura.

—No lo sé.

—¿Y no te han hablado nada de mí?

—No, señora, nada.

—¿Estás seguro?

—¡Así me muera!

La señora Librada me miró con ojos de ave de rapiña hasta lo más profundo del pensamiento, y continuó:

—¡Más vale! El Pantaleón no me quiere viva; todo el pueblo lo sabe.

Mi ama se fue a un barreño de patatas, se sentó en la banqueta y se puso a pelarlas. Yo la miraba hacer y no me moví. Ella hablaba en voz baja y muy de prisa, como consigo misma, y según lo que fuera diciendo, ora las cejas se le enarcaban, la boca se le fruncía o los ojos se le quedaban parados, mirando escrutadores para cualquier rincón. Se paró de repente y se levantó con apresuramiento camino de la

tinaja del agua. Sacó una escudilla y metió una mano. Se había pegado un tajo que por poco le lleva un dedo.

—Sangre, Lázaro... ¡Sangre en la mano del corazón! ¡Así estamos, de tanto perro como hay en este pueblo condenado!

La boca se le movía como con ira, y los párpados le temblaban.

Sobre nosotros retumbaron tres golpes caídos, casi con mimo, sobre la puerta.

—¡Quién va!

—¡Abre, Librada; soy yo, Pantaleón!

Mi ama clavó los ojos unos instantes en el agua.

—Abre, Lázaro; dile que pase. ¡Ya estaba viendo yo que había de venir!

Fui a la puerta y pasé al señor Pantaleón.

—¿Has callado?

—Sí, señor.

—¡Más te vale!

Yo levanté la voz para dirigirme a mi ama.

—Señora Librada, ¿dónde lo llevo?

—Tráetelo aquí, Lázaro, que vea la sangre.

El señor Pantaleón puso una cara extraña.

—¿Qué sangre?

—Nada; que pelando unas patatas se ha cortado un dedo de la mano izquierda.

—¡Ah!

Entramos en la cocina, y el ama, sin sacar la mano de la escudilla, lo saludó.

—Ya te veía venir, Pantaleón.

—¿A mí?

—Sí, a ti; te veía venir no por derechas... ¡Ya ves lo que son las cosas! Cuando pensaba en eso, ¡zas!, sangre en la mano del corazón.

—¡Vaya, mujer!

—Sí, verdaderamente.

Los dos quedaron silenciosos, y los dos, disimulando como mejor podían, se espían mirándose de lado.

—Oye, Lázaro —empezó mi ama—; arrímale una silla al señor Pantaleón.

Fui por la silla y se la di.

—Anda, siéntate aquí; mira la escudilla, parece llena de sangre.

El hombre miró sin decir palabra.

—Pues es agua —continuó la tía Librada—; no es ninguna otra cosa. Es que yo tengo la sangre muy dura... Tú pensarás que también muy mala, ¿verdad?

—No, mujer, yo no pienso nada.

—Mejor.

Mi ama sacó la mano del agua y se la secó con la enagua.

—Pues ya ves tú por dónde esta sangre va a curar a la Genovevita.

—¿Quién te dijo que estaba mala?

El señor Pantaleón clavó los ojos en mí.

—¡Nadie, hombre de Dios, nadie; no pienses mal! ¿Es que crees que no se ve para qué vienes?

La bruja me llamó.

—Oye, Lázaro, ve a la botica y dile al don Roque que te dé siete bellotas de ciprés.

—¿De ciprés? —preguntó el señor Pantaleón.

—Sí, de ciprés; ¿te extraña?

—No, a mí no.

Me marché por las bellotas, y cuando volví con ellas no estaban en casa ni la tía Librada ni el señor Pantaleón. La puerta estaba cerrada, y entré saltando la tapia del corral. En la cocina me encontré una lechuga muerta con una navaja clavada en la tripa; el sisear de su compañera del desván se oía intermitente y acompasado como el sonar de un reloj que tuviera los segundos muy largos. Un sapo saltó a la artesa desde la piedra del hogar. Los últimos rescoldos ardían bajo la campana, y un grillo, debajo de los haces de leña, rascaba de vez en cuando su lejana y melancólica guitarra.

Un frío me subió por toda la espalda. Estaba sobresaltado y muerto de miedo. Miré para atrás y vi cuatro velas ardiendo pintadas en la pared. Me sentí como malo y escapé. La tapia era más alta desde dentro y me costó mucho trabajo saltarla...

Huí y me acurruqué para pasar la noche al lado de unas cuevas que había detrás del cementerio. A aquella casa no quería ni volver a verla, y pensé escapar del pueblo antes de que amaneciera. Me puse a rezar por lo bajo para que los santos no se olvidaran de mí, y callé cuando vi acercarse un hombre que andaba sigilosamente arrimado a las tapias del camposanto.

El hombre silbó bajito, y otro hombre volvió la esquina donde estaba la casa de las autopsias.

—¡Hola, don Roque, creí que no venía usted!

—Por poco no puedo, Luquitas; ¿no sabes lo que pasa?

—No, señor, no he cruzado por el pueblo.

—Pues que han metido en la cárcel a don Julio; dicen que envenenó a Genovevita, la de los Rubios.

—¡Pero hombre!

—Sí. Y a Pantaleón lo tienen encerrado; parece que se ha vuelto loco. No dice más que cosas raras; que si sangre, que si escudilla, que si mano izquierda... ¡No hay quien le entienda!

—Eso es cosa del mismísimo Lucifer, don Roque; créalo usted.

—Sí, hijo; yo eso creo. Pero..., en fin, ¡nosotros qué le vamos a hacer!

—También es verdad.

Don Roque se fue hacia la otra sombra tanteando poco a poco el oscuro terreno.

—Anda, Luquitas, ven aquí. Después de todo...

Nada más oí. Sólo recuerdo que no quise esperar la amanecida y que tiré campo a

través, saltando aquí, allá tropezando, cayéndome más allá todavía, hasta que no pude más y vine al suelo rendido, y gracias a Dios, muy lejos ya de Belinchón.

Cuando empecé la carrera, a quince o veinte pasos de los hombres, don Roque y el Luquitas se espantaron y empezaron a gritar:

—¡El demonio! ¡El demonio!

TRATADO NOVENO

*DONDE RELATO CÓMO LLEGUÉ A LA CORTE Y CON QUÉ COMPAÑÍA Y
PONGO PUNTO A ESTA PRIMERA PARTE DEL CUENTO DE MI TROTAR*

Me despertó la luz del día y un rumor que la noche pasada, con el miedo y el apresuramiento, no llegué a percibir. No lejos de mí corría el famoso río que llaman Tajo, y se enseñaba, sentado sobre la otra orilla, el pequeño pueblo que dicen Fuentidueña.

Era ya un hombre, y los miedos, las hambres y las calamidades habían sido mi única escuela. Cada vez que un golpe torcido me hacía levantar el vuelo, los pensamientos, tanto buenos como malos invadían mi mente hasta que la necesidad llegaba a darlos de lado. Entonces se me ocurrió cavilar, ¡bien lo recuerdo!, sobre los felices mortales que nacen, viven y mueren sin haber salido de tres leguas a la redonda de su pueblo, y pensé, ¡sólo Dios sabe con qué ansia!, en lo dichoso que sería parándome para terminar mis días en las primeras casas que encontrase. Por qué la Providencia no lo quiso es cosa que desconozco; quizá mis carnes estuvieran marcadas con la señal que les impidiera dejar de trotar y trotar sin ton ni son, para arriba y para abajo.

Pensé que el correr campos y pueblos, como empujado por el aire, había de ser mi eterno destino, y a él no quise oponerme; los cantos que ruedan, ya blancos de tan lavados, por el lecho de las torrenteras, también a buen seguro mirarán con envidia y con nostalgia cómo las peñas de las dehesas envejecen, inmóviles, hasta cubrirse de musgo; cómo el herido granito de los campanarios de las iglesias del camino llegaba a ver generaciones de hombres a sus pies, y terminaba por conocer sus cuitas y sus alegrías, sus penas y sus achaques.

Miré para el pueblo y crucé el río; aunque tuve buen cuidado de llevar la ropa a la cabeza, nunca se puede evitar que se moje un poco. Me vestí, tiré para Fuentidueña, y poco antes de llegar a las casas vi un puente que cruzaba el río, sobre el que pasaban unos niños arreando a un burro cargado de leña. Quise ver que aquello era mi vida toda, y me entristecí más todavía.

Me metí en el pueblo y pedí de comer; nada me dieron; me llamaron haragán y me achucharon los perros. Huí, y me llevé conmigo a un cabrito que, atado por una pata, tan obstinado estaba con la libertad que olvidara el comer. Lo maté detrás de unas piedras, lo desollé y lo asé como mejor pude (que no fue muy bien, con eso de las prisas, ya que quedó a trozos algo crudo), y con sus carnes ya tuve alimento para las mías hasta que llegué a la Corte.

Eso, y algún piojo, fueron mi compañía para presentarme a tan gran ciudad; escamado como estaba de todos cuantos me habían rodeado, pensé que mejor sería la soledad a la mala compañía, y no me paré más. Hubiera tenido ocasión de entrar a servir con unos arrieros con quienes me topé en Villarejo, pero preferí seguir con la mía y no arrimarme a nadie; como recuerdo, les llevé una bota de Valdepeñas que habían puesto a refrescar en un charco y un par de abarcas que tenían sujeto por las correas en la rueda de un carro desenganchado. Cuando a la mañana siguiente, escondido entre unas vides, los vi cruzar por la carretera, no pude contener la risa; echados sobre los carros, iban inmóviles, ajenos a todo lo que podía pasar; los perros

me miraron unos instantes, alzaron las orejas, y gracias a Dios no me hicieron más caso; atados bajo los carros, siguieron mirando el rastro de las mulas, siempre el mismo por todos los caminos.

Los dejé pasar delante porque me pareció más cauto, y esperé donde estaba todo un día entero para hacer distancia.

Al día siguiente llegué al río Tajuña, al pueblo que llaman Perales no sé por qué, y escarmentado como iba, di la vuelta a las casas por no cruzarlo, y quizá por lo tan conocido de que gato escaldado del agua fría escapa.

En unos prados a la salida del pueblo quise pasar la noche, y cuando amaneció vi con espanto que estaba metido en una dehesa y rodeado de quince o dieciocho toros negros y mal encarados que se entretenían en pastar. Cogí miedo y me subí a un chaparro, y allí estuve incómodo y agazapado todo el día porque se me ocurrió que con las sombras sería más fácil volver al camino. Como el cabrito lo llevaba encima, de él comí, pero cuando me entró la sed fue ella, porque la bota estaba en el suelo, a veinte pasos, y no me atrevía a ir en su busca. A eso del mediodía los toros tiraron hacia el abrevadero y pude rescatar el vino, pero aunque el paso parecía libre preferí volverme al chaparro y no andarme con dibujos.

Llegó la noche; los toros se echaron, y como no era cosa de seguir como un buho toda la vida colgado de un árbol, me santigüé y eché a correr como un galgo hacia la carretera. Los toros ni se movieron, pero yo me di la carrera de mi vida. Llegué fuera de las tapias rendido y jadeante; eché un trago de vino, y seguí andando para escapar de la compañía. Aquella noche me quedé a dormir en la cuneta porque pensé que las toradas habían de ser frecuentes por aquellos pastizales.

Antes de que el sol saliera me despertó un viejo subido sobre una yegua escuálida.

—¿Has visto por aquí un toro colorao?

—No, señor.

—Pues por aquí pasó.

—¡Puede!

—Anda escapado, ¿sabes?, y de malas pulgas. Ayer le pegó una cornada al Vencejo.

—¿Al Vencejo?

—Sí; el semental de la vacada del conde. Es mal bicho.

—¡Ya!

El hombre se marchó, y yo anduve con diez ojos todo el día por si veía venir al toro colorao. A la media tarde, cuando descansaba un poco, ya a la vista de Arganda del Rey, oí gran revuelo de voces y de silbidos y llover de piedras todo a mi alrededor. El toro colorao pasó escapado a poca distancia de donde yo estaba; llevaba una asta sangrienta y el cuerpo señalado. Detrás, la baraja de mansos, viejos y cornalones, se apiñaba medrosa entre el trotar de los jinetes y el correr de los mozos, que hondazo va, hondazo viene, cruzaban el aire a pedradas.

Dejé pasar el chubasco y seguí andando. Dormí a las tapias de una fábrica de azúcar que en Arganda había, y seguí después por la vía del tren hasta Vaciamadrid.

A lo lejos, la corte se veía tan grande como jamás pensé que un pueblo pudiera ser. Las casas, que aún no se distinguían bien, se agrupaban alrededor de multitud de torres, y una niebla que brillaba al sol poniente parecía como rodearlas. Estaba cansado y preferí esperar al día siguiente para llegar a Madrid. Dormí mal aquella noche, desasosegado y soñando toda ella, pero los sueños, ¡tan bonitos entonces!, tan falsos vinieron a resultar luego, que no quiero ni recordarlos.

Lleno de ánimo comencé al día siguiente a andar, y alcancé la capital a eso de la media tarde. Entré por las tapias del Retiro (por la estación que llaman del Niño Jesús), y allí quedé a pasar la noche; fue el diablo quien me lo aconsejó.

Por los desmontes trajinaban los golfos de un lado para otro; hablaban a voces y a medias palabras, tan confusas a veces que más de la mitad ni se les entendían. Entre ellos había alguna mujer ya vieja o demasiado joven todavía; habíaorros que jugaban a las cartas entre juramentos, y había también solitarios que tumbados boca arriba se entretenían en desliar colillas.

Llegó la noche; me dormí, y fui a despertar, sobresaltado, al poco tiempo. La gente corría a toda prisa de aquí para allá, y a pesar del apuro allí no se daba ni una voz. Yo estaba quieto viendo lo que pasaba. Los guardias engancharon a tres o cuatro, y los demás se fueron dejando coger.

Me levanté y me agarraron de un brazo.

—Anda, no te hagas el longuis. ¡Tira derecho!

Nos metieron a todos en un camión y nos llevaron a Yaserías; yo era la primera vez que subía a un automóvil. Allí nos cortaron el pelo, y a unos cuantos nos llevaron a la comisaría. El comisario conocía a todos como si fueran familia.

—¡Pero hombre, Filipino! ¿Por aquí otra vez?

—Ya ve usted, señor comisario.

El Filipino tenía la cara amarilla y los ojillos pequeños y grises como los de un ratón.

—¡Que no le dejan a uno vivir, señor comisario!

—¡Bueno, hombre, bueno; anda, vete a comer quince días del Estado!

El Filipino se quedó tan fresco.

—¿Y tú? —me preguntó el comisario.

—Éste es un paleta —contestó otro de los que estaban allí.

—Calla, Cartagena; ya hablarás.

—Bien, señor comisario.

—¿Tú eres de Madrid?

—No, señor.

Un guardia se me acercó.

—¡Señor comisario! —me dijo, agarrándome de un brazo.

—No, señor comisario —volví a responder.

—¿Y de dónde eres?
—Del campo de Salamanca, señor comisario.
—Bien. ¿Cuándo has llegado a Madrid?
—Anoche, señor comisario.
—¿Es verdad?
—Sí, señor comisario, verdad.
—Oye, Cartagena: ¿habías visto a éste?
—No, señor comisario.
—Bien. ¿Cómo te llamas?
—Lázaro, señor comisario.
—¿Y qué más?
—Nada más, señor comisario.

Todos se rieron.

—¡Silencio! —reclamó uno de los guardias.
—¿Tienes documentación?
—No, señor comisario.
—Bien. ¿Y qué vienes a hacer a Madrid?
—Vengo a ver si trabajo; ando en busca de amo a quien servir.
—Bien. ¿Cuántos años tienes?
—No sé.
—¿Tendrás veintiuno?
—Seguramente.

¡Nunca lo hubiera dicho! El comisario se volvió hacia el escribiente, y le dijo:

—Escriba, García: el individuo a que se refiere el presente oficio, llamado Lázaro... ¡Oye! —me dijo—. ¿Cómo quieres llamarte?

—Como me llamo, señor comisario: Lázaro.

—No, digo de apellido.

—Como usted quiera, señor comisario; mi madre se llamaba Rosa López.

—Siga, García:... llamado Lázaro López López, hijo de Pedro y de Rosa, natural de Salamanca, de veintiún años de edad, etc., etc. Póngamelo usted a la firma. Va dirigido al señor coronel, jefe de la caja de recluta número 1, Plaza.

—Bien, señor comisario.

—¡A ver, otro!

Siguieron mis compañeros pasando el interrogatorio. El escribiente acabó el escrito, el comisario firmó y un guardia me llevó a la caja de recluta. ¡Allí acabó mi libertad! Madrid, donde me las prometía tan felices, me metió en el cuartel, y en él, aunque a los dos meses escasos me sacó de asistente el teniente Díaz, me encontraba al principio como pienso que han de encontrarse los mirlos y los jilgueros al llegar a la jaula.

Aprendí la instrucción y los buenos modales, me acabaron de enseñar a leer y a escribir, y me metieron en la cabeza las cuatro reglas.

Cuando al cabo del tiempo me licenciaron, tenía todo: una documentación, una cartilla, un certificado de buena conducta... Lo único que me faltaba eran las ganas de seguir caminando sin ton ni son por los empolvados caminos, las frescas laderas de las montañas y las rumorosas orillas de los ríos.

Me sentí viejo (¡entonces, Dios mío!) por vez primera en mi vida, y me encontré en la calle otra vez con el cielo encima y la tierra debajo.

Los primeros días los pasé con los cuartos que me dio un ama de cría que conocí de soldado. Después... Después empezó la segunda parte de mi vida. Pasé por momentos buenos y por instantes malos; conocí días felices y semanas desgraciadas; gocé la buena salud y padecí el hambre aún mejor..., y llegué, paso a pasito, a lo que hoy soy.

Contar el camino, ¿para qué? Fue la espinosa senda de todos quienes conocí...

EPÍLOGO

Si no acabé rico como mi abuelo, soltero me conservo, y libre así del pecado que le atribuyen. Vaya lo uno por lo otro.

Y pongo punto. Si estas páginas son a veces amargas, piénsese que las escribo ya viejo y sin recursos; que para mí se me hace que la falta de bienes tanto llega a envejecer como la sobra de años, y la Divina Providencia parece querer cargarme de tantos años y de tan pocas pesetas como de los unos y las otras tengo ahora.

Si empecé animoso y acabé rendido acháquese a la falta de pericia que en estas lides Dios me dio, y no se olvide que ni se pueden pedir peras al olmo ni vino a las fuentes de los caminos.

Si el cuento a alguno sirve, tanto mejor; con ese fin fué escrito. Si a nadie vale..., ¡qué le vamos a hacer!, a alguno distraerá. Y si ni aun eso consiguen mis palabras, pienso que por lo menos para tranquilizarme durante los días que en su orden empleé ya habrán valido.

NOTA DEL EDITOR

Aunque Lázaro, en el Tratado IX de su relato, nos habla de que pone punto a la primera parte de sus andanzas, pareciéndonos indicar así que pensaba escribir una segunda que abarcase desde donde dejó el hilo del cuento hasta el fin de sus días, no parece probable que esta continuación jamás la escribiera. En todo caso, y si alcanzó a redactarla, por lado alguno llegó a encontrarse.

Cuando le visitamos, poco antes de nuestra guerra, en el hospital de San Juan de Dios, de Madrid, para preguntarle que dónde la había echado, nos respondió que en su cabeza seguía, porque había pensado que así había de ser mejor por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas.

Quizá Lázaro tuviera razón.

No sabemos si murió de aquella o de otra, o si sigue vivo todavía. Nada sabemos tampoco si varió de opinión. Lo que sí podemos asegurar es que seguimos sin noticia, tanto de nuestro hombre como de sus ingenuos y atormentados cuadernos de bitácora: o de macuto, morral o fardelejo, mejor sería decir.

Lo que lamentamos por no poder —por hoy— dar completa la historia de este hombre ejemplar que combatió contra todas las adversidades y se apagó como una vela cuando dejó de caminar.

Madrid, mayo de 1944.



CAMILO JOSÉ CELA. (Iria Flavia, Galicia, 1916 - Madrid, 2002). Reconocido como uno de los escritores españoles más importantes del siglo xx, Camilo José Cela destacó además como una figura pública de gran calado y también en su labor académica en la RAE.

Cela comenzó estudios de Medicina que no llegaría a terminar. Dentro del ambiente universitario frecuentó las tertulias literarias y conoció a Alonso Zamora, Miguel Hernández, María Zambrano y a Max Aub, entre otros.

El estallido de la Guerra Civil marca su carrera literaria. De fuerte ideología derechista, Cela combate en el bando nacional hasta que es herido. Tras el conflicto comienza a trabajar como periodista al servicio del régimen franquista, tanto como confidente como censor. Esa colaboración con la dictadura se mantuvo siempre en un tira y afloja que Cela utilizó durante varios años.

De esa primera época es su primera novela *La familia de Pascual Duarte* (1942), posiblemente la que supuso un mayor impacto sobre la sociedad española y que sería llevada al cine años después.

En 1956 viaja a Mallorca donde junto a Caballero Bonald funda la revista *Papeles de Son Armandams*. También en este periodo crea la editorial Alfaguara donde publica sus textos. Algunas de sus obras, pese a la colaboración con la dictadura, son completamente censuradas y sus primeras ediciones, como *La Colmena* (1951), se realizan en Argentina.

Es elegido en 1957 para ocupar el sillón Q de la Real Academia de la Lengua, donde desarrolló una loable carrera como académico.

Entre los numerosos galardones que fueron otorgados a Camilo José Cela, destaca, sin duda, el Premio Nobel de Literatura, que le fue concedido en 1989. Dentro del ámbito de las letras castellanas, consiguió los máximos honores con el Nacional de la Crítica (1956), el Nacional de Narrativa (1984), el Príncipe de Asturias en 1987 y el más importante del mundo hispano, el Premio Cervantes (1995).

Camilo José Cela murió en Madrid en 17 de Enero de 2002 a los 85 años de edad.